

REVOST

A PRINCE
E ERMIN

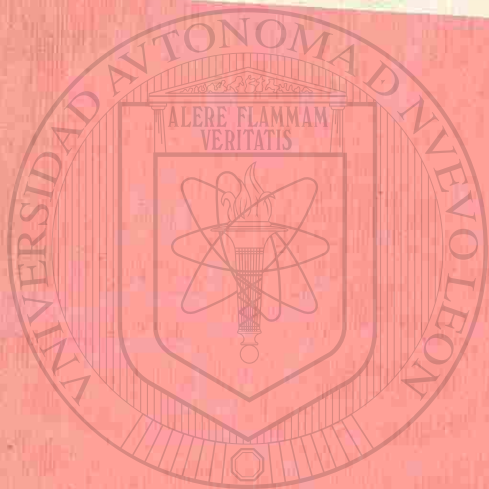
PQ2383

.P6

P7



1020026767



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



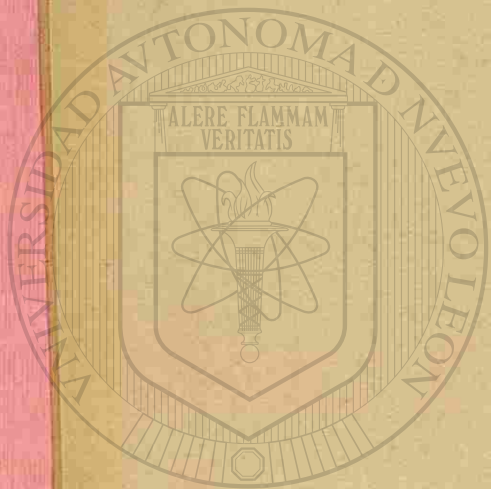


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA PRINCESA DE ERMINCE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

N.
Núm. Clas. 0944
Núm. Autor. 30657
Núm. Adg. 4
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

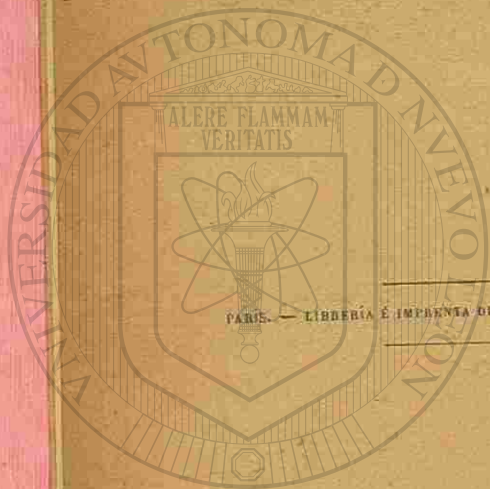
MARCEL PRÉVOST

LA PRINCESA DE ERMINGE

TRADUCCIÓN

DE

F. SARMIENTO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA V.ª DE CH. BOURET
PARIS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

1903

Propiedad del editor.

30657

843
P.

D32383



Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA

PRINCESA DE ERMINGE

PRIMERA PARTE

Hasta el año de 1880 el título de príncipe de Erminge ha sido reivindicado por dos familias, la una alemana y la otra francesa, con la diferencia, sin embargo, de que desde el fin del siglo xviii las partidas de bautismo, primero, y después las inscripciones en el registro civil de la segunda de esas dos familias, han afrancesado el nombre de Ermingen y escrito en su lugar Erminge. Ermingen es un pueblo del Odenwald occidental, á unos kilómetros de Darmstadt. Sus seiscientos habitantes han edificado sus limpias y pobres casas en las orillas de una verde cortadura abierta entre las colinas por un arroyo torrencial, el Kaubach. El viajero divisa en la más alta de esas colinas las ruinas de

un castillo feudal y lee sin extrañeza en las crónicas que ese castillo fué destruído por los franceses durante la guerra de Treinta Años, como muchos de la región del Rhin. Sin embargo, el jefe del principado, constituido entonces por unas cuantas leguas cuadradas de bosques y praderas alrededor de la aldea, Oto de Ermingen, llamado el Tuerto, sirvió á Francia durante el cuarto período de aquella lucha formidable, á las órdenes de Rantzau. El incendio del castillo fué una hazaña de una de las cuadrillas de aventureros que seguían al barón de Durlach y que arruinaban alternativamente á amigos y á enemigos según las necesidades del momento y los azares de la guerra.

Después del tratado de Westphalia, Oto, que no tenía gana ninguna de volver á ver su casa derribada por la pólvora, ni su aldea sin habitantes, ni sus bosques devastados ni sus campos incultos, siguió á su jefe á Francia y permaneció al servicio del rey, que le hizo conde de Calm, le dotó espléndidamente y le casó con Francisca Ana de las Tachouères, que aportó al matrimonio el dominio del mismo nombre, entre Orleans y Blois. Oto se llamó en adelante conde de Calm. Sus armas, descritas por d'Hozier, eran un escudo acuartelado, con el primero y cuarto cuartel de azul y un sol de oro con un mar de plata en la punta, que es la divisa de los Calm; y el segundo y tercer cuartel de gules con la cigüeña de plata, que es la de los Ermingen.

Entre tanto, un hermano menor de Oto, llamado Ruperto, reivindicaba en Alemania los derechos de primogénito y, con el asentimiento del landgrave de Hesse, se edificaba un castillo nuevo no lejos de las ruinas del pueblo destruído, y reunía á los campesinos, que se agruparon como antes á la sombra de aquel nuevo protector. Pero lo que nadie hubiera previsto es que esos dos hermanos, y después sus familias, no se perderían de vista, que cambiarían visitas y correos y que algunas alianzas consagrarían esas buenas relaciones, que persistieron á pesar de dos siglos y medio de guerras y revoluciones. En Denain murió un Ermingen de una bala francesa. El ejército del duque de Richelieu contaba un conde de Calm, príncipe de Erminge, entre los comandantes de compañía que desembarcaron en Port-Mahón. En Coblenza, bajo el mando de Condé, combatieron juntos un príncipe de Ermingen y un príncipe de Erminge, y hasta sus camaradas menos fisonomistas encontraban un parecido en el busto macizo y cuadrado, en la forma como pentagonal de la cara, en las rudas facciones, en los ojos azulados y en el pelo rubio de los dos primos. Tantos y tan diversos cruzamientos no habían borrado en ninguno de los dos el primitivo tipo germánico.

La guerra de 1870, al precipitar unas contra otras las poblaciones válidas de los dos países, hubiera podido poner frente á frente á un Calm y á un

Ermingen, lo que hubiera sido un encuentro fratricida, pues justamente unos años antes, los troncos francés y alemán habían unido una vez más sus ramas. Carlota Guillermina de Ermingen, hija del príncipe de Hesse, se había casado con el conde Francisco de Calm. Pero el conde murió en 1868 y su hijo tenía cinco años cuando estalló la guerra. El padre de Carlota Guillermina hizo la campaña de Francia bajo el mando de Federico Carlos, fué gravemente herido en Metz, vivió lisiado diez años después de la paz, y murió dejando por heredera universal á su hija la condesa de Calm, á condición de que obtuviera para su hijo y para ella la autorización de usar el nombre y título de príncipes de Erminge, condición que aceptó sin dificultad Carlota Guillermina, que seguía siendo muy alemana y muy adicta á las tradiciones de Ermingen. De este modo Cristián, entonces alumno de segunda enseñanza, cambió de nombre á los quince años, al mismo tiempo que la condesa de Calm se convertía en la princesa Carlota Guillermina de Erminge.

La juventud de Cristián de Erminge fué tumultuosa. En el liceo, en el que su madre tuvo que ponerle interno, no pudiendo tener en su casa á aquel chicuelo sensual y violento, sus furiosas rabietas aterrorizaban á sus compañeros. Por las noches saltaba á la calle desde el primer piso para

ir á reunirse con mujeres de mala vida. Valiente, por otra parte, hasta espantar á los más atrevidos, sólo el peligro le atraía tanto como la voluptuosidad. En el picadero se reservaba los caballos más falsos; en las excursiones por las montañas, durante las vacaciones, los guías acababan por rehusarle sus servicios, hasta tal punto los hacía trabajar y exponer á cada paso la vida. En la clase de retórica obligó á un condiscípulo á batirse con él en la sala de esgrima del liceo, después de quitar los botones y de aguzar secretamente dos floretes, y recibió una estocada en el brazo que le tuvo treinta días en cama, ocultando estoicamente la verdadera causa de su herida. Su prodigalidad era tan desmesurada como su bravura. Su madre tuvo que pagar cuatro veces deudas de juego bastante crecidas, además del precio de un *chantage* ejercido por el padre de una muchacha que se pretendía ultrajada por Cristián. Ahora bien, desde el siglo XIX la fortuna de los Calm, como la de los Ermingen, había decrecido lentamente. La tierra de Ermingen valía poco, y lo más saneado del patrimonio consistía en un millón cien mil francos dejados por el último conde Calm y aumentados por la economía de la princesa hasta un millón ochocientos mil francos durante la menor edad de Cristián. El dominio de las Tachoueres había seguido en la familia desde su donación por Luis XIV, pero esta gran propiedad de caza costaba, por muy poco, quince mil

francos anuales. Carlota Guillermina, que vivía muy retirada, se asustaba viendo llegar la mayor edad de su hijo; y como consecuencia del último escándalo, exigió de él que sentase plaza. Cristián obedeció sin gran protesta, respetuoso como un niño de la voluntad materna y atraído también por las rudezas de la vida militar. Durante esos cinco años de respiro la princesa continuó su tarea de hormiga y vivió estrechamente en un triste entresuelo de la calle de Barbet-de-Jouy, en el que sólo recibía á los amigos de su difunto marido.

Gracias á la campaña del Tonkín, en la que se portó heroicamente y ganó la medalla militar, pudo Cristián eludir después el consejo de guerra y las compañías disciplinarias; y terminó su servicio de soldado raso, después de haber sido sargento y destituido. El joven volvió á París mayor de edad y con los apetitos desordenados después de tan larga abstinencia. Guillermina tembló de nuevo. ¿Qué iba á hacer aquel loco libertino de su obra de lenta restauración, realizada en tantos años, para gloria y fortuna de los Erminge? Cuando supo por unos antiguos amigos, compañeros de círculo de Cristián, las relaciones de éste con la condesa de Guivre, su rigidez de costumbres y de principios no le impidió experimentar una sensación de tranquilidad, pues aunque Magdalena de Bucet-Raincy, viuda á los treinta años del conde de Guivre, tenía fama de mujer ligera, al menos

era libre, bastante rica y de buena casa, y defendería á Cristián de lo que más le amenazaba: las bajas aventuras y el juego.

En realidad, la existencia desarreglada del joven pareció corregirse y Cristián se afinó, amaestrado por una parisiense experta y curiosa de artes y lecturas. La de Guivre no trató, ciertamente, de hacer de él un compañero de inteligencia, pero al menos, dirigió hacia los *sports* el exceso de fuerza de aquel reitre desarmado y sometido. La princesa Guillermina respiró, y el mundo, pronto al corriente de las cosas, consideró á la nueva pareja con su habitual y malévolá curiosidad. Los amantes, por otra parte, se impusieron la actitud más estrictamente correcta y sólo dejaron ver los encuentros preparados y las citas en público que las fáciles costumbres de París toleran y favorecen. La alta sociedad admitía á Magdalena á causa de su belleza, de su nacimiento y de sus excelentes parentescos, y además la condesa, muy altiva para arriesgar un desprecio, y muy independiente para refrenar sus apetitos, había cesado espontáneamente de llamar á las puertas que, acaso, hubieran vacilado en abrirsele. Esas puertas son poco numerosas y los salones que se cierran no tenían nada de envidiable para una Buzet-Raincy, emparentada por su padre con los Gaumont, con los Langeois y con aquel marqués de Lestang que fué uno de los hombres de moda en el segundo imperio. Se soportó, pues,

que aquella mujer libre y bien nacida eligiese por cortesano al descendiente de los Ermingen, el hermoso reitre de barba rojiza, cuya enorme corpulencia se armonizaba con su alta y esbelta estatura. Y á pesar de tener Magdalena cuatro años más que Cristián, se presagió que llegaría algún día á ser princesa de Erminge.

Pero lo que el mundo sabe y ve de tales relaciones no es con frecuencia más que una apariencia trivial. El drama y el escándalo rompen de vez en cuando el velo que los envuelve y entonces los espectadores indiferentes ven con estupor tantas angustias y tantos sufrimientos donde sólo suponían un entretenimiento libertino... Transcurrieron los días y los meses hasta dos años sin que Magdalena llegase á ser princesa de Erminge á pesar de no haberse verificado rompimiento alguno. La gente, que para todo tiene dispuesta explicación, declaró que la princesa Guillermina se oponía al casamiento de su hijo con una mujer á quien él no había comprometido al primero. Era cierto que la princesa empezaba á encontrar demasiado duraderas aquellas relaciones protectoras y á desear que su hijo se librase de ellas por un buen matrimonio. Pero lo que no se sabía era que Cristián, dominado por Magdalena, hubiera acaso prescindido de la oposición maternal, mientras que la condesa de Guivre no quería en modo alguno ser princesa de Erminge. Y diremos ahora cuál era el drama se-

creto entre los dos amantes. Fundamentalmente voluptuosos el uno y el otro, no estaban cansados después de dos años y, á pesar de esto, en los ojos de los dos se leían con frecuencia sentimientos muy distintos del amor.

Magdalena era voluptuosa, caso en realidad bastante raro en las mujeres de la sociedad moderna, que tienen generalmente más nervios que sentidos. Educada sin madre por el marqués de Buzet-Raincy, noble cuidadoso ante todo de sus propios placeres, su juventud fué, poco más ó menos, la de una adolescente cuya educación no es vigilada. Por fortuna se casó joven y á su gusto. Durante sus nueve años de matrimonio, Magdalena dió al conde de Guivre muchas caricias y le guardó la fidelidad justa que un marido mujeriego, pero enamorado, guarda á su mujer. Cuando el conde murió de una consunción, que dió ocasión á no pocos epigramas, Magdalena usó la libertad de la viudez con bastante imprudencia y se clasificó entre las mujeres de la alta sociedad á quienes ésta rechaza y que aceptan el papel de representarla en la sociedad inmediatamente inferior, mezclada con artistas y personas ricas.

Iba Magdalena á cumplir los treinta años cuando encontró al príncipe de Erminge. Cristián era guapo y nuevo en las intrigas mundanas, y la parte impulsiva y violenta de su naturaleza atrajo la curiosidad de la condesa, cansada de los amores

insubstanciales. El apaciguar y dominar aquella fuerza fué para ella una tentación, y la conquista de Cristián fué fulminante hasta el punto de modificar las apariencias de su carácter. El brutal soldado á quien ni el colegio ni el regimiento habían disciplinado, se convirtió en un mundano como todos los mundanos y tomó ese aire de indiferente descuido que en él, por el contraste, no dejaba de tener gracia... Pero es tan imposible cambiar el corazón como el color de los ojos. Cristián se había dejado poner una cadena como esos perros semi-feroces, de aspecto perfectamente sumiso, que son, sin embargo, capaces de devorar á su dueño si le ven hacer una caricia á otro perro rival. Quería á Magdalena para él, para él solo y para siempre. Ahora bien, desconfiaba por instinto, adivinando en ella una perversa astucia y una aptitud para enganar infinitamente más aguda que su propia perspicacia. Esa inferioridad le exasperaba y, en los instantes de celos, el sentimiento de su impotencia le hacía caer en el deseo de usar de su fuerza, en la amenaza. No hacía más que amenazar, contenido por el miedo á un rompimiento, pero la furiosa sinceridad de su mirada significaba la muerte como supremo argumento y Magdalena no lo dudaba.

No lo dudaba y, lo que Cristián no se atrevía á esperar en ciertos momentos, le era fiel, ella, que no se lo había sido al conde de Guivre. Magdalena

toleraba las coqueterías de sus adoradores y se divertía á veces en provocar los celos del príncipe; pero nadie podía jactarse de haber obtenido de ella la más pequeña ventaja. Si algunas veces había tenido que vencer su deseo para resistir, siempre había asegurado su resistencia un miedo intenso, al mismo tiempo instintivo y razonado. Estaba segura de que Cristián la vigilaba, segura de que descubriría cualquier traición y cierta de que, en este caso, la aventura terminaría con violencia y con sangre. ¿Hay que añadir que Magdalena era fetichista y supersticiosa, como tantas parisienses inteligentes, y que no pasaba semana sin consultar á las adivinas del porvenir? Y como éstas, al menos las más célebres, están al corriente de las aventuras del gran mundo, nunca dejaban de ponerla en guardia « contra el peligro de muerte con que la amenazaba un personaje titulado, muy guapo y muy celoso. » Y en aquella alma fuerte y voluntariosa, que se creía libre de toda creencia en lo sobrenatural, esas vanas predicciones aumentaban el miedo que ya le inspiraba el conocimiento de Cristián.

De este modo, de aquellos dos amantes, el uno acechaba y desconfiaba y el otro tenía miedo y sufría el yugo á veces con impaciencia. Esas dos violencias contrarias mantenían entre ellos una sorda hostilidad bastante parecida al odio... á pesar de lo cual no podían pasarse el uno sin el

otro y, en el sentido brutal de la palabra, se amaban. ¡Esa dosis de odio que lleva infaliblemente consigo es el castigo del amor simplemente voluptuoso! Dos seres que sólo están unidos por la voluptuosidad y que, por esto mismo, excluyen de sus relaciones la abnegación de sí mismos, son casi necesariamente enemigos fuera de la voluptuosidad. Todos los crímenes inspirados por la pasión confirman esta ley profunda del amor humano.

Representábase este drama íntimo hacia cuatro años entre el príncipe de Erminge y Magdalena, cuando ésta creyó vislumbrar un medio de liberarse. La princesa Guillermina molestaba á su hijo con incesantes querellas por su vida desarreglada y le mandaba que se casara, so pena de privarle de todo recurso. El príncipe, aun siendo esclavo de Magdalena, permanecía, si no dócil á su madre, sometido al menos á sus reprimendas, é iba fielmente á recibirlas, todos los días á las dos de la tarde, á casa de Carlota Guillermina. Magdalena tuvo la buena diplomacia de hacer que alguien sugiriera á la madre de Cristián un nombre de esposa posible, que fué el de una de sus primas lejanas, la hija de un señor de Gudere, que dirigía en Burdeos una poderosa y próspera sociedad de crédito de tendencias legitimistas: el Banco del Sudoeste. El señor de Gudere, ambicionando una

alianza con un príncipe, aseguraba á su hija trescientos mil francos de renta. Aunque de nobleza dudosa, sus servicios á la causa monárquica le habían valido en la región y en el partido una posición preponderante y respetada. La anciana princesa, deseosa de ver á Cristián entrar en la regla, apresuró el matrimonio.

Aquella á quien no se consultaba y que resultaba así juguete de una intriga cuyos resortes ocultos no podía siquiera sospechar, se llamaba Marta y tenía diez y nueve años, una belleza arrebatadora y una perfecta inocencia de corazón. Su madre, la señora de Gudere, de la familia de Bordeneuve, era una neurasténica, maniaca de viajes y que no vivía casi nunca en Burdeos, porque no le gustaba y porque se llevaba mal con su marido. Sin que se la pudiera acusar de mala conducta, resultaba ridícula por su malsana coquetería, por su avidez de homenajes y por su desesperada resistencia á envejecer. En aquellos perpetuos viajes, que parecían destinados á huir todos los días de su imagen de la vispera, la acompañaba siempre su hija, confiada á institutrices extranjeras sin cesar renovadas. De este modo fué Marta, durante su niñez y su primera juventud, una especie de muñeca de playas y establecimientos de aguas, enseñada con atavíos costosos en Biarritz, en Ostende, en Roma, ó en el Cairo, y después la joven vestida todavía de niña con evidente retraso. Su físico infantil ayudaba á

disimular su edad y como á los diez y siete años podría representar catorce, sus faldas medio largas no eran, después de todo, tan chocantes. Instruida de prisa y corriendo y nada tonta, pero perezosa de inteligencia, Marta aceptaba su vida sin alegría y sin repugnancia. La debilidad moral de la señora de Gudere y la incompetencia pedagógica de las institutrices, elegidas solamente por su aspecto y por su modo de vestirse, dejaron inculta el alma de Marta, la cual fué siempre una joven pura, á pesar de los azares de una vida cosmopolita, gracias á la tranquilidad de sus sentidos y á su ausencia completa de curiosidad. Era una de esas de quienes dicen los perversos: « No le contemos nada; es demasiado cándida y nos vendería por simpleza... » En fin, á pesar de ese desarreglo de educación, la casualidad de un parentesco le proporcionó ocasiones de entrever que había otra gente que la de las playas y de conocer una sociedad absolutamente distinta de la que rodeaba á su madre. Allí pasaba solamente tres semanas todos los años, pero aquellas tres semanas fueron para su conciencia como esas cortas estaciones húmedas de los climas cálidos, que apagan la sed del suelo para el resto del año.

Todos los años, en enero, iba Marta á París á instalarse en casa de su tía y madrina la baronesa de Pefaut, mientras la señora de Gudere iba á tomar las aguas de Dax. La de Pefaut, hermana mayor

del señor Gudere, habitaba un vasto hotel de la calle de la *Université*, edificado hacia el fin del segundo imperio y cuyo mueblaje ofrecía un ejemplo bastante curioso del gusto pesado y brillante de aquella época, pues la baronesa, cuyo marido murió en 1873, no había querido cambiar las cosas que le recordaban un muerto apasionadamente sentido. Á su lado vivía su hijo Jerónimo, doctor en medicina que no ejercía, pero se ocupaba con ardor y competencia en estudios de química biológica y de filosofía experimental. Cuando Marta llegó á los quince años, tenía Jerónimo treinta y siete y la señora de Pefaut más de sesenta. Marta, sin embargo, esperaba con impaciencia el mes de enero para ir á aquella grave y tranquila morada que tanto le gustaba. Allí se hacía una vida seria y extremadamente disciplinada, pues Jerónimo, aún más que su madre, llevaba el gusto del orden hasta la marra. Las horas de levantarse y de acostarse, las de comer y las de salir, todo estaba reglamentado. Y la dócil Marta se adaptaba á esta regla lo mismo que á los caprichos de su madre... Por otra parte, la baronesa y su hijo no se enclaustraban en modo alguno; veían á las personas de su clase, las visitaban, las recibían y la casa de la calle de la *Université* no era juzgada por nadie como fastidiosa. Pero, entre la madre y el hijo, Marta adquirió esa noción de la vida interior, que ignoran tantos ociosos, y se dió cuenta de que las horas de soledad no son

forzosamente horas de aburrimiento y de bostezos. Oyó hablar del bien y del mal, mientras que la de Gudere y sus amigos sólo hablaban de « lo que se hace » y de « lo que no se hace ». La baronesa era piadosa y Jerónimo, aunque había suprimido las creencias religiosas, era muy severo consigo mismo y buscaba en la ciencia positiva las bases de una moral racional, graves problemas de los que hablaba frecuentemente con su madre... Las inteligencias activas y las conciencias serenas ejercen una atracción á la que nadie resiste como no sea fundamentalmente perverso, y Marta tuvo que reconocer, no sin tristeza, que su madrina valía más que su madre y Jerónimo más que los hombres que rodeaban á la de Gudere. Se aficionó á la nobleza y al orden de la casa y se mostró agradecida por la amistad que se le manifestaba. La de Pefaut la tenía á su lado á todas horas y la asociaba á sus lecturas, á sus idas y venidas y á sus pensamientos. Jerónimo tenía un modo de mimarla atento é ingenioso, que hacía contraste con las ficticias expansiones y las triviales prodigalidades de la señora de Gudere... Si Marta hubiese vivido allí más tiempo, todas las buenas cualidades de su corazón se hubiesen desarrollado espontáneamente y hubiera llegado á ser una de esas muchachas verdaderamente cumplidas según el tipo tradicional, de las que se encuentran algunas en la aristocracia francesa. Pero, naturalmente, una estancia tan breve no modificaba su

alma. Al acabar enero había que emprender de nuevo interminables viajes que la nerviosidad de la madre llenaba de peripecias... y Marta se resignaba otra vez á ellos. Sin embargo, no todo se perdía para ella de esa cura en un ambiente más armonioso y más sano, pues, según la profunda y elíptica expresión de José de Maistre, aquello impedía que la fuerza funesta se convirtiese en aceleradora. Andando el tiempo, en las horas de crisis, Marta debía volverse hacia aquel rincón de París como hacia una Meca salvadora.

De este modo llegó á los diez y nueve años. Hacia esa época las cocas sabiamente decoloradas de la señora de Gudere y las terribles patas de gallo de los cincuenta años al lado de sus ojos, empezaron á no conformarse con la constante vecindad de la triunfante cabellera rubia y de la divina juventud de Marta. La de Gudere observó la ironía de la frase habitual: « Parecen ustedes hermanas... » Y así se hizo un auxiliar apasionado de Magdalena en el proyecto de casar á la joven. Á Marta le divirtió mucho la idea de que iba á ser princesa, como las heroínas de los cuentos de hadas. ¿Habrá que hacer constar que un mes antes de casarse leía libros infantiles y paseaba con ella por Europa las muñecas preferidas? Con ello ganó el ser princesa de Erminge. Magdalena encontró á la madre y á la hija en Pau y vió en seguida que una Marta, aun siendo tan joven y tan linda, no podría nunca contrarres-

tar su propia influencia con Cristián... Y véase una de las contradicciones psicológicas que resumen todo un corazón de mujer: Magdalena quería librarse de Cristián y que Cristián no se librara de ella. Su lúcida razón le decía: « ¡ Libértate! » y el instinto voluptuoso, la tenaz memoria de los sentidos respondía: « Si... libértate... pero que el día en que tú quieras, le recobres... » Esas debilidades son también el precio de la sensualidad; en el alma, se instala una fuerza misteriosa al lado de la voluntad y la combate.

Cristián, que no discutía sus instintos, sabía bien lo que hacía y lo que quería. Se casaba para apaciguar a la princesa Guillermina y salir de apuros de dinero cada vez más molestos, pero estaba resuelto a no alinear los lazos que le unían con Magdalena... Fué aquel, pues, en resumen, un matrimonio criminal, contrario al espíritu mismo del matrimonio. El señor de Gudere se prestó a todo, pues hacía mucho tiempo que había renunciado a la pretensión de gobernar a su mujer y a su hija, y porque, además, le halagaba el título que iba a llevar Marta y descontaba el apoyo que esa brillante alianza iba a prestar a su crédito, cuya inseguridad conocía él mejor que nadie. Solamente la señora de Pefant protestó, pues conocía la historia de Cristián y de Magdalena y le alarmaba el porvenir de Marta. Pero no salía de casa a causa de un cáncer en el estómago que amenazaba su vida hacia más de dos

años y se la tuvo lo más fuera posible de las negociaciones. Jerónimo, que arriesgó algunas objeciones, fué rudamente echado a un lado por la de Gudere, que acabó por insinuarle que acaso sentía perder el dote de Marta.

Marta, inocente é inexperta, fué así arrojada en los brazos de aquel hombre que no la amaba, que no quería amarla y que, por otra parte, era naturalmente brutal. Es verdad que, de ordinario, las consecuencias de la brutalidad del marido no tienen casi importancia ni duración. Una vez establecido el régimen del matrimonio, el maravilloso optimismo de la mujer trabaja para borrar hasta el recuerdo de los malos comienzos. Pero hay un caso en que el tiempo no puede corregir ni borrar nada, y es aquel en que a la violencia sucede el abandono. La esposa, entonces, no comprende ya nada. Y su angustia se agrava con la lenta gangrena de la desesperación. Este fué el caso de Marta. Estaba convenido que Magdalena, durante el invierno que siguió al casamiento, se instalaría en San Remo. Cristián llevó allí a su mujer a los diez días. Magdalena, celosa después de todo, no había dispuesto aún de su libertad y se estremeció de alegría al ver al príncipe, al que no esperaba tan pronto. La fuerza, más poderosa que la razón, que la dominaba a ciertas horas, soldó de nuevo la cadena, y una vez más se repitió la invariable historia de tantos rompimientos fracasados.

La joven princesa no había visto peligro alguno en este encuentro con Magdalena, á la que debía el haberse casado, que la atraía por su elegancia y su amabilidad y que le hizo una entusiasta acogida. Cuando se encontró abandonada y como viuda en plena luna de miel, no comprendió tampoco lo que sucedía y, lo que es más, experimentó casi un alivio y como la sensación de una tregua y de un respiro... Marta era incapaz de meditar sobre la extraña condición de su matrimonio: ¿había, acaso, meditado algo en su vida? Su alma seguía siendo pueril y, para decirlo todo, impúber. Le divertía el ser princesa, verse libre de los caprichos neurasténicos de su madre y estar metida en una sociedad más brillante y más regocijada. Y, cosa atroz, concibió grande amistad por Magdalena, la cual se había impuesto la fácil tarea de seducirla y tuvo pronto gran influencia sobre aquella mente de niña. Marta le agradeció el trabajo que se tomaba para formarla, para dirigirla y para darle maneras y frases de parisiense, librándola así de parecer insignificante y tonta, que era lo que ella temía.

Pero á medida que se operaba esa transformación, Marta vislumbró primero y comprendió después la verdad.

Habían entonces vuelto á París, donde se estaba en plena temporada elegante, y los Erminge seguían esa carrera desenfundada á las diversiones que se impone cierta sociedad entre abril y junio.

Las personas que les seguían á todas partes eran conocidas con el epíteto de « cuadrilla de Magda ». Había entre ellas otros matrimonios jóvenes: los vizcondes de Ars, designados á la curiosidad del mundo por su amor desordenado á la locomoción, lo que hizo que se llamase á la de Ars « la devoradora de kilómetros »; los señores de Destreux, procedentes de unos ricos industriales del Este y que hacían grandes esfuerzos por llegar á la altura del mundo del *sport* siendo grandes jugadores de *golf* del lado acá del canal de la Mancha; un gran vividor, alegre y no sin ingenio, Pedro de Campardón; un pintor á la moda, muy elegante y desmesuradamente *snob*, llamado Jacobo Apistol, que hacía el amor á la de Ars; y, en fin, Jerónimo Pefaut, que se dejaba á veces arrastrar á las menos extravagantes expediciones de la cuadrilla. Solo ya en el mundo, pues su madre había muerto pocos meses después de la boda de Marta, profesaba á ésta una amistad seria y un poco quisquillosa, que ella apreciaba en el fondo aunque la temiese. Jerónimo, por otra parte, no llevaba á la sociedad dudosa que rodeaba á la princesa la tristeza de un moralista, sino la sonriente curiosidad de un sabio á quien interesa el espectáculo de toda actividad humana, aun desequilibrada.

Magdalena mandaba en jefe ese escuadrón ligero; ella era la que arreglaba las expediciones y las comidas, la que alquilaba las villas en Deau-

ville y Monte-Carlo, la que decidía las fugas á Londres, á Florencia ó á Sevilla, con el pretexto de ver una exposición de pinturas ó de asistir á una solemnidad local; ella organizaba las cacerías, y aunque la « cuadrilla » se trasladase al castillo de las Tachoueres para las batidas de otoño, Magdalena no cedía el mando y Marta evitaba el disputárselo... Marta, sin embargo, se había dado cuenta poco á poco de lo que pasaba alrededor de ella, pero la verdad era que tales cosas no hacían sufrir á su corazón. Lo único que le quedaba de su sola semana de esposa era el terror de que Cristián volviera á las andadas. Tampoco sufría mucho en su dignidad, pues Magdalena y, por obedecerla, Cristián, guardaban las apariencias. Pero Marta, en cuanto comprendió la situación, perdió toda huella de fe conyugal. Nunca se le había enseñado una doctrina muy clara, y, al conocer su verdadera situación, cayó en una especie de nihilismo inconsciente. No le inspiró horror su caso, pues comprendió que no era excepcional en el rincón especial del mundo en que vivía; pero su resignación se formó á expensas de su sentido moral.

Pasaron dos ó tres años en esa horrible monotonía del placer continuo. Muchos cortejaron á Marta, que resistía sin lucha y sin virtud, pobre alma dolorida y cansada hasta el punto de ser incapaz de esfuerzo por el mal ni por el bien. La

« cuadrilla de Magda » se había aumentado con un joven introducido en ella por la de Destreux, Remigio de Lasserrade, el menor de tres hijos precozmente privados de sus padres por un trágico accidente de automóvil. Un hermano de su abuelo, el anciano duque de Lasserrade, los había recogido y educado á los tres. Había sido el duque en otro tiempo uno de los miembros más influyentes del partido que, en la Asamblea nacional, se llamaba la caballería ligera. Elocuente y dotado de una inteligencia grave y de un corazón tierno bajo las apariencias de una gracia casi femenina, fué diputado por la Mayenne á los treinta años y parecía anunciar la más alta fortuna política ó diplomática, pero una intentona abortada de restauración monárquica en que tomó parte aniquiló prematuramente esas esperanzas. En 1877 no fué siquiera reelegido. Cuando tomó á su cargo á los tres huérfanos, hacía mucho tiempo que había renunciado á toda actividad política y sólo se ocupaba en trabajos históricos y en obras caritativas. Mauricio y Juan, los dos mayores, eran ya unos colegiales en plena « edad del pavo ». Remigio era todavía un niño de rubias guedejas, que se parecía asombrosamente á los retratos del duque en la niñez. Todos los niños son un poco egoístas: su absorbente personalidad se forma de lo que coge alrededor como una planta joven se asimila con avidez los jugos de la tierra y los principios nutritivos del

aire. El duque creyó que Remigio tenía solamente el egoísmo de todos los niños, pero á medida que su sobrino preferido fué creciendo, tuvo que reconocer que si tenía sus facciones y sus maneras de otro tiempo, carecía de su virtud. Remigio, que era, á pesar de todo, inteligente, hizo el perezoso en el colegio. Sus hermanos, con tres años de distancia, habían seguido la carrera casi única que se ofrece á los jóvenes de cierta aristocracia, y el uno era teniente de dragones en Libourne, el otro capitán de artillería en Bourges, y ambos, excelentes oficiales, hacían en sus guarniciones la ruda vida que la inquieta democracia moderna impone más al jefe que al soldado. Cuando Remigio acabó, bien ó mal, sus estudios, no quiso entrar en las escuelas militares y persuadió á su tío de que, no conviniéndole la carrera de las armas, debía dedicarse á la política y recobrar en la Mayenne la representación perdida desde 1877. Como era muy inteligente, hablaba con facilidad y era irresistible cuando se proponía captarse una simpatía, se podía, en efecto, presumir que lograría su empeño en un distrito donde el partido conservador seguía siendo poderoso y en que los Lasserrade tenían influencias. Mientras tanto, como tenía apenas veintún años y acababa de volver del servicio militar, Remigio se preparaba para la carrera política haciendo una vida de ocioso rico. Su entrada en la alta sociedad parisiense llamó la atención. Era el

tal un niño mimado por el excesivo cariño de un viejo y por precoces triunfos de mujeres, y tenía la belleza y la impudencia de un paje, con un corazón seco, valentía y una repugnancia á todo esfuerzo de laboriosidad que no excluía la ambición. Profesaba la teoría, hoy vulgarizada, de que las relaciones de los sexos no tienen importancia ninguna, con tal de que se permanezca socialmente « decente ». Se reservaba, por otra parte, el juzgar á su modo la mayor ó menor « decencia » y su extremada juventud hacía tolerables en él acciones que á un hombre maduro le hubieran costado el perder su reputación. Ingenioso, atrevido y feroz con urbanidad, desarrolló en seguida un arte extraordinario de conquistar entre el mundo fácil que había escogido por campo de experimentos, y, como se hubiera dicho hace cuarenta años con una palabra que hoy falta, porque la cosa es rara, pronto llegó á ser un « lion » cortejado, imitado y envidiado.

Hay mujeres, en modo alguno perversas, que están condenadas á ser perpetuamente víctimas en amor, como ciertos hombres honrados son siempre víctimas en los negocios. Marta de Erminge, sobre la que pesaba ya el crimen conyugal de Magdalena y de Cristian, tenía que excitar forzosamente la curiosidad de Remigio. Y Marta, que no tenía sentidos y había resistido hasta entonces sin trabajo alguno, se dejó deslizar hasta la intimidad con aquel compañero de su edad. Remigio, adivinando la real ino-

cencia de aquella mujer joven y mal reputada, se divertía con ella como un Valmont con una Cecilia Volanges... Cuando ella vacilaba todavía, su primo Jerónimo Pefaut trató de ponerla en guardia, pero al ver que Marta rechazaba sus consejos con pueril mal humor, dejó de dárselos y fingió no ver nada. ¿Amó Marta á Remigio? Por lo menos estuvo dispuesta á amarle, dispuesta á darle su vida y dispuesta á huir con él, si Remigio la hubiera deseado de otro modo que como un juguete... ¡Alguien, por fin, le murmuraba al oído cosas lindas y tiernas, la tenía en sus brazos y le decía: « Te debo la felicidad!... » ¡Ya no estaba sola! Pero no tardó en suceder lo que todo el mundo había previsto, excepto ella. Aquel juego amoroso cansó pronto á Remigio. Marta era demasiado sincera, demasiado esposa. Cuando la tuvo en su poder, vió que no podría obtener de ella nada más que una ternura apasionada que no era de su gusto... Marta era impervertible y, para un libertino, el juego terminaba en su conquista.

Después de una temporada de ilusión, que duró para ella más de lo que hubiera durado para cualquiera otra, Marta empezó á resentirse, sin comprenderlo, del profundo desacuerdo que existía entre Remigio y ella. Por primera vez su corazón conoció el sufrimiento, que no fué tanto el de una amante inquieta como el de una niña abandonada. Remigio distraído, indiferente y espaciando ú olvi-

dando sus entrevistas, la torturó como ciertas mujeres ligeras torturan á los hombres de corazón bastante débiles para quererlas... Y un día, sin preparación, le hizo saber que su tío, el duque de Lasserrade, le obligaba á uno de esos supuestos viajes de estudios que son el arresto riguroso de los hijos de familia. Remigio había tenido recientemente pérdidas al juego que su tío juzgaba excesivas. El viaje suponía una ausencia de dos meses en el África septentrional... Marta, todavía confiada, se resignó. Cinco días después de la partida de Remigio, recibió una carta de Argel, bastante fría; á los quince días, una tarjeta postal de Orán; y nada más después. Entonces comprendió que estaba abandonada y se encontró más sola que nunca y con el corazón lleno de secretas ansiedades que no se atrevía á confiar á nadie. Su salud se alteró; se puso nerviosa y rehusó más y más las diversiones de la « cuadrilla ». Todo el mundo encontró que tomaba demasiado á pecho un incidente sentimental muy ordinario.

El destino no tardó en proporcionar á Marta un motivo de mal humor más plausible y más excusable á los ojos del mundo. Los trimestres de la enorme renta dotal prometida por el señor de Gudere venían siendo pagados, hacía un año, con retraso y con dificultad. El banco del Sudoeste se había comprometido á fondo, con toda su clientela, en aventuradas especulaciones de crédito agrícola,

y empezaba á hundirse lentamente como un navio en el que no se puede cegar una vía de agua. Antes de la vuelta á Francia de Remigio estalló la bancarrota definitiva. El señor de Gudere no fué perseguido; se expatrió y halló en el Brasil una posición subalterna en un establecimiento financiero. Marta quedó enteramente arruinada y sólo conservó, por toda fortuna, una renta de dos mil francos inalienable é inembargable, que le había dejado una tía paterna. Y, ciertamente, esa ruina no hubiera agravado casi nada su desesperación actual, pues siempre ignoró y miró con indiferencia las cuestiones de dinero, si no hubiera sido por el desorden doméstico que esa desgracia produjo. La actitud del príncipe fué correcta, pero la princesa Guillermina consideró el desastre como una traición de su nuera. Las dos princesas se indispusieron y, aun viviendo en la misma casa, dejaron de verse.

Tres siglos después de los tiempos heroicos en que Otón el Tercero guercaba en Suabia al lado de Rantzau, esto era lo que quedaba de la fortuna, de la gloria y de las costumbres de los príncipes teutones y de los condes franceses que, aliados ó enemigos, habían defendido con sus espadas y fecundado con su sangre los dos troncos gloriosos de la familia de Erminge. En una de esas casas nuevas de los Campos Elíseos, en las que algunos archi-

tectos modernos han firmado la prueba monstruosa de su impericia, la princesa Guillermina, el príncipe Cristián y su mujer ocupaban los dos departamentos del piso cuarto, entre los cuales se había establecido una comunicación. Cada uno de los tres habitantes poseía sus habitaciones particulares; las de la anciana princesa comprendían solamente un salón biblioteca, una alcoba con sus accesorios y una piececita que servía de oratorio. Con un mueblaje severo, estilo Luis XIV alemán, unos retratos de antepasados y gran número de libros antiguos, aquellas habitaciones eran seguramente las que tenían más expresión de todas las de la casa. Lo demás, arreglado á gusto de un tapicero de la calle de la *Paix*, presentaba ese amontonamiento costoso y vulgar que se encuentra en las habitaciones de los que no ponen nada de su alma en el arreglo de su casa. Los salones presentaban sus paredes estucadas de blanco y el falso gusto de un mueblaje afectado, en el que la pueril pretensión del estilo estaba contrariada por errores que hubieran hecho sonreír á un verdadero conocedor. La habitación del príncipe, amueblada á la inglesa, se parecía mucho al interior de un yate suntuoso. En el saloncillo particular de Marta y en su alcoba reaparecía el deplorable estilo « tapicero » del tiempo presente. Solamente el tocador, imitación de un *tepidarium* pompeyano, y hecho de mármol rosa de Italia, resultaba agradable á la vista por su

contraste entre aquel decorado antiguo y el arsenal más completo y perfeccionado de comodidades propias de una parisiense moderna.

Salvo la visita diaria de Cristián á su madre, los tres habitantes de la casa hacían una vida independiente. La princesa, regañada con su suegra, ya no la visitaba, y no comía con Cristián más que fuera de casa ó cuando tenían convidados. El príncipe vivía en el círculo ó al lado de Magdalena; y Marta se consumía de fastidio y de angustia, tan pronto encerrada en su cuarto días enteros sin otra compañía que la de una doncella, tan pronto tratando de emprender de nuevo, con frenesí pronto saciado, la carrera de las diversiones.

Y la anciana Guillermina veía con espanto que la casa de Erminge, detrás de aquella decoración de lujo, iba cayendo en los apuros de dinero, en los desórdenes íntimos y, acaso, en el drama.

Dos meses, poco más ó menos, después de la partida de Remigio, interpretada por el mundo como un rompimiento con Marta, la princesa se despertó muy tarde en una mañana de octubre... Una vez despierta, luchó todavía algún tiempo con las repentinas sonolencias que le hacían perder el conocimiento y le oprimían por un instante los ojos y el pecho. Para disipar las últimas brumas del sueño, se sentó en la cama y se estuvo así apoyada en las almohadas, las rodillas medio do-

bladas, las manos alargadas entre las rodillas y los ojos abiertos. Debía de hacer sol afuera, pues á pesar del espesor almohadillado de las cortinas de damasco amarillo que ocultaban los dos grandes balcones, flotaba alrededor de la joven un vapor luminoso que se avivaba en el triple espejo del armario, en los cristales de los cuadros y en las fotografías colocadas en la chimenea y en un estrecho escritorio. Por la puerta de la inmensa pieza que servía á la vez de tocador y de la sala de baños, á la izquierda de la cama, hacía irrupción una luz más clara y francamente dorada. Aquella puerta se quedaba abierta toda la noche, así como la de la pieza contigua, en la que dormía la doncella de la princesa. Porque á Marta la angustiaba la sensación de estar sola y necesitaba para dormirse la certeza de que un ser humano adicto respiraba al alcance de su voz y de que podía reunirse con él prontamente y sin más que empujar una puerta entornada. Y hacia unas semanas que, habiéndose agravado su estado nervioso, ordenaba con frecuencia á su doncella, Martina Lebleu, una especie de dama de compañía, que instalara su cama en la sala de baños para sentirla más cerca.

El enorme edificio, construído según los ritos modernos, con sus suelos rellenos de corcho y sus dobles tabiques, filtraba poco ruido alrededor de Marta, tristemente inmóvil con las manos entre las rodillas. Pero el rumor de ruidosa actividad que

anima hasta el medio día á los Campos Eliseos entraba, sin embargo, en aquel oasis taciturno con sus aleteos de automóvil y sus mugidos de los cuernos de alarma. Marta observó unos instantes el cinematógrafo de las sombras que pasaban, giraban, se desvanecían y parecían renacer en los dos puntos en que el reflejo de los balcones iluminaba el friso del techo. Su mirada recorrió los objetos familiares con indiferencia y cansancio. Por fin murmuró:

— ¡Martina!

Martina debía de estar acechando aquel despertar y aquella llamada, porque la puerta se abrió en seguida y apareció una joven y delgada silueta cuyos contornos parecían borrosos á causa de la luz exterior. Marta se quedó deslumbrada y cerró los ojos. Martina se acercó á la cabecera, inclinó la inteligente cabeza, cuyos ojos negros expresaban una sincera ansiedad, y dijo:

— ¿La princesa ha descansado bien?

Aquella expresión familiar era, sin duda, la de costumbre, pues no parecía chocar á la princesa. Por lo demás su tono, muy respetuoso, moderaba su familiaridad. Marta respondió:

— No muy bien, Martina... ¿Quiere usted describir las cortinas de los balcones?... Despacio.

Con precauciones de enfermera, la doncella dió paso á la luz describiendo primero las cortinas y abriendo á medias, después, las persianas. En seguida volvió hacia su señora y dijo:

— Hace un tiempo espléndido... un tiempo de verano... Casi hace calor.

La deliciosa cara de Marta, tan joven entre las masas de sus cabellos que parecía la de una niña enfadada; todas sus facciones, la tierna boca de labios un tanto gruesos, los ojos color de agua y la naricilla incorrecta y encantadora, aparecían entonces en plena claridad, lacias y entristecidas por una expresión de extremada fatiga. Un espejo de plata, del estilo de los artistas lorenos, colocado en un costurero al lado de la cama, reflejó al mismo tiempo la fisonomía inteligente y seria de Martina, sin belleza aunque no sin encanto, de frente estrecha y calzada y de contornos regulares, pero de tez borrosa y de cabello de un castaño sucio... más linda, en suma, cuando sólo se veía la silueta esbelta y fina, de movimientos precisos y graciosos.

Al ver que la doncella se quedaba mirándola con una expresión de maternal inquietud, Marta hizo un movimiento de impaciencia.

— ¿Está preparado el baño?

— Sí...

— ¿Qué espera usted entonces? Ayúdeme...

Rechazó las mantas y sus pies desnudos buscaron las zapatillas, casi ocultas entre la blanca piel extendida al lado de la cama. Martina la calzó prontamente y en cuanto se levantó quiso ayudarla á pasar á la sala de baño, pero Marta se apartó.

— ¡No! dijo, no me hace falta.

La larga camisa de dormir acentuaba más todavía su apariencia de niña. Marta se dirigió tiritando hacia el baño de mármol rosa pulimentado, en forma de piscina, que se hundía en el suelo bajo la armadura niquelada de un aparato de duchas. Martina, sumisa á las impacencias de su señora, la rodeaba de ademanes justos, ligeros, envolventes, nunca importunos, consultando el termómetro, arreglando la temperatura del agua, recogiendo la camisa caída al suelo y sosteniendo aquel cuerpo desnudo mientras se sumergía, disimulado en seguida por una nube de benjuí exhalada por la piscina. La frescura apenas tibia del baño calmó casi instantáneamente los nervios de la princesa, que sonrió mientras palmoteaba la superficie del agua.

— ¿Qué hora es? preguntó.

— Cerca de las once.

— ¡Las once ya!... ¡Oh! Me alegro... ¡Las once!...

¡La mañana devorada ya casi toda! Aquello era un poco de vida suprimida, un poco de esa vida lenta y pesada.

Marta volvió á preguntar

— Anoche empezaba á dormitar cuando me despertó un ruido de cosas rotas. ¿Sabe usted lo que era?

— Creo que fué el príncipe, murmuró Martina.

— ¿Alguna rabieta?

Martina hizo un signo afirmativo.

— ¿Contra quién?

— Contra Juan, porque había olvidado el llevar una carta. El príncipe le dió un empujón y Juan tenía un vaso de agua en la mano.

— Me pareció que se rompía algo más importante que un vaso de agua, dijo Marta con indiferencia.

Se puso en pie dentro del baño, salió ayudada por Martina y mientras ésta le presentaba el peñador, observó en el espejo próximo el perfil de su cuerpo de niña, tan pálido, tan pálido... que el agua no había logrado adornarle de un reflejo vital. Martina secó y friccionó sus miembros y ella se abandonó á la operación cerrando los ojos y dando de vez en cuando ligeros suspiros. Por fin se escapó de Martina y corrió á echarse en un diván en un rincón de la sala. Una vez allí, mientras la doncella la rodeaba de lienzo afelpados en aquel lecho de reposo, y la frotaba los tobillos y los pies, Marta hostezó.

— Por mi gusto, me volvería á la cama y dormiría mejor que por la noche, porque por la noche tengo miedo. ¿No han traído nada esta mañana?

¿No ha habido cartas ni telegramas?

Martina estaba puliendo minuciosamente las uñas de los dedos gordos, después de haberlas untado de una pasta rojiza que sacó de una cápsula de madera, y respondió sin interrumpir su trabajo:

— No, no ha habido correo. Pero han traído una nota de casa de Jubillard... de la cebellina de la señora princesa.

Marta fijó entonces un poco la atención.

— ¿Y qué han dicho?

— Han dicho que tenían prisa. El que ha venido es el hermano de Jubillard, y hablaba de presentar la cuenta al príncipe.

— ¡Al príncipe! exclamó Marta sentándose de pronto.

— Entonces cogí la nota y dije que ya se iría por allí.

— ¿Cómo hacer que tengan paciencia? murmuró Marta pensativa.

— No se inquiete la señora princesa. Hoy iré yo misma y ya encontraré alguna razón.

— ¡Qué astuta es usted! Si se hubiera usted dedicado á los negocios, hubiera engañado á todo el mundo.

Martina sonrió y continuó entregada á las tareas de su oficio y tratando de tranquilizar y de alegrar á su señora. En cuanto ésta quedaba callada y parecía caer de nuevo en su melancolía, ella hablaba en seguida y contaba una historia ó aventuraba una reflexión sobre la belleza de Marta. Martina se expresaba con una pureza de lenguaje perfecta, casi con elegancia. Pero Marta apenas la escuchaba.

Al instalarla Martina en su silla, enfrente del tocador, observó que los hermosos ojos, color de

agua marina, de la princesa se habían llenado lentamente de lágrimas y que su cara había caído en ese abismo de desolación que transforma en un instante la gracia de las fisonomías femeninas en una imagen del dolor. Martina Lebleu se puso seria y dejó de hablar. Su cara tomó una expresión compasiva y sus dedos acariciaron aquella cabeza velada entonces por la suntuosa cabellera... Marta había vuelto á pensar de repente en Remigio de Lasserrade. Una vez más el nuevo día no le traía carta alguna del viajero, y, sin embargo, sabía á ciencia cierta que estaba en París desde el día anterior. Marta lloraba su abandono y la miseria de su corazón, y á cada sollozo se agitaba su cabeza bajo el capuchón de oro flúido y caían de su boca palabras confusas repetidas con obstinación:

— ¡Nada le he hecho... nada... sin embargo!

Separados de nuevo y reunidos detrás por los ágiles dedos de Martina, los hermosos cabellos bermejos dejaron ver una cara descompuesta por la pena. Y Martina, al tiempo que terminaba el peinado bajo, que recordaba el de la emperatriz Eugenia en el retrato de Winterhalter, preguntó:

— ¿Traigo el te?

— No quiero te.

— ¿Entonces?...

Marta reflexionó y sus ojos expresaron de pronto un deseo.

— ¿No tenéis sopa en la cocina?... Sopa ordi-

na, de la del pueblo, como la que hace Irma...

— Irma hizo esta mañana para nosotros y debe de haber sobrado...

— Hazme servir un plato... bien caliente.

Martina instaló al lado del balcón una mesita y la cubrió con un mantel. Aquella sala de baños con sus paredes de mármol era la estancia preferida de Marta. No le gustaba su cuarto, que daba á los Campos Eliseos y cuyo ruido la ponía nerviosa.

Martina se había ido á buscar la sopa que deseaba la princesa, y Marta, ya sola, se puso á dar vueltas por la pieza y á mirarse en los espejos la cara, en la que desaparecían las huellas de las lágrimas con la misma rapidez que en la de un niño. Al lado de la puerta de la alcoba estaba la butaca en que Martina se sentaba por las mañanas á esperar que su señora se despertase. Al lado de la butaca, sobre una mesita portátil, había un canastillo de labor cuidadosamente arreglado y, en él, una berta bordada al « plumetis » que Martina, muy mañosa, estaba componiendo para su señora.

Marta cogió distraidamente el pedazo de batista pegado á una tira de hule verde, y examinó la compostura comenzada. Al ir á dejar de nuevo el hule en el canastillo, vió en el fondo un librito encuadernado de cuero negro muy usado. Le abrió al azar y leyó:

« El amor vela sin cesar y ni aun en el sueño duerme.

» No le causa ningún trabajo, ni encuentra pesados ningunos lazos, ni le turba temor alguno.

» Dilatadme en el amor, para que aprenda á saborear lo dulce que es amar. »

Marta no conoció estas palabras célebres, aunque, sin duda, las hubiese leído en su infancia. ¡ Había leído siempre tan distraidamente los libros, piadosos ó profanos ! Y la vida de París había borrado muy pronto hasta las trazas de la enseñanza religiosa que alternativamente le dieron las irlandesas, bávaras, suizas y austriacas que la de Gudere renovaba tan caprichosamente como los cocheros.

Marta miró el título : « *Imitación de Jesucristo...* traducción de Lamennais. » Le puso de nuevo en el canastillo y le cubrió con el bordado, como estaba.

« ¡ Extraña muchacha, pensó. Ahora le da por leer la *Imitación* !... Parece, en efecto, que es muy religiosa. Lo que no le impide pedirme cada dos días tres horas de salida... y supongo que no para ir á la iglesia. »

En un rincón de la sala sonó un ligero ruido bastante parecido á un ligero redoble de tambor con sordina. Era la campanilla del teléfono, amortiguada, á causa de los nervios, hasta no ser más que un roce apenas perceptible. Marta, indecisa, no sabía si responder, cuando volvió Martina trayendo en una bandeja el cubierto y la humeante sopera.

— Lllaman por teléfono, dijo Marta ; vea usted qué es y diga que estoy durmiendo.

Martina obedeció y Marta se puso á escuchar la mitad perceptible de la conversación.

— ¿Quién?... Si... es la doncella .. ¡Ah! está bien, señora... La princesa no se ha levantado, porque se durmió anoche tarde... No va mal; gracias, señora... Creo que podrá salir... En cuanto se despierte, se lo diré... ¿En Holtz, á las cinco y media?... Comprendido... Buenos días, señora.

Y colgó los receptores.

— ¿Es Magda? preguntó Marta.

— Sí... y ruega á la princesa que vaya al hotel Holtz, al gran salón, á las cinco y media.

— Enterada. ¿Quién estará allí?

— El señor Pefaut... las señoritas Rosa y Margarita... La señora de Guivre ha invitado también al príncipe... Irá además un joven italiano que la señora de Guivre quiere presentar á la princesa: Giuseppe Saraccioli.

— ¿Qué italiano es ese?

— Un poeta de mucho talento.

— ¿Le conoce usted?

— He leído cosas suyas en un libro sobre la poesía italiana.

— Tiempo tiene usted que perder, Martina.

— ¿No se desayuna la princesa?

— ¡Ah! sí, lo había olvidado.

Se sentó junto á la mesita y Martina le sirvió un plato lleno de la espesa sopa de pueblo. Marta sonrió.

— Cuando era pequeña, dijo, y estábamos por la vendimia en la Prade, me escapaba del castillo para ir á la granja á pedir sopa como esta á Marcelina la granjera. Mi madre no quería que la sirvieran en la mesa del castillo, porque decía que no era distinguido.

Comió con avidez las primeras cucharadas, mientras Martina la ayudaba como á una convaleciente en su primera comida. Pero el plato estaba todavía casi lleno cuando le apartó.

— ¿Ha acabado la princesa?

— Quite usted de ahí ese plato, Martina. Me da asco.

— ¿Tomaría la princesa unos pasteles?

— Los ha hecho usted traer?

— Sí... Como la princesa los pidió ayer.

— Sí, sí, eso es... Tráigalos usted pronto.

Marta se atiborró de pasteles como una hambrienta. Púsose entonces alegre y empezó á charlar con Martina, que la respondía sin familiaridad y guardando las distancias.

— ¿Dice usted que es italiano ese poeta?

— Sí.

— ¡Esa loca de Magda! ¿De dónde se ha sacado ese nuevo amigo? ¡Y se lo presenta al príncipe!...

La actitud de Martina ante aquella tranquila alusión á las relaciones del príncipe con Magdalena fué singular. Su cara, de ordinario muy expresiva, se quedó fija de repente; ninguno de sus músculos

30657

volvió á moverse y pareció que la mirada se ausentaba de sus ojos.

Marta lo observó y se puso impaciente.

— ¡Ya está usted con su cara de palo! dijo. ¡Qué insoportable es usted, mi pobre Martina! No me gustan las personas que no tienen valor para decir su opinión y todo lo critican por lo bajo. No se sabe nunca lo que usted piensa.

Y, excitándose con su propia voz, siguió diciendo:

— ¿Sabe usted que no hay nada más ofensivo que esa expresión cuando le hago á usted el honor de tratarla casi como á una igual? Hago mal, por otra parte, y á veces me pregunto si estará usted de acuerdo con el príncipe para espíarme.

— ¡Oh! señora... no pudo menos de decir Martina, cuyos ojos se hinchaban á pesar del esfuerzo que ella hacía para permanecer indiferente.

— No, no lo creo, dijo Marta corrigiéndose. ¡Pero qué rara es usted, pobre muchacha!...

Por un momento se quedaron calladas.

— ¿Qué vestido se pondrá la princesa? preguntó dulcemente Martina.

— El azul de casa de Emery. ¿Ha arreglado usted la cintura?

— Sí.

Mientras Martina preparaba el traje y vestía á su señora, seguía ésta refunfuñando y aprovechando todos los pretextos para ponerse nerviosa y demos-

trar á Martina que su servicio estaba mal hecho y para echarle en cara que era « demasiado buena » para ella.

— Apuesto á que va usted á querer salir hoy también durante tres horas...

— Si la princesa me lo permite... Pero volveré á tiempo.

— En mi vida, dijo Marta, he tenido á mi servicio una muchacha como usted. Hay momentos en que imagino que oculta usted algún drama en su vida y que el mejor día voy á descubrir cosas enormes.

— Pues yo aseguro, replicó Martina en tono de buen humor, que no hay nada que descubrir.

Sus ojos tenían tan dulce serenidad, que la princesa se quedó desarmada.

— ¿No hay siquiera algún amiguito? dijo.

Martina vaciló un poco y respondió:

— Justamente, eso es.

En este momento llamaron á la puerta de una pieza contigua que servía de guardarropa y de entrada al departamento de Marta, y la segunda doncella, encargada de todo lo que no fuera el servicio íntimo de la princesa, entregó una carta, diciendo que esperaban respuesta. « Una especie de criada », dijo la doncella con desdén.

— Ábrala usted y lea, mandó Marta.

Martina obedeció.

« Señora princesa :

» Conociendo su buen corazón, me dirijo á usted en las crueles circunstancias por que atravieso. No sé si la señora princesa recordará haberme visto en otro tiempo en casa de Laurent, donde era yo primera oficiala. He estado enferma y me han despedido. Después he agotado todas mis economías... »

— ¿Quién firma? interrumpió Marta.

— Josefina Durand. Y entre paréntesis : « Josefina la de la casa de Laurent... »

— Es verdad, dijo Marta. Me acuerdo de una primera oficiala que se llamaba así. Haga usted que le den cinco francos. ¿Los tiene usted ahí?... ¿No? Jamás tiene usted dinero... No sé qué hace usted con él... Abra usted el bolsillito de mi llavero.

— No hay más que un billete de cincuenta francos.

— Procure usted cambiarle en las cocinas.. ó, si no... dele usted los cincuenta francos, á esa Josefina, y que me deje en paz. Despáchese usted, porque son las dos y estoy citada á las dos y media en casa de Emery para probarme un traje.

Durante los momentos en que Marta estuvo sola, se aproximó á la gran ventana doble que daba al patio, un patio de palacio, vulgar y adocenado, que rebajaba su suntuosidad al nivel de una arquitectura y de un lujo de exposición universal. Á un lado esperaba una carretela con dos caballos tan tiesos

y orgullosos como el cochero. Y en este instante entró una berlina de abono, bastante elegante, y fué á colocarse debajo de la ventana en que estaba Marta.

Martina volvió á entrar.

— Abajo está la berlina, dijo Marta. Acabe usted pronto de vestirme.

Hízolo así Martina y la princesa de Erminge apareció al fin como la viva expresión de ese lujo dispendioso hasta el exceso que no se encuentra más que en París y que resume á París. El sencillo vestido, corte de sastre, de paño muy peludo y guarnecido de discretos bordados hechos á mano, valía novecientos francos. El sombrero, una toca con una pluma caída, costaba quince luises y no saldría tres veces á la calle. Los bajos, de delicada muselina de seda, eran más caros y de menos duración que el traje mismo. ¡ Pero qué seductora estaba Marta, así ataviada, y qué bien caracterizaba la flor natural de ese lugar, único en el mundo, en el que la historia, el arte, el dinero y el clima se conjuran para hacer germinar, crecer y desarrollarse la más brillante, costosa y frágil planta de lujo : la mujer!

Aquella delicada planta fué transportada con precaución de la alcoba al ascensor y de éste á la berlina por la doncella y el lacayo. Ya en el patio y antes de dar una dirección al cochero, la princesa consultó en su librito el memorándum que Martina

le preparaba diariamente, y que sólo contenía tres notas : « Venta de caridad, calle de Aumale, 19 (jóvenes obreras). — Á casa de Emery, dos y media á probar un vestido de crespón de China bordado. — Á las cinco y media, te en el hotel Holtz... » Eran las dos y media, hora de la prueba, pero el trabajo de hacerla asustó á la princesa.

— 19, calle de Aumale, dijo.

Se desplomó en la berlina como si el cansancio de haberse vestido, de haber bajado cuatro pisos en ascensor y de haber subido al coche, hubiese agotado sus fuerzas. Una expresión de agudo sufrimiento contrajo su linda cara y con la mano izquierda tuvo que comprimirse el corazón, que se rompía golpeando las paredes del pecho. La berlina rodaba hacia la plaza de la *Concorde* á lo largo de los Campos Eliseos inundados de sol y tan anchos en la semisoleidad de aquellas primeras horas de la tarde. Las hojas de los castaños revoloteaban pacíficamente sobre el piso de madera... En la plazoleta, la juventud persistente de las praderas, y el brillo sabiamente contrastado de los crisantemos, hicieron sonreír á Marta, que pareció entonces menos abatida. Pero en seguida cayó en su tristeza y en sus reflexiones desesperadas. Con una profunda arruga entre los ojos y las manos extendidas entre las rodillas, se puso á meditar. Al pasar por la iglesia de la Magdalena, le vino á la memoria — ¿por qué? — que una de sus institutrices la llevó

un día á la bóveda y le hizo rezar ante una imagen de san Antonio de Padua por que su hermano fuese recibido en la Escuela Politécnica de Zurich. Marta sonrió al recordarlo y en seguida se le representó Martina, el libro de cuero usado y las frases de la *Imitación* sobre el amor.

« Si... Esa muchacha es incomprendible... Dice Magda que debe de tener un amante más joven que ella y á quien da dinero. Es interesada y no se le ve gastar un céntimo para sí misma. Se viste con mi ropa de desecho y todavía debe de vender las tres cuartas partes. ¡Pobre chica!... »

Las serias pupilas de Martina iluminaron el caos en que se agitaban los pensamientos de la princesa, que se dió cuenta de repente de que aquella joven, de la que no conocía nada y de cuyas costumbres sospechaba, había llegado á serle indispensable.

« La verdad es que me sirve muy bien. Pero es tan misteriosa... ¡Con tal de que no me venda al príncipe!... »

Y pasaron por su memoria antiguas traiciones de sirvientes. Por debilidad de alma, por descuido y por el abandono en que la dejaban los que debieran dirigirla, Marta había tenido siempre propensión á confiarse á las criadas de la casa. La última, la que precedió á Martina, había aprovechado esa circunstancia para sacarle cincuenta luises con la amenaza de entregar al príncipe una carta de Remigio que había interceptada.

« No, pensó... Martina no es capaz de una cosa semejante ; me parece que me quiere bien... »

Ante la idea de que había un solo ser humano, y tan distante de ella, que la quería, la princesa se enterneció. La berlina estaba entonces detenida por una aglomeración de coches en las inmediaciones de la estación de *Saint-Lazare*, y Marta se acurrucó en un rincón pensando con horror en el aislamiento moral en que vivía actualmente. « ¡ Todo el mundo me ha abandonado!... » Y esa sensación de soledad le resultaba tan angustiada como un dolor físico. Miró el gentío que se agolpaba en compactos remolinos alrededor de su coche y vió parejas, personas de aspecto preocupado y otras que parecían felices. « Pocos están tan solos como yo, pensó. Todos tienen familia ó amigos ; yo, nada... Mi madre no ha sido madre para mí, ni mi marido un marido... Estoy reducida á mendigar el cariño de mi doncella... » Se rió dolorosamente y después sintió impaciencia por aquella larga parada. Los ómnibus se iban aglomerando como una barricada, y el caballo, nervioso, piafaba en su sitio... « ¡ Ah ! ¡ Cómo me aburre París ! » Y soñó con un lugar retirado, lejos de las personas conocidas, donde pudiese sepultarse, esconderse, con Martina, para que la sirviese y la cuidase. ¡ Escaparse, esperar el porvenir con sus amenazas, con sus incertidumbres y hasta con sus catástrofes, en un rincón donde la hiriese en secreto, sin que nadie lo supiera !...

— ¡ Ó morir ! exclamó en alta voz.

Se espantó de lo que había dicho y su pensamiento retrocedió como si acabase de ver delante de ella un agujero obscuro... Y el deseo de vivir, propio de la juventud, la invadió de nuevo, suscitado por el angustioso pensamiento de la muerte. Entonces rechazó la ansiedad que la devoraba y cuya causa no quería precisar.

Entre tanto la berlina había echado á andar y pasando por la plaza de la *Trinité*, llegaba á la calle de *Aumale*. La venta de caridad á beneficio de las « Obreras jóvenes y desamparadas » se verificaba en el salón de los Horticultores parisienses, alquilado para ese objeto. Las inmediaciones de la puerta estaban llenas de coches propios y algunos de alquiler cuando llegó Marta. La princesa atravesó los vestibulos, decorados de pobres plantas verdes, y entró en el salón del fondo, arreglado, como siempre en tales fiestas, con floridos mostradores detrás de los cuales había señoras de la alta sociedad, de cierta edad unas y severamente vestidas, que atraían poca clientela, y frescas otras de juventud y de atavío, que tenían tienda de coqueteo y de galantería á beneficio de la institución.

Marta se dirigió á uno de los mostradores más frecuentados, que estaba á cargo de dos señoritas tan parecidas que se adivinaba que eran gemelas, aunque fuese imposible el confundirlas, pues tenía la una el pelo de un color pajizo, mientras que la

cabellera de la otra, más abundante y algo rizada, era francamente roja. Sus trajes iguales, de paño color de café con leche, querían ser sencillos, pero su corte y su hechura indicaban un gran modista.

— ¡Oh! Marta... ¡Qué amable visita!

Margarita de Avigre, la del pelo pajizo fué la que vió primero á la princesa. Una señora de edad y dos jóvenes que estaban hablando con sus compras en la mano, se despidieron, y solo quedó un hombre de unos cuarenta y cinco años, cuidadosa y aun elegantemente vestido con arreglo á una moda un poco antigua, levitín corto, pantalón ancho, sombrero de copa bajo y de grandes alas, botines blancos y zapatos de charol. Al saludar á la princesa descubrió una frente muy convexa y coronada de cabellos de un rubio apenas grisáceo. La barba, del mismo tono, era corta y cuadrada y el bigote descubría una boca de fino dibujo y labios y dientes jóvenes. Los ojos, de un azul obscuro, miraban de frente y con fijeza bajo unas cejas muy pobladas. La nariz, delgada y aguileña, con una arista blanca en el centro, quitaba la belleza á aquella cara conservándole la nobleza. El cutis presentaba en los pómulos ligeras granulaciones.

— ¿Usted aquí, Jerónimo? dijo Marta. ¿También usted asiste á las ventas de caridad?

— Aprovecho todas las ocasiones para ver á estas pequeñas, respondió Jerónimo Pefaut señalando á Margarita y Rosa de Avigre, mientras ellas ofrecían

riendo las manos á la princesa. ¿Están preciosas, ¿eh?

— Sí, son ustedes encantadoras, afirmó Marta. Nadie sacará tanto como ustedes en esta venta. Y vamos á ver, ¿qué venden ustedes? ¿Objetos de escritorio?

— Papel de cartas, portaplumas, tinteros, barras de lacre, carteras, cosas útiles todas...

— Vamos, Marta, decídase usted... Y usted también, señor Pefaut.

— Vea usted si son prácticas, dijo éste. En vez de amontonar aquí cachivaches inútiles que espantan al comprador, se han puesto sencillamente á vender cosas que siempre hacen falta.

— Sellos de correo, por ejemplo. Pero hay que advertir que vendemos á veinte céntimos los de quince, y así los demás. ¿Pero está usted mala, Marta?...

Las dos acudieron, ayudadas por Jerónimo, pues Marta había palidecido de pronto y agarrándose al mostrador para no caerse al suelo. Trajeron una butaca y la princesa se sentó en ella llevándose vivamente el pañuelo á la boca. No podía hablar, pero con la mano libre hacía señas de que no era nada. Las lindas caras iguales de Rosa y Margarita se inclinaban hacia ella y Jerónimo la observaba con amistosa curiosidad.

— Haga usted algo, Jerónimo, usted que es médico... ¿Qué es lo que tiene?

Jerónimo se encogió de hombros sin responder. Marta había dejado caer los brazos hacia el suelo y su cara, absolutamente blanca, estaba bañada en sudor.

— Ya estoy mejor, dijo, esforzándose por sonreír. No es nada... Este dichoso estómago...

Y añadió con aturdimiento:

— Tengo bruscos dolores unas horas después de las comidas.

— ¿Náuseas? preguntó Jerónimo.

— ¡Oh! no... no... náuseas no... dolores... El doctor Ingrand me ha dicho que es una dilatación... Además, estoy mejor... Ya se acabó.

Todavía descompuesta por aquella crisis, se puso en pie y quiso ocultar su emoción con una alegría fingida.

Bosa y Margarita la ayudaron á echar á andar temiendo que se cayese.

— ¿Quiere usted, le preguntó Jerónimo mirándola de frente, dar un corto paseo conmigo? El aire le hará á usted bien.

— No, gracias, respondió la princesa apartando los ojos de los de Pefaut. Ya ve usted que todo pasó... Y ahora voy á hacer mis compras... Rosa... Margarita... denme ustedes cada una un portaplumas... y tengan un luis para cada cual. Estoy en este momento á la cuarta pregunta...

— Al contrario, es usted espléndida... Vea usted los mejores portaplumas que tenemos... No son

gran cosa y puedo asegurar que no nos han costado un luis.

— ¿Qué viene á ser exactamente esta institución de las Obreras desamparadas? preguntó Jerónimo mientras las dos hermanas envolvían primorosamente los portaplumas.

Margarita explicó, con claridad y sin mojigatería, que se trataba de dar asilo honrado á las obreras parisienses.

— En la calle de Verneuil, donde está instalada la casa, se las recibe con tal de que consientan en hacer una vida clara. Hay una capilla en la casa, puesto que la mayoría de las pensionistas es católica, pero se las admite protestantes ó judías, sin distinción de culto.

— ¿Y las que no tienen religión ninguna?

— ¿Las librepensadoras? dijo Rosa sin parecer asustada de la palabra. Ciertamente que si se las acoge. ¿Quería usted que se las dejase en la calle?

— ¿Y se entiende bien toda esa gente?

— Si, hasta ahora al menos. Son ochenta y seis y están perfectamente de acuerdo.

— ¡Cómo! exclamó Pefaut. ¿Hay en Paris una casa en la que se reúnen mujeres de opiniones tan diversas y ni las católicas abominan á las librepensadoras ni éstas se escandalizan cuando ven un crucifijo sobre una cama? Voy á pedir un cuarto en esa casa... Tomen ustedes, dijo depositando en el mostrador un billete de cien francos, para su

establecimiento... Denme ese calendario americano.

Después de meter en el manguito el paquete de los portaplumas, la princesa besó á las dos muchachas y dió la mano á Pefaut.

— ¿Sabe usted, Jerónimo, dijo, que vamos á vernos en seguida?

— ¿Dónde?

— En el hotel Holtz... Magda me ha telefonado esta mañana que daba un te á las cinco en honor de un italiano... ¿Cómo se llama?...

— ¡Giuseppe Saraccoli! dijo Jerónimo. ¿Y á eso llama usted « un italiano »? Pero si es un poeta del más hermoso talento, un poeta de tendencia cristiana, á quien se pone ya en parangón con d'Annunzio... Es persona amable. Le conocí en Florencia, en casa de la marquesa della Venta.

— ¿Y usted, que es un abominable ateo, se entiende con él? preguntó la princesa.

— Prefiero las personas que tienen una moral fundada en la religión á las que no tienen moral ninguna, dijo Pefaut bastante secamente. Por otra parte, ese supuesto poeta cristiano bebe abundantemente en las fuentes paganas.

— Su *Oda á la Virgen* es soberbia, dijo Margarita.

— ¡Ha leído á Saraccoli! ¿Cómo tiene usted tiempo para leerlo todo? exclamó la princesa de Erminge.

Las jóvenes se sonrieron y se miraron sin responder. Jerónimo contestó por ellas :

— Son de una generación que desdeña menos que la anterior la cultura de la inteligencia, lo que está muy bien, sobre todo en unas muchachas que podrían pasar el tiempo en coquetear, en charlar y en vestirse... Y ahora, sepan ustedes que Saraccoli tiene otra cualidad apreciable, y es que se parece al Apolo de Canova.

— ¿Dice usted eso por mí? dijo Marta. Yo me burlo de la belleza de su italiano de usted más que de su poesía,

— ¡Pues yo no! dijo Rosa riendo.

— ¡Ni yo! añadió Margarita. Si pudiéramos cerrar la tienda temprano, iríamos á buscar á ustedes al hotel Holtz para ver de cerca al hermoso autor de la *Oda á la Virgen*.

— Estas chicas son perfectas de veracidad y de inteligencia, dijo Pefaut. Les gusta la belleza entera y se atreven á decirlo.

Marta estaba distraída y meditabunda. Al oír hablar de aquella cita en el hotel Holtz, había surgido en su memoria la imagen de Remigio Lasserade, y la tristeza acumulada en su corazón estuvo á punto de brotar en lágrimas.

— Hasta luego, dijo en un tono tan cansado, que la animación de sus tres interlocutores se disipó en seguida. ¡ Á las cinco y media !

Y sin esperar respuesta, se alejó, salió á la calle, se metió en su berlina y dijo al cochero :

— ¡ Á casa de Emery !...

En el coche, que se dirigía á su destino al trote corto, Marta se abandonó á la dolorosa emoción que se apoderó de ella cuando estaba hablando con Jerónimo y las dos gemelas. La imagen que entonces pasó por delante de sus ojos no quería disiparse, y la amargura de sus amores interrumpidos, en los que había buscado sinceramente un poco de ternura y de apoyo, se apoderaba de su corazón y le hacía rebosar.

— ¡ Nada le he hecho!... ¡ Nada! gemía.

De repente nació en ella una angustia física singular, la misma que le había retorcido las entrañas varias veces desde aquella mañana, y que creció hasta ser atroz un instante y después se fué calmando insensiblemente. Cuando bajó del coche en casa de Emery estaba casi bien, pero se fatigó mucho al subir la escalera y tuvo que sentarse dos veces.

« No estoy hoy nada buena, nada, pensó. Lo más prudente sería volverme á casa. »

Oíanse pasos detrás de ella y para que nadie la viese vacilante y agarrada á la barandilla, se decidió á subir unos cuantos escalones que la separaban del salón.

— ¡ El traje de la señora princesa de Erminge! dijo en seguida en alta voz una hermosa joven vestida de negro que estaba enseñando modelos.

Y aquel título de princesa hizo que las clientes levantasen la cabeza y compusieran sus actitudes,

mientras Marta, poseída por ese instinto de compostura que permite á las mujeres del gran mundo disimular las mayores molestias cuando es preciso, atravesaba el salón, guiada por otra vendedora que salió á su encuentro con grandes muestras de deferencia.

Cuando el cronista de costumbres quiere comprender la razón suprema de tantos desfallecimientos de honradez en hombres á quienes debieran preservar su edad ó su posición social; cuando quiere descubrir la minúscula clave de tantos tráficos vergonzosos del dinero con las conciencias, tiene que resignarse á pasar unas cuantas horas de la tarde en uno de los laboratorios del lujo femenino de París y averiguar el precio y la duración de los ligeros objetos que allí se fabrican. Tiene que estudiar el fervor de las mujeres para poseerlos y que espiar en sus ojos la loca ambición de todo aquello. Es preciso también que mire á esas mismas criaturas femeninas, que se dé cuenta del ser especial en que se convierten de ese modo adornadas y que calcule el poder de tales seres sobre la imaginación de ciertos hombres á quienes París entusiasma y pervierte en un mundo de negocios en el que las ideas morales apenas tienen curso. El cronista comprende entonces que el resorte secreto de la mayor parte de las especulaciones aventuradas, que llevan á los hombres á la

fortuna repentina ó al suicidio, y de todos los bajos regateos políticos, funciona allí, manejado por las ligeras manos de las modistas.

Media hora después de su entrada en casa de Emery estaba todavía Marta esperando que le probasen su vestido, pues había pasado la hora fijada de antemano y otras señoras habían cogido su turno. Pero se había entretenido haciendo nuevos encargos en uno de esos accesos de rabiosa coquetería á que se abandonaba de vez en cuando como para olvidarlo todo y que, realmente, la embriagaban y le daban una especie de tregua. Sin recursos personales, perseguida por los acreedores que reclamaban cuentas de dos años y conociendo los furros de Cristián cuando los proveedores se dirigían á él, la princesa acababa de hacer en treinta minutos una deuda de trescientos lises, sin haberse enterado de ningún precio... Por fin, la probadora esperada, la señorita Armada, una morena alta y de ojos negros é inteligentes, entró y se excusó sin obsequiosidad.

— Siento, señora, haber hecho á usted esperar, pero he estado probando los trajes de boda de la señorita de Cambry-Laurin, que se casa con el duque de Epiniere...

La oficiala dijo este nombre negligentemente, como persona que tiene al dedillo los cálculos sociales y sabe que la futura de un duque francés auténtico puede muy bien hacer esperar á la mujer

de un principillo de origen alemán. Una ayudante de la probadora, flaca muchachuela con los pelos de punta, traía al mismo tiempo un maravilloso traje hecho con esos mantones de crespón que van escaseando hasta en España, que es de donde proceden. La ingeniosa modista había tenido la idea de combinarlos con encajes y componer con ellos unos trajes de un lujo incomparable. Los ojos de Marta se animaron.

— ¡Está bien! murmuró.

Se arrancó las agujas del sombrero, se lo quitó, y después se desnudó prontamente sin servirse casi de las manos de las dos mujeres que se ofrecían á ayudarla. En su cara reaparecieron los colores, hasta tal punto la divertía el cuidado de su atavío. Íbanle á poner la falda, cuya cola sostenía la ayudante, cuando la señorita Armada exclamó:

— ¡Oh! señora princesa, ¿quién le ha puesto á usted el corsé esta mañana?...

La princesa palideció un poco.

— Tengo el estómago muy caprichoso estos días y en cuanto almuerzo me siento dolorida. Así es que mi doncella no se atreve á apretarme. Pero puede usted ganar dos centímetros. ¡Vea usted!

— ¡La señora princesa tiene tan lindo talle!... Emilia, apriete usted suavemente el corsé de la señora princesa.

La chicuela de los pelos de punta y ojos imperitinentes desató los cordones del corsé y se puso á

tirar de ellos como le habían mandado. ¿Lo hizo bruscamente? Ello fué que al primer esfuerzo la princesa dió un ligero grito y titubeó. Las dos mujeres la recibieron en sus brazos y la llevaron á un sofá.

— ¡Tonta! ¡Brutal! gruñía por lo bajo Armanda empujando á la muchacha asustada. ¡Vaya usted pronto á buscar sales!... ¿Qué va á decir la patrona?... ¡Corra usted!

El desmayo de Marta se prolongó bastante tiempo. Y cuando volvió en sí, se sintió acometida de un violento malestar, como si estuviera embarcada. No se quejó ni acusó á nadie y, en vez de eso, mostró cierta inquietud por el desorden que causaba.

— Decididamente, dijo, no estoy buena hoy para probarme el vestido. Prefiero venir mañana, querida Armanda, mañana temprano. Ya es tarde además y no veríamos bastante. Gracias por sus cuidados y hasta mañana...

Las oficiales se mostraron solícitas, muy contentas al ver que Marta no se quejaba de la torpeza de la muchacha. La princesa subió al coche y dijo:

— ¡A casa!

Renunciaba, pues, al te del hotel Holtz.

— Estoy muy delicada y no quiero que me coja en público semejante crisis. En casa de Emery no importa nada.

El relojito de la berlina señalaba las cinco y media dadas. « Ya están allí, » pensó Marta... Y pasó por su mente la inmensa sala del hotel, llena de flores, de luces y de mujeres, y la mesa á que estarían sentados Magdalena, Jerónimo, el poeta italiano, las chicas de Avigre y Cristián. ¡Qué cansada estaba de esa vana agitación mundana en que se estaba gastando su vida, cuando soltera siguiendo á su madre, y ya casada, á Magdalena de Guivre! Las personas á quienes trataba se le aparecieron también lamentablemente vanas. No porque fueran tontas ó inciviles; al contrario, todos tenían maneras eminentemente sociables y, algunas, hasta ingenio, como Campardón, por ejemplo, el alma de la cuadrilla. Pero, en su actual ansiedad, le resultaban casi odiosos la animación elegante y el ingenio de las conversaciones. « Las de Avigre y Jerónimo son lo mejor que hay en el montón... » Por otra parte, Rosa y Margarita no formaban parte de la cuadrilla de Marta. Educadas muy seriamente por una madre natural de Nueva Inglaterra, aficionadas á las cosas intelectuales y ocupadas en obras caritativas, no iban sino muy raras veces á mezclarse con la sociedad corrompida de la princesa y sólo lo hacían cuando mediaba un motivo de curiosidad de un orden elevado, como aquel día el de conocer al poeta Saraccioli. Jerónimo frecuentaba bastante asiduamente aquella sociedad cuyos desórdenes y cuyos errores

le divertía estudiar, y no había dejado de manifestar una fiel amistad á su prima Marta desde los tiempos en que ésta pasaba el mes de enero en el hotel de la calle de la *Université*. Pero Marta, en el fondo, le tenía miedo, pues veía que no la aprobaba y que hubiera querido que fuese distinta de como era... Y esa sensación hacía que la presencia de Jerónimo fuese algunas veces intolerable para la princesa. « ¡Oh! ¡Qué harta, que harta estoy de toda esa gente! » murmuró la joven con los ojos secos, las manos febriles y presa de un nuevo acceso de desesperación. « No verlos jamás, jamás, á Magdalena sobre todo, á la hermosa Magdalena, mi amiga íntima y querida de mi marido... ¡Qué cieno!... » No era la primera vez que Marta echaba de ver la ignominia de aquella situación, pero sí, acaso, que se atrevía á formularla tan claramente. La sentencia surgió del fondo de sí misma, pero de un fondo tan lejano, tan misterioso y hasta entonces tan inexplorado, que Marta no se atrevía á penetrar en él con su pensamiento...

Pero la mente ligera de la princesa no se fijaba jamás mucho tiempo. Las imágenes se sucedían en ella caprichosamente y nunca provocaban más que una emoción pasajera. De pronto olvidó á Magdalena y se representó á Remigio Lasserrade entrando en el hotel Holtz con su linda cara de paje, con su negro cabello undulado, con su presun-

tuosa elegancia y con sus manos de mujer. Y en el momento se asomó á la ventanilla:

— ¡Juan!... ¡Al hotel Holtz!... ¡De prisa!...

El cochero, acostumbrado á aquellos caprichos de la princesa, dió la vuelta prontamente en los Campos Elíseos surcados de carruajes, y bajó de nuevo hacia la plaza de la *Concorde*. Marta, entre tanto, asombrada por la resolución que acababa de tomar, se arrepentía ya y sentía una gran turbación.

— ¿Iré á decirme que sigue siendo mío cuando le encuentre dentro de un momento?... ¡Ceder!... ¡Volver á emprender la vida de los últimos meses, tan dolorosa á pesar del vapor de goce que volatilizaba su dolor!... ¡Oh! seguramente... si él quiere todavía, no podré resistir. Pero, es extraño; deseo reanudar nuestras relaciones y tengo miedo. Mejor sería no hacerlo...

Y de todas las angustias pasadas se formaba en ella una aspiración confusa hacia el reposo del corazón, hacía una especie de equilibrio estable y de salud moral. Aspiración estéril, pues seguía corriendo hacia el peligroso encuentro y su prisa se hacía febril á medida que disminuía la distancia.

Desde hace unos años la plaza *Vendôme*, en el corazón mismo de París, propende á convertirse en un centro suntuoso, como el salón cuadrado del *Louvre* ó la tribuna de los *Offices* de ese museo del

lujo parisiense. Las altaneras fachadas, edificadas por Mansard para abrigar aristocráticas familias, se decoran de muestras variadas, y los hoteles, los modistas, y los joyeros invaden los edificios sobre los cuales la alta columna hace girar su sombra en el curso de las horas. La calle de la *Paix* no basta ya para la exposición permanente del lujo y la gloriosa plaza *Vendôme* se convierte en su brillante complemento.

A la hora en que la princesa llegó al hotel Holtz la palidez de la tarde se armonizaba con los reflejos de los triples faroles. Una aglomeración de carruajes y de automóviles impidió por un momento á la berlina de Marta penetrar en el pórtico. Bajábanse allí tantas mujeres de espléndido traje y tantos caballeros de exquisita elegancia, que parecía que la alta sociedad parisiense iba á reunirse allí para una fiesta anunciada. Pero sólo se trataba de uno de esos altos que impone la moda á toda esa gente desocupada, cuya consigna es aceptar la invitación más pronta y más agradable.

En cuanto entró Marta, estrechó la mano á un joven que salía, cambió un saludo con una linda rubia que estaba negligentemente recostada en un sofá de la galería, y entró en el largo salón del comedor en que se sirven los refrigerios. Su angustia había sido como barrida de repente por una emoción casi alegre y todo su dolor físico se calmó al mismo tiempo. Aquella visita al hotel Holtz, donde la

esperaba la « cuadrilla de Magda » y donde iba á encontrar á Remigio, ¿no era emprender de nuevo la vida de antes, la vida loca y embriagadora, que aturde la cabeza y hace palpar el corazón sin pensar en el porvenir?

La sala estaba ruidosa y llena de una sociedad bastante mezclada, en la que las personas del gran mundo constituían una minoría entre muchos extranjeros y extranjeras, algunos curiosos y un poco también de ese *demi-monde* que se acerca tanto al verdadero, que logra á veces penetrar en él. Tenía aquello ese aspecto de casino muy elegante ó de salón muy libre que va tomando desde hace quince años el París invadido por la multitud cosmopolita. En aquel ambiente revuelto, Marta, como todas las mujeres de la aristocracia, no veía más que las caras de las personas de su clase, á las que enviaba signos de inteligencia y de amistad mientras buscaba á la « cuadrilla de Magda ».

Se detuvo en medio de la sala y á veinte pasos reconoció la blanca nuca de Magdalena bajo su moño obscuro y caído. La condesa, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla próxima, estaba hablando confidencialmente con un hombre corpulento, de abundante pelo y fuerte barba rubia, y que la escuchaba con aspecto de preocupación : era Cristián de Erminge.

Magdalena cambió de sitio para hablar más de cerca á Cristián, y Marta los vió entonces de frente

á los dos. La fama proclamaba con justicia que hacían buena pareja. El príncipe tenía entonces treinta y tres años, y la condesa más de treinta y siete, pero él parecía el más viejo, con su incipiente obesidad y sus hilos de plata en el cabello rubio. Sus facciones conservaban, sin embargo, finura y nobleza. Cristián se parecía á las estampas que se usan alternativamente en los libros escolares para representar á Belisario ó á Carlomagno, aunque los ojos realzaban la trivial belleza de su cara. Aquellos ojos, muy rasgados y de cejas muy pobladas, menos rubias que el cabello y la barba, eran limpiamente azules y tan brillantes, animados y hasta inquietos, que sorprendían en aquella cara tranquila en la que, á veces, parecían vivir ellos solos... Todo vivía, por el contrario, y todo palpitaba de acción y de pasión en la cara de Magdalena mientras hablaba con él. Era la de Guivre una de esas mujeres á quienes sólo en París se tiene por hermosas, pero que son en París reinas de la belleza. Alta y delgada, de admirable talle, extremidades largas, cara un poco acaballada que chocaba por el contraste entre su cutis mate y su espléndida cabellera oscura, y adornada con un arte consumado, era imposible que pasase inadvertida. Cuando esas mujeres están en el teatro ó pasan en coche por el Bosque, inflaman de rencorosa envidia el corazón de las modestas paseantes al forzarlas á confesar que nunca llega-

rán ellas á esa clase de elegancia. Hasta la cara, á pesar de la curva poco graciosa de la nariz y de la barbilla, ejercía una atracción singular por la pureza de su cutis, por la voluptuosidad de sus ojos castaños, por la movilidad de sus labios aterciopelados y por aquella expresión indefinible que turbaba á los hombres é irritaba á las mujeres. Llevaba puesto un traje de paño blanco, con toda la complicación moderna de bordados y de encajes antiguos. Cristián estaba de levita gris obscuro, con unas flores azules en el ojal, y tenía, ni más ni menos, la elegancia de un *sportsman* cualquiera.

Estaban ambos hablando un poco apartados de la mesa en la que se veía el te servido, y, sentados junto á ella, conversaban Jerónimo Pefaut y un joven completamente afeitado, con un traje de levitín verde musgo y un sombrero cuadrado del mismo color en la mano. La de Ars, linda mujercita un poco gruesa, con traje azul de corte de sastre y una gran boa de marabú azulado, estaba hablando con el pintor Apistol, cuya alta estatura y cuyo perfil á lo Enrique IV^o llamaban la atención de las mujeres.

« Remigio no está », pensó la princesa al no ver al único convidado á quien iba buscando, y, más atrevida, se acercó á la mesa. El primero que la vió fué Cristián, que se lo advirtió á Magdalena. Y todos los de la mesa se levantaron á recibirla.

— ¡ Querida Marta !... ¡ Qué guapísima está ! ex-

clamó Magdalena. No te doy un beso á causa de nuestros sombreros, pero no me faltan ganas... ¿Verdad, Cristián, que está deliciosa?... Marta, te presento á nuestro amigo Giuseppe Saraccioli, el gran poeta italiano... La princesa de Erminge...

El Apolo de Canová con traje verde musgo se inclinó sobre la mano que Marta le ofrecía.

— No conozco el italiano, señor Saraccioli, dijo la princesa, y siento en el alma no haber leído en el original la célebre *Oda á la Virgen*.

— ¡Oh! princesa, murmuró el poeta enrojando de orgullo, ¿verdaderamente? ¿Sabe usted que he escrito esa pequeñez?...

El nombre de su obra, dicho así, negligente-mente, por una parisiense del gran mundo, le hacía gozar más que las coronas académicas prodigadas por su patria. Magdalena sorprendió ese gozo y como quería para ella los homenajes de los hombres, sintió envidia y dijo irónicamente al príncipe:

— ¿Sabía usted que su mujer era tan literata, Cristián?

El príncipe respondió con una sonrisa y un movimiento de hombros. Pero todo aquello pasó inadvertido para Marta, que se había quedado inmóvil y como petrificada por un escalofrío que le recorría los huesos al ver apoyado en una silla vacía, al lado de Magdalena, un bastón con puño de oro cincelado y esmaltado que ella regaló en tiempos á Remigio.

— ¿Una taza de te, querida?, decía Magdalena sirviéndola... Pero continúe usted, señor Saraccioli... ¿Sabes, rica? Estaba comparando los frescos de Lucca Signorelli y los del Sodoma en el Monte Olivete... ¡Si vieras qué interesante!...

Marta se sentó y el poeta italiano, cuya elocuencia francesa podría dar envidia á no pocos franceses, prosiguió su conferencia, lo que dió tiempo á la princesa para calmar sus nervios y para registrar con la vista el fondo de la sala. Remigio debía de estar por allí. Por fin le vió, en pie é inclinado hacia una mesita en la que estaban dos actrices célebres. Desde las mesas de alrededor se dirigian á él las miradas, discretas ó descaradas, de las mujeres y los gestos malévolos de los hombres. Todo el mundo se ocupaba de aquel joven delgado, de linda cara, ojos azules, cabello negro y rizado y aspecto elegante, que era ya célebre en París. Las dos actrices, una de ellas madura y la otra en esa edad intermedia que la urbanidad parisiense llama todavía juventud, le miraban con ojos de amor dramático y hacían palpar el seno como en la escena decisiva de un tercer acto. Marta veía también de lejos á Mauricio de perfil, con la levita ajustada al talle como un corsé, la cabeza imperiosa á pesar de su actitud inclinada y la sonrisa condescendiente, y todo lo olvidaba para no mirar más que á él. ¡Pobre Marta! No era el deseo lo que caldeaba su sangre

empobrecida por meses de sufrimiento. Ni aun en tiempo de sus relaciones había nunca saboreado más que la ternura de las caricias y sin duda el pronto hastío de su amante fué provocado por esa misma pasividad. Al ver, aquella tarde, al único ser humano del que pudo esperar el amor, Marta pensaba: « ¿Por qué me ha abandonado? ¿Qué le he hecho yo?... » No sentía celos de las actrices con las que él estaba bromeando ni de la desconocida que, sin duda, la había reemplazado. Lo que echaba de menos era el compañero del corazón que un día creyó poseer, era el amigo que con la cabeza apoyada en su pecho le daba la ilusión de ser al fin querida y de no estar sola en la vida como antes y como ahora.

El italiano, mientras tanto, sin observar que Cristián no se ocupaba más que de Magdalena, que Marta seguía de reojo todos los ademanes de Remigio ni que Apístrol y la de Ars se estrechaban nerviosamente los dedos, continuaba un brillante discurso para Jerónimo, que era el único que le escuchaba, y seguía hablando sin descanso del Monte Olivete.

— A fuerza de hacer en aquel claustro una vida de cenobita, decía, llegué á crearme un alma del siglo catorce... Todas las figuras de Signorelli ó del Sodoma llegaron á ser para mí más familiares y más reales que personas de carne y hueso. Hay cierta hermosa cortesana que está tentando á san

Benito en uno de los frescos del Sodoma, á la que he poseído, y rara vez una querida viviente me ha hecho gozar más.

Marta pensaba: « Si yo pudiera *verle* como antes, hacer por él, como antes, las comisiones y las compras que le molestaban, encontrarle en sociedad sabiendo que pensaba en mí... ; Ah! qué indiferente me sería que tuviese queridas... »

El ruido de la sala empezaba á calmarse. Eran las seis y media; ibanse quedando vacías algunas mesas; y el calor era menos sofocante. En este momento se presentaron Rosa y Margarita Avigre.

— Dispénsenos usted, dijo Margarita á la de Guivre; nuestra venta se ha acabado ahora mismo. La gente ha venido en masa, como siempre, á las cinco y media, y hemos preferido venir tarde á faltar á nuestra palabra... No pida usted te; no vale la pena... Tomaremos cualquier cosa.

Marta se alegró de la distracción que las dos hermanas ocasionaban, porque Remigio se estaba despidiendo de las actrices. El número, ya mayor, de convidados y los saludos prodigados á las de Avigre, hicieron menos difícil la actitud de la princesa de Erminge cuando Remigio, después de estrechar las manos de las gemelas, le presentó la suya diciéndole perfectamente tranquilo:

— Buenas tardes, princesa... ¿Está usted bien? Á lo que ella respondió sin balbucear mucho:

— Muy bien... ¿Y usted?...

El joven saludó en general y en seguida se llevó aparte á la de Guivre y le dijo muy de cerca unas palabras. Una cosa chocó entonces á Marta y fué la expresión de sospecha con que Cristián acechó aquella breve conferencia que, sin embargo, no tenía nada de extraña, dadas las maneras de la sociedad moderna. El príncipe y la princesa se quedaron un instante solos frente á frente.

— ¿Come usted en casa esta noche, Cristián? preguntó Marta por oír el metal de su propia voz. Cristián respondió con distraída amabilidad:

— Magdalena proyecta una comida en la *Tour d'Argent* y quiere que vayamos después al Circo de Invierno. ¿Viene usted?

— No, estoy un poco cansada.

— ¡Ah! dijo el príncipe.

Y fijó en ella unos ojos de un azul tan sombrío, que á la luz de los globos eléctricos parecían negros. Marta sostuvo aquella mirada con una indiferencia no fingida. ¡Le importaba todo tan poco ya! Se la podía matar en el acto si se quería. Ni siquiera la asustaba el horror de la nada.

El salón se iba quedando vacío por momentos y los mozos estaban arreglando las mesas para la comida. Magdalena dejó de pronto á Remigio y se acercó á Marta, á la que colmó de caricias.

— ¡Cómo! ¿No vienes con nosotros? ¡Vaya un modo de festejar la vuelta de Remigio! ¿Qué signi-

fican esas maneras de monja que has adoptado hace algún tiempo? ¿Es que te aburrimos ó que estás enferma?

— No me aburrís en modo alguno, respondió Marta esforzándose por sonreír. Es que estoy malucha, y, para decir la verdad, mi estómago tiene miedo de las comidas complicadas que á ti te gustan.

— Comerás á tu modo; nadie te impone nada. ... Señor Saraecioli — añadió imperiosamente dirigiéndose al poeta, acaparado por Jerónimo y las gemelas, — diga usted á la princesa que venga esta noche con nosotros. No ha de rehusar una cosa así al autor de la *Oda á la Virgen*.

— ¡Oh! si, princesa, dijo el italiano, debe usted venir... No puede usted privarnos del contraste de su belleza con la de la condesa de Guivre.

Ese piropo directo desagradó á Marta, pero por pereza de contradecir y á fin de que no se ocupasen más de ella, consintió.

— Bueno; si puedo, iré á reunirme con ustedes.

Las de Avigre, Jerónimo y el poeta seguían formando grupo aparte. La de Ars se despidió y, casi en seguida, Apistol. El príncipe de Erminge, que no había tomado te, se hizo servir vino de Oporto y se quedó callado mientras Magdalena, Remigio y aun Marta hablaban de trajes con esa admirable libertad de pensamiento que las mujeres del gran mundo saben imponer á sus más fuertes preocu-

paciones. Pero todos acabaron por prestar atención á Jerónimo y Saraccioli, que estaban discutiendo.

— En suma, decía Pefaut, ¿representa usted, en la literatura italiana, la reacción católica contra las tendencias materialistas?

— Mi bello ideal sería, en efecto, ser el Chateaubriand de Italia, respondió el poeta con serenidad.

Las dos gemelas cambiaron una mirada de contento y Jerónimo objetó:

— Lo que me confunde un poco, y lo que le diferencia á usted de nuestro Chateaubriand, es que, poniendo aparte la *Oda á la Virgen* y algunas otras obras, es usted un poeta voluptuoso y muy poco moral.

— Lo que usted llama moral me es indiferente, en efecto. Tengo la fe de los hombres del siglo catorce, que no hacían caso de nuestras reglas de costumbres. Por otra parte, lea usted con atención los Evangelios y verá que Cristo miró siempre con gran indulgencia á los pecadores de mi especie.

El poeta dijo esto sin ironía y con cierta desenvoltura.

— Para el señor Pefaut, que es ateo, dijo Margarita, los que creen en Dios no tienen derecho á la menor imperfección. Es verdad que él es perfecto.

— No tengo la pretensión de serlo, replicó Jerónimo, pero confieso que me gustan poco las creencias convencionales. Nuestro país, señor Saraccioli, es desolador para las personas que razonan sus

opiniones. Aquí, los librepensadores y los clericales se abominan y se desgarran, pero no en nombre de una moral cualquiera, sino en el de pobres intereses políticos y por la fortuna de un grupo ó de un partido.

— Pero usted, Jerónimo, que nos condena, objetó Remigio, díganos cuál es su « doctrina moral. »

— ¿Usted querría, joven Remigio, dijo Pefaut levantándose, hacerme caer en el ridículo de dar una conferencia sobre moral, á las seis de la tarde, en el hotel Holtz y delante de mujeres guapas?... Renuncie usted, amigo.

— ¿Y si yo pregunto á usted su doctrina moral? insistió Marta.

— Á usted se la diré, pero al oído, como un secreto.

La princesa se aproximó y Pefaut le dijo en voz baja:

— Obedecer á la verdad, y, por consecuencia, decir la siempre y obrar siempre de modo de poder decir la.

Marta, que esperaba alguna broma, no comprendió y encontró trivial la conferencia. Jerónimo se marchó llevándose á Saraccioli. Las dos gemelas dejaron la mesa casi en seguida, y Marta se quedó sola con Cristián, Remigio y Magdalena. Remigio estaba fumando y el príncipe bebiendo lentamente copas de Oporto. Marta, muy cansada, experimen-

taba la sensación de estar perdida en un laberinto sin salida y abandonada al azar. Estaban dando las siete; algunas personas, extranjeras casi todas, empezaban á sentarse á comer; y Marta, á pesar de su postración, se dió cuenta al fin de que el príncipe estaba resuelto á no dejar que Magdalena se fuese con Remigio.

« De modo, pensó Marta, que Remigio hace la corte á Magdalena... »

No sintió la mordedura de los celos, pero sí miedo por la vida de Remigio del furor de Cristián celoso. Los dos hombres se observaban córteses y sombríos. Magdalena fingía indiferencia y casi no hablaba más que con Marta. Y por fin se levantó y miró los ojos de Cristián, que el alcohol empezaba á poner brillantes.

— Las siete, dijo... Me marchó. Y tú también, Marta, debes ir á vestirte... No vas á llegar á tiempo á la *Tour-d'Argent*... ¿Á dónde va usted al salir de aquí, Cristián?

— Voy á vestirme al círculo.

— Yo también, dijo Remigio.

— Pues entonces, concluyó Magdalena, dejémosles juntos. No se retrasen ustedes. Bastante oportó ha bebido usted, Cristián.

En la puerta del hotel, la princesa se despidió de Magdalena, prometiendo ser exacta á la cita. Ya en el coche, respiró mejor. No sufría como había pensado viendo á Remigio tan distante y tan indi-

ferente como si nada hubiera sucedido entre ellos. « Se acabó... Estoy sola... » Le pareció que estaba haciendo una larga travesía después de dejar el país en que había vivido hasta entonces para arribar... no sabía dónde. ¡ Cosa extraña! Á fuerza de padecer semanas y semanas por la ausencia de Remigio, su corazón se había transformado en el pecho, puesto que Remigio le daba miedo ahora. Marta se enterneció al recordar el cariño que le había profesado, pero en seguida fué más fuerte el recuerdo de su martirio sentimental. « ¡ Cuánto he sufrido! » pensó.

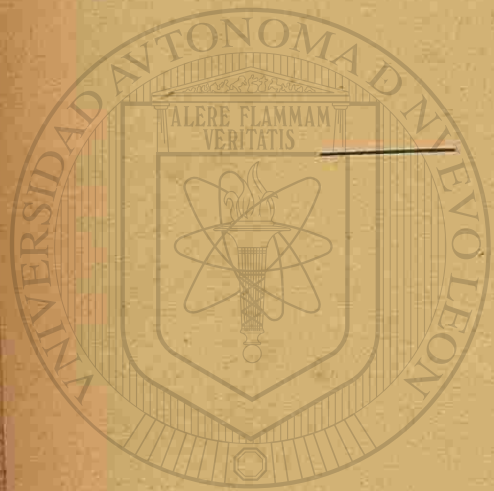
Semejantes torturas se habían acabado. Ya no pertenecería más á Remigio, que no la quería; no, ni á Remigio ni á nadie... Libre de la eventualidad, al mismo tiempo deseada y temida, de reanudar los amores con Remigio, Marta se quedó dulcemente transpuesta con el suave rodar de la berlina.

De repente se despertó pensando: « ¡ Pero no; no he acabado de sufrir! » Tenía delante, por el contrario, las más trágicas angustias. ¿ Acaso no germinaba en ella su suplicio en aquel mismo momento? Hacía tres años que no era la mujer de su marido, de aquel Cristián de ojos de homicidio... ¡ Y siendo así!... Pero... ¿ y si fuese verdad, á pesar de eso, el hecho de que quería dudar contra tantas advertencias de la naturaleza, repetidas aquel día con desusada violencia?... »

La berlina estaba atravesando la ancha acera de

los Campos Eliseos para entrar en el portal de la casa. Marta se sublevó contra su destino.

« ¡No, no puede ser!... ¡Sería horrible! ¡No puede ser y no será!... ¡No quiero! »

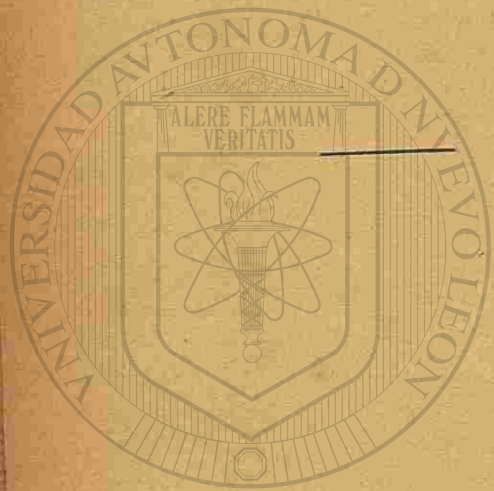


SEGUNDA PARTE

Á mediados de noviembre hubo una cacería de dos semanas en las Tachoueres, propiedad que el príncipe poseía en Sologne. Magdalena se había cansado repentinamente de París y tenido aquel capricho. Las perdices estaban ya diezmadas, pero aquel era el buen momento de las batidas á los faisanes, á los conejos y á las liebres; y empezaban las cacerías á caballo. Toda la « cuadrilla » acompañaba á Magdalena, á Marta y á Cristián. El obeso Campardón que no cazaba casi nunca, aseguraba que el ejercicio de ver cazar á los demás le hacía adelgazar. Jerónimo seguía á los ojeadores con un ejemplar de los *Principios de moral* en el bolsillo. El matrimonio Ars llegó al tercer día y después se presentó Saraccioli, al que la de Guivre había hecho su caballero, ó su « candelero », como decía Cam-

los Campos Eliseos para entrar en el portal de la casa. Marta se sublevó contra su destino.

« ¡No, no puede ser!... ¡Sería horrible! ¡No puede ser y no será!... ¡No quiero! »



SEGUNDA PARTE

Á mediados de noviembre hubo una cacería de dos semanas en las Tachoueres, propiedad que el príncipe poseía en Sologne. Magdalena se había cansado repentinamente de París y tenido aquel capricho. Las perdices estaban ya diezmadas, pero aquel era el buen momento de las batidas á los faisanes, á los conejos y á las liebres; y empezaban las cacerías á caballo. Toda la « cuadrilla » acompañaba á Magdalena, á Marta y á Cristián. El obeso Campardón que no cazaba casi nunca, aseguraba que el ejercicio de ver cazar á los demás le hacía adelgazar. Jerónimo seguía á los ojeadores con un ejemplar de los *Principios de moral* en el bolsillo. El matrimonio Ars llegó al tercer día y después se presentó Saraccioli, al que la de Guivre había hecho su caballero, ó su « candelero », como decía Cam-

pardón. El pintor Apistrol entabló lucha de elegancia con Remigio Lasserrade. Y, en fin, la de Avigre y sus hijas aceptaron el pasar un día en el castillo de la Monnerie para la gran batida que debía verificarse en las tierras del marqués de ese título y en las Tachoueres, que estaban contiguas.

En plena Sologne y á cinco kilómetros de todo poblado, el edificio Luis XIII de las Tachoueres levanta en medio de los bosques su larga fachada de ladrillo y piedra y sus pabellones coronados de pizarra. Las praderas de alrededor están adornadas de nobles grupos de árboles, y el parque, cercado tan sólo por fosos poco profundos, cegados en muchos sitios, se funde insensiblemente con los campos limítrofes, de una dulce monotonía. En ellos alterna la tierra gris, de pobres cosechas de avena y de rubión, con los grupos de encinas, con las alamedas, con los estanques dormidos en su cercado de espadañas... Mientras los cazadores perseguían á los faisanes y á los conejos, los demás invitados organizaban excursiones ó simplemente partidas de *tennis*. Por las noches, como el tiempo permanecía excepcionalmente templado, se puso de moda salir al parque después de comer, y el parque se convertía entonces en una especie de salón galante en el que se dispersaban las parejas según las simpatías de cada cual. Campardón se aislaba con la de Ars, abandonada por Apistrol, que afectaba cortejar á Marta. Magdalena llevaba

en su séquito á Cristián, á Remigio y á Saraccioli. Á última hora el juego los reunía á todos alrededor de las mesas de *bridge* y de *poker*, y el garito, como le llamaba Campardón, funcionaba á veces hasta los dos de la madrugada.

La princesa de Erminge era una de las más animadas para el juego y para la caza. Apistrol no se separaba de ella, y como era buen jinete, pues había sido seis años sargento instructor en la escuela de caballería de Saumur, ambos pasaban con frecuencia las tardes dando paseos á caballo, nunca bastante largos ni de velocidad bastante exagerada para Marta. En el juego, por las noches, era ella la que atravesaba sumas más fuertes y la que exigía que se prolongasen las partidas. Estaba nerviosa é incansable hasta excitar la admiración de Magda, que exclamaba:

— ¡Bravo, Marta! ¡Ya has vuelto á ser digna de mi cuadrilla!...

Excepto, acaso, Jerónimo, que veía más claro, todo el mundo creía que la princesa se había consolado de su abandono y que su consuelo provenía de Apistrol. Y el pintor, muy halagado, sonreía detrás de su barba á lo Enrique IV^o cuando le felicitaban, en vez de confesar, por el contrario, que era en él y en la pobre Martina Lebleu en quienes Marta descargaba su excesiva nerviosidad, y que una mañana en que se atrevió á rozar con el bigote su cuello inclinado, durante una parada en el bosque,

apenas tuvo tiempo para evitar con el brazo el latigazo con que la princesa quiso cruzarle la cara.

La verdad era que Marta, después de un acceso de desesperación y de rabia el día en que encontró á Remigio y adivinó una intriga naciente entre él y Magdalena, perdió toda orientación en su propia conciencia y procuró olvidarse de sí misma en el aturdimiento de la « cuadrilla ». En los momentos de soledad echaba de ver la ignominia de su estancia en las Tachoueres entre Remigio, Cristián y Magdalena. Pero ¿qué hacer? ¿á dónde huir? ¿Y qué iba á ser de ella si huía? Entre tanto su sufrimiento por el abandono del único ser del que había esperado algún cariño se iba calmando poco á poco. Magdalena no le inspiraba celos, y la única traza de amor que encontraba en sí misma hacia el infiel, era el miedo nervioso de que le ocurriera una desgracia por interponerse entre Magdalena y Cristián. De este modo, su pobre pensamiento se mortificaba sin cesar imaginando los terribles furios de Cristián para con Remigio ó para con ella. Pues ningún indicio se había presentado que la librase de su secreta angustia. Por el contrario sus temores se agravaban cada día á pesar del exceso de ejercicio físico y de las fatigas que se imponía con el único fin de librarse de su cuidado. Y rendida, con los huesos doloridos y la cabeza loca de jaqueca, se retiraba á su cuarto por las noches lo más tarde

posible y Martina la esperaba, quebrantada también de inquietud y de falta de sueño.

— ¡Pronto, pronto, Martina, desnúdeme usted!...

Martina obedecía y Marta la trataba con una dureza de patricia romana con su esclava, aprovechando para ello todos los pretextos. Veía en los ojos de la doncella una acusación silenciosa. Aquella muchacha se levantaba ante ella como una conciencia para juzgarla y condenarla.

Tan áspera tensión de pensamiento y tal frenesí de cansancio alteraron pronto la salud de Marta. Á los ocho días de ese régimen tuvo un síncope en su cuarto como el que la acometió el mes anterior en casa de Emery.

Martina se atrevió entonces á hacer una humilde observación:

— La señora princesa podrá regañarme, pero yo diré lo que creo que debo decir. La señora debe dejar de montar á caballo y de apretarse como lo hace... ¡No puedo ver á la señora matarse de ese modo, no puedo!...

Marta se quedó sorprendida un instante y balbució, fingiendo cólera, pero realmente conmovida, hasta tal punto se translucía á través de aquellas palabras el cariño de Martina:

— ¿Qué quiere usted decir?

Marta estaba echada y Martina se arrodilló á su lado y dijo con una emoción que le hacía olvidar las formas habituales:

— ¡Princesa! ¡Princesa!... Se lo ruego... Déjeme usted cuidarla... ¡Tengo tanta pena!...

La señora y la doncella se quedaron calladas un instante. Marta, que había palidecido de sorpresa, tuvo tiempo para calmarse y dijo sencilla y secamente á Marlina:

— Acabe usted de desnudarme y cálese.

Marta no pudo conciliar el sueño.

« Esta muchacha sabe mi secreto, pensaba... Puesto que me tiene en su poder, ¿no sería lo mejor pedirle ayuda? Le gusta el dinero y yo sola no puedo hacer nada. »

Por primera vez en su vida, la princesa se atrevió aquella noche á mirar frente á frente su destino.

« Si, hay que decidirse, hay que hacer algo. ¿ Á qué conduce el dudar ya? No hay duda posible... »

Y puso en tensión todo su pensamiento para imaginar y combinar proyectos. ¡Pobre Marta! ¡Cuántas mujeres habían vagado antes que ella por el mismo laberinto, haciendo las mismas hipótesis, agarrándose á las mismas raíces de esperanza y estremeciéndose por momentos ante el mismo miedo mortal!... ¡Cuántas habían tomado y rechazado las estrechas y poco numerosas soluciones de ese problema: violar una ley de la naturaleza para salvar la tranquilidad y las apariencias!... La horrible angustia que oprimía á Marta acecha como una hidra á la salida de un jardín prohibido á las

mujeres, altas ó bajas, que creen poder duplicar la vida conyugal y tener en un lado la unión de los intereses y en otro la del amor. ¡Pobre Marta! La infeliz era más disculpable que otras, porque el matrimonio había sido para ella una traición y no se le había ofrecido ningún apoyo moral para confortarla y sostenerla. Y ahora le alcanzaba á su vez la angustia de las maternidades adúlteras. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? La idea de que Cristián, cuyas cóleras de loco furioso conocía, pudiese sospechar algo é interrogar, bastaba para helarle los miembros.

« ¡Oh! no... me vuelvo loca... Otras muchas antes que yo... »

Recapitulaba los hechos escandalosos que eran objeto ordinario de conversación en la « cuadrilla de Magda » y recordaba nombres de mujeres del gran mundo reputadas como galantes y otros de mujeres honradas también, con el consentimiento de sus maridos... La cosa no era, pues, tan difícil. Las novelas lo aseguraban; una galopada á caballo, el salto de un foso, dado oportunamente...

« Hace quince días que me estoy matando, pensó con amargura, y siempre me hallo lo mismo. »

¿Era, entonces, preciso intentar algo más? ¿Habría que obligar á la casualidad en vez de llamarla? Marta no se atrevió á precisarse á sí misma lo que estaba pensando, pero ese pensamiento insistente bastó para hacer correr por su cuerpo un

escalofrío prolongado, como una corriente eléctrica. ¿Era miedo á la muerte? ¿Eran escrúpulos íntimos de conciencia?... Las dos cosas, acaso, pues su pensamiento hizo un brusco retroceso:

« ¡Oh! no, eso no, eso no... »

Entonces, ¿qué?

« Prefiero fugarme. Si realmente es lo que temo, pues, después de todo, no estoy segura, quiero mejor huir del príncipe, de mi suegra, de todos... No tengo cariño á nadie y poseo una rentita inalienable de dos mil francos que me dejó mi tía... Es lo suficiente para vivir... »

Y se puso á combinar un presupuesto con ignorancias de niña. Pero obligada, con todo, á darse cuenta de que dos mil francos de ingresos eran poca cosa, Marta se decía:

« Puedo trabajar. Martina asegura que me ganaría muy bien la vida haciendo sombreros, pues tengo buen gusto. »

Volvió á hacer sumas, pero su ligero cerebro se cansó pronto de esa tarea y del cansancio se desprendió por fin una bruma de sueño... Marta se durmió gimiendo y sin haber decidido nada en resumen, oprimida por el peso de las necesidades próximas, en las que no distinguía aún más que una iniquidad de la suerte y no la sanción inevitable de una ley moral.

El marqués de la Monnerie tenía organizada para el día siguiente una gran batida, y estaban todos

citados para almorzar á las diez y media en una alquería llamada la Halconera. La infatigable señora de Ars propuso salir á las siete de la mañana en automóvil y dirigirse á la Halconera pasando por Blois, lo que suponía recorrer ochenta kilómetros para ir á un punto que distaba tres. Esa proposición extravagante obtuvo, naturalmente, todos los sufragios, pues el mal secreto que roe á esos ociosos es el miedo á los minutos vacíos. Marta se levantó tarde para formar parte de la expedición y sólo tuvo tiempo para vestirse y hacer enganchar un faetón que guiaba ella misma. Y en menos de un cuarto de hora, por un atajo que atravesaba el parque de las Tachoueres, llegó á la linde de las espesuras dominadas por los rojos tejados de la Halconera. Allí tuvo que apearse y despidió el carruaje con el lacayo. Las dos propiedades estaban separadas en este punto por un arroyuelo atravesado por un pontón de tablas que no se podía pasar más que á pie. El día estaba hermoso y seco. Marta pasó el pontón y se internó en los bosques saboreando el placer del paseo y de la soledad.

El estrecho camino de la Halconera serpenteaba entre recientes matas retoñadas después de una corta que debía de datar de unos cinco años lo más. Esa vereda, conocida sólo de los habitantes de las dos propiedades, estaba casi borrada, por su escaso tránsito... Marta caminaba sin prisa y sintiendo á veces gana de volver pies atrás, pero

su repugnancia por la gente que iba á encontrar en la Halconera era menor que el miedo de la angustia moral de la que nada la distraía en las Tachoueres.

De repente, Marta se paró á escuchar. Se oían voces en el punto en que la vereda se cruzaba con un camino más ancho, y salían de una choza de carbonero que se divisaba entre las malezas y que databa, seguramente, del tiempo de la corta. La choza estaba casi demolida, pero la pared del fondo permanecía intacta y ocultaba á la princesa de Erminge y á los interlocutores.

Marta se aproximó y conoció en seguida la voz burlona de Remigio.

— Querida mía, no creo que haya en el mundo otra mujer capaz de hacerme venir á estos sitios agrestes con pretexto de una cita y despedirme una hora después como he venido. ¿Quiere usted, acaso, burlarse de mí?

— ¡Cómo!, dijo la voz un poco grave de Magdalena, ¿se queja usted? Este es el mejor tiempo del amor... Lo ha dicho un poeta y tenía razón.

Remigio apareció en pie fuera de la choza. Magdalena debía de estar sentada en el interior. Marta no se atrevió á moverse, temiendo ser vista; pero las matas la ocultaban muy bien.

— ¡Miedosa! dijo Remigio. No creo que piense usted así, pues no tiene usted nada de romántica. Y esos ojos, que conozco tan bien, me dicen que

opina usted poco más ó menos como yo sobre la mejor manera de proceder en amor. No hay más sino que usted tiene miedo.

— ¡Y aunque así fuera!... replicó Magdalena, que apareció á su vez sacudiéndose la falda para quitarse las hierbecillas adheridas á ella. Lo que puedo asegurar á usted, añadió, es que si tengo miedo, no es por mí.

La delicada cara de Remigio se contrajo de ironía.

— ¡Ah! ¿Es por mí? Pues bien, va usted á ver... Ya estoy harto de miedos y de precauciones contra el reitre... El asunto no será largo... Yo encontraré medio de explicarme con él...

Magdalena dió un grito tan vehemente que su eco chocó en el corazón de Marta.

— ¡Ah!... Se lo prohibo á usted... Se lo prohibo... ¿Usted entregado á ese furioso?... ¡No le conoce usted!

— ¡Bah! exclamó Remigio... Dondé hay un hombre hay otro. Él es más fuerte, pero yo soy más ágil. Además, supongo que no nos batiremos á puñetazos...

— ¡Calle usted! Solamente la idea de un encuentro entre ustedes dos, me aterra...

Y añadió acercándose á él:

— Sea usted prudente ó le juro que no volveré á aceptar siquiera citas como la de hoy, que usted podrá creer tontas, pero en las que nos jugamos la

vida... Sí, no se ría usted, la vida... Si usted me escucha, por el contrario, no se arrepentirá... Vamos á ver... ¿Ha recibido usted esta mañana la convocatoria que esperaba para las maniobras como oficial de reserva?

— Sí, la defensa nacional me reclama en Bourges el viernes que viene, y durante un mes, á caballo á las cinco de la mañana, polígono, ejercicios de tiro, cuerpo de guardia... ¡Viva el ejército!

— ¿No ha dicho usted la fecha al príncipe?

— No; sólo sabe que me voy pasado mañana.

— Hoy es sábado... Dentro de un momento, en la mesa, diga usted en voz alta que está convocado para el martes... que no va usted á hacer más que pasar por París para saludar á su tío y que el martes por la mañana estará á caballo en Bourges.

— Comprendido. Usted se privará el mismo martes de las delicias de las Tachoueres y nos reuniremos en París...

— ¡El martes no!... Sería demasiado pronto y Cristián podría sospechar. Me marcharé el miércoles y nos veremos por la noche en París.

— Bueno; el miércoles... ¿En mi casa?

— ¿Está usted loco?... Le recibiré á usted en la mía, y, si quiere, comerá conmigo... Pero dócil... como aquí... ó se acabó...

Remigio aplastó con el tacón una piña que había en el suelo.

— ¡Bueno!...

Después se arrepintió de haber dejado ver su impaciencia y dijo burlándose de sí mismo:

— ¿Tendrá usted valor para dejarme marchar á la guerra sin la menor satisfacción, prometida mía?

Magdalena vaciló y dijo después:

— Veremos.

— Está bien, dijo secamente Remigio... Me vuelvo, ¿no es eso?

— Sí. Es preciso que llegue usted á la Halconera antes que el automóvil que trae al príncipe... Tome usted ese camino, á la derecha, y llegará á la casa por el primer sendero. Yo me voy por la izquierda y llegaré directamente.

Remigio se alejó y en seguida Magdalena, después de haberse arreglado el traje... Marta escuchó el ruido de sus pasos hasta que dejó de ser perceptible, y entonces salió de su escondite y tomó el mismo camino que Magdalena. La princesa experimentaba una sensación singular, mezcla de repugnancia por lo que acababa de oír y de un verdadero alivio al verse libre de semejantes intrigas. ¡Era todo aquello tan diferente de lo que ella había esperado encontrar en el amor!

«¡Ah! ¡Nunca más! ¡Nunca! Ahora me encuentro libre... ¡Tanto mejor!»

Llegaba al gran edificio rojo rodeado de árboles gigantescos. Jerónimo, las chicas de Avigre, Apistrol, Remigio y Magdalena estaban agrupados de-

lante de la puerta. Á lo lejos se oía la trompa del automóvil que por el camino de Blois traía á Cristián, á Saraccioli y á los esposos Ars.

En su violencia por ver inmediatamente á Magdalena y á Remigio, Marta esperó que se parase delante de la Halconera el pesado carruaje blanco lleno de polvo, á fin de que su llegada pasase inadvertida en la confusión de aquella llegada.

El marqués de la Monnerie, cuyo aspecto evocaba ciertos capitanes de Franz Hals, se acercó á saludarla. Magdalena dió un beso á su amiga.

— ¿Por dónde has venido, querida? Te apareces de repente como una preciosa niña.

— He venido por el bosque, sencillamente.

— ¡Calla! Pues yo también, dijo Magdalena sin ningún embarazo.

La de Ars estaba desempaquetando su linda cara de modistilla de los velos de gasa que la envolvían, después de lo cual arrojó su piel de oso al obsequioso Saraccioli y, muy excitada, se puso á contar á Jerónimo los incidentes de la carrera. Á la vuelta era ella la que había guiado el automóvil.

— En Lucenay he matado un pájaro por la trepidación. Diez kilómetros después, en una cuesta endemoniada, he aplastado á un perro... ¡Oh! Íbamos á setenta y cinco kilómetros por hora, estoy segura. Hemos atravesado Cisse y á ese paso, como unos locos... Los campesinos estaban furiosos y nos tiraban piedras... ¡Era más divertido!...

El príncipe ha recibido un ladrillazo en la gorra...

Hablando de este modo, entraron todos en la Halconera, donde encontraron á la marquesa de la Monnerie, fina y encantadora mujer de prematuras canas, y á su lado á la señora de Ayigre, la madre de las gemelas, mujer pequeña, rubia, delgada y grave, y vestida con afectada sobriedad. Su cara recordaba la de sus hijas, sin la gracia de éstas, como esas copias secas y rígidas de los grandes pintores ejecutadas por aficionados inexpertos.

La Halconera era una antigua alquería que el conde de Calm, padre de Cristián y cazador apasionado, había hecho arreglar como punto de cita para las cacerías. Cuando murió el conde, la princesa Guillermina, que encontraba pesada la carga de las Tachoueres, vendió la alquería al marqués de la Monnerie. No tenía nada notable más que el majestuoso círculo de encinas que la rodeaban y mantenían una frescura deliciosa en los días de gran calor... En aquella mañana de otoño, un poco fresca, se creyó prudente caldear la sala en que estaba puesta la mesa, y en el momento en que los invitados entraron á almorzar, altas llamas lamían la chimenea de piedra y ladrillo y dibujaban con su reflejo aristas de luz y zonas de sombra en el artesanado del techo.

Marta, colocada entre el marqués y Apistroy, almorzó con buen apetito. Aquella mañana, al divertirse, había tolerado que Martina aflojase...

poco el torno de su corsé, y con el cuerpo más libre, respiraba mejor. Oyó distraídamente, pero sin mal humor, las insulsas galanterías de Apistol, las bromas un tanto burdas que Campardón cambiaba con el marqués y no pocas historias de cacerías maravillosas y de proezas de automóvil... Saraccioli hizo á las de Avigre, sus vecinas, un pintoresco relato de una cacería á caballo en la campiña romana. La princesa, entre tanto, más y más distraída de lo que pasaba alrededor de ella, estaba dando vueltas á un proyecto que había surgido en su mente al oír á Jerónimo contar á la de Ars una anécdota del tiempo en que era interno en el hospital de Beaujon.

« Jerónimo es médico, pensaba Marta; es de toda confianza y siempre me ha manifestado amistad, aunque ahora se haya enfriado un poco por mi culpa... Si le consultase, no me rehusaría su opinión... »

¿Hasta qué punto debería confiarse á él?... ¿Qué era lo que debía preguntarle? Marta no lo sabía. Como todas las almas débiles, sólo tenía el valor justo para empezar las cosas y entregárselas después al destino.

Cuando terminó el almuerzo, Marta dijo que se sentía cansada y que en vez de asistir á la batida, se iba á volver á las Tachoueres por el parque. Apistol se ofreció á acompañarla.

— No, usted no, le respondió, porque usted es

una buena escopeta y esta tarde se notaría su ausencia en el resultado de la cacería. Mi primo Jerónimo, que caza con un libro debajo del brazo, no se negará á acompañarme.

— Seguramente, contestó Jerónimo, y nunca me habré felicitado tanto de ser un mal tirador.

El marqués, Cristián y Magdalena se fueron los primeros, detrás de los ojeadores; luego Remigio con la de Ars y Saraccioli y después los demás en grupo. Una carretela cerrada se llevó á la marquesa y á la señora de Avigre al castillo de la Monnerie, y Jerónimo y Marta se fueron por el mismo camino del bosque que ésta había traído.

— No creo que sea la delicia de mi compañía lo que usted ha deseado, dijo riéndose Jerónimo. ¿Tiene usted algo que decirme?

— En primer lugar, la compañía de usted me agrada mucho, respondió Marta, y después, es cierto, quiero consultarle, haciendo al mismo tiempo un poco de *footing*. ¿Es usted médico, verdad, y buen médico?

— Si soy buen médico, nadie lo sabe, ni yo mismo, puesto que no ejerzó. Lo único cierto es que soy doctor en medicina.

— ¿Y por qué no ejerce usted? dijo Marta un poco desanimada.

— Lo he intentado, querida prima. Cuando tomé el grado, quise realmente hacerme con una clientela, pero ni mis profesores ni mis clientes me to-

maban en serio. Tenía el inconveniente de ser barón de Pefaut y de tener fama de rico. Ahí tiene usted; el mundo no es justo con nosotros. Se critica la inercia de la aristocracia moderna y no se nos tolera una profesión. No tenemos derecho á ocuparnos más que de caballos y de mujeres. Y, por desgracia, no me divierte ninguno de esos dos pasatiempos... ¡Bah! Poco importa: con libros y un laboratorio se consuela uno de todo... Y, además, creo que voy á tener una cliente...

— No, no se trata de mí, dijo Marta precipitadamente y en tono un poco alterado.

Oíanse á lo lejos los primeros tiros, amortiguados por la distancia hasta no parecer más que ligeros chasquidos de látigo.

— ¿De quién, entonces? preguntó Jerónimo.

— Tengo una doncella... ¿La conoce usted?...

— ¿Martina? Ya lo creo. He tenido con ella conversaciones por teléfono y se expresa como una señora.

— Está muy bien educada. Pero, ahí verá usted, ha hecho una tontería...

— ¿Algún amante? preguntó Jerónimo mirando á Marta á los ojos.

Marta apartó la vista y con esfuerzo, sintiendo que su voz iba tomando cierto eco de mentira, respondió:

— Precisamente.

Llegaban entonces al puente de tablas que sepa-

raba las dos propiedades. Marta pasó delante para disimular los colores que habían asomado á sus mejillas. Cuando Jerónimo se puso á su lado, siguió hablando más tranquila:

— Eso es... Un muchacho la ha seducido y la ha abandonado... Y Martina tiene razones para temer las consecuencias...

— ¿Qué es lo que teme, puesto que es libre? Un hijo no es nunca una desgracia... y esa muchacha debe de ganar bastante para pagar á la partera y á la nodriza...

— Seguramente.

Marta no sabía ya qué preguntar, confundida por las tranquilas respuestas de Pefaut.

— En fin, ¿qué debo yo hacer? preguntó éste, ¿Está, acaso, enferma?

— Sí, eso es, respondió vivamente la princesa de Erminge. Tiene un malestar constante y no se atreve á ver á un médico... Comprenderá usted que no me ha dicho las cosas tan claramente, pero yo lo sospecho...

— ¿Quiere usted que yo la vea? Es fácil ahora mismo, puesto que vamos á las Tachoueres...

— ¡No, no! no es necesario... Por el momento está mejor... Le he advertido á usted para el caso de que se pusiera mala aquí, en el campo... á fin de que no se sorprenda usted si le llamamos de repente y nos guarde el secreto... Esto es lo que quería decir á usted... Y ahora no le retengo más.

Si quiere usted reunirse con los cazadores, puede hacerlo. Los ojeadores echan la caza hacia el pantano de Villiers. No tiene usted más que irse directamente y llegará antes que todos.

— Realmente, dijo Jerónimo, ¿no quiere usted que la acompañe? Ya sabe usted que me gustaría pasar la tarde á su lado, como en otro tiempo, cuando era usted jovencilla y venía á casa en enero. ¿Se acuerda usted?

— Sí, me acuerdo, dijo la princesa, que se iba poniendo nerviosa. Pero hoy sería yo una compañía muy desagradable... tengo jaqueca... Déjeme usted volver sola y váyase á divertirse. Abi tiene usted el sendero que va al pantano de Villiers.

Marta se había parado, sin poder ocultar su impaciencia por estar sola, y Jerónimo no insistió más.

— Bueno; puesto que usted lo desea, voy á buscar á los demás. Pero oiga usted aún una palabra respecto de Martina.

— Si le digo á usted que no hay nada urgente.

— Si, dejeme usted hablar, respondió Jerónimo con un acento de autoridad que impuso á Marta. Esa muchacha, si los síntomas se confirman, va á sufrir tentaciones, que usted puede suponer, para salir de su apuro. Su deber de usted es quitárselas de la cabeza. Si se tratara de una mujer del gran mundo, bastaría decirle : ; Cuidado con los que quieran explotar ese secreto! Como se trata de

una doncella, que sepa el riesgo que corre : la vida una vez de cada diez ; la salud nueve veces de diez.

— ¿Tan peligroso es? preguntó Marta, que había palidecido á pesar suyo.

— Acabo de decirselo á usted... Repítaselo á ella... ; Hasta la noche!

Y se alejó prestamente para cortar la conversación. La princesa estuvo un momento por llamarle, por correr detrás de él. La confesión le parecía ya casi fácil. ¿No lo había adivinado todo Jerónimo?... Pero mientras ella reflexionaba, el barón estaba ya lejos. Marta se fué lentamente á las Taboueres y estaba tan cansada, que en cuanto llegó se echó en un sofá y se quedó dormida.

No se despertó hasta que, ya de noche, oyó á los cazadores que estaban en el comedor.

— La señora de Guivre, le dijo Martina, ha preguntado por la señora princesa en cuanto llegó... Y me ha dicho que la prevenga en cuanto la princesa esté despierta.

— ¡Bueno! Que suba si quiere, dijo Marta. Magdalena no tardó en subir y preguntó á Marta por su salud con afectuosa amabilidad. Después hablaron de la cacería, de los invitados, de trajes... La presencia de Magdalena no mortificaba á la princesa, sino que, por el contrario, la distraía de las preocupaciones íntimas sobre las que estaba cansada de meditar.

— ¿Sabes, querida, que voy á tener que dejaros un poco antes del regreso general á París?

— ¡Ah! ¿Por qué? preguntó la princesa.

Y en seguida recordó la conversación que había oído en el bosque. Remigio había dicho almorzando que se marchaba al día siguiente á Bourges para asistir á las maniobras como oficial de reserva.

— Mi notario de Rouen me escribe que la herencia de mi tía de Langeois está liquidada, pero que hace falta mi firma y mi presencia.

— Es fastidioso, dijo Marta. ¿Cómo me voy á arreglar aquí sin ti? ¿Si adelantásemos todos nuestra vuelta?

— No, dijo vivamente Magdalena. Yo pondré todo en marcha antes de marcharme, perezosilla. Además se trata de pasar dos días, puesto que os volvéis el sábado... Pero ¿en qué piensas?

Marta, que tenía la mirada fija, se estremeció.

— En nada, dijo... en lo que estás diciendo...

Quando dijo Magdalena: « Se trata de pasar dos días », Marta pensó de repente: « Dos días y dos noches... » Las palabras de Jerónimo: explotación, muerte, habían ahuyentado definitivamente de su cerebro los proyectos criminales. Pero ¿no había otro medio?... Dos días sin Magdalena en las Tachoueres... Dos días... y dos noches...

La presión de la necesidad y la casualidad de aquella ausencia de Magdalena se conjuraron entonces para sugerir á la princesa un proyecto en el

que todavía no había pensado, no por escrúpulo de conciencia, pues estaba resuelta á salvarse á pesar de todo y contra todo, sino porque le parecía á primera vista absurdo é impracticable. Cuando Magdalena la dejó sola lo meditó. No se podía ser menos esposa de lo que ella lo había sido de Cristián. La única semana conyugal había dejado á Marta un recuerdo confuso de insomnios intranquillos llenos de miedo y de repugnancia. Después, cuando Magdalena se interpuso en el matrimonio, el príncipe y Marta habían cesado en su intimidad hasta el punto de que evitaban estar solos, hablarse sin testigos y hasta tocarse, pues jamás se daban la mano si no estaban obligados por la presencia de un tercero. Semejante régimen, imposible en un matrimonio de la clase media, es fácil en el gran mundo por la rareza de los momentos de soledad y por la presencia continua de los criados... Cristián y Marta, sin embargo, no se odiaban y el absoluto rompimiento de su vida sentimental se traducía sencillamente por la ausencia de toda intimidad y de todo contacto. Para llevar á cabo su empresa, tenía Marta que reanudar las cosas de muy lejos. Pero excitó su inercia natural y su pereza para toda acción reptiéndose muchas veces: « Es preciso... es preciso... « Eso » ó el riesgo de la explotación ó de la muerte... Luego es preciso. »

Incapaz de formar un plan metódico y razonado para influir en los sentimientos de su marido, se

echó en brazos de ese proyecto guiada solamente por el instinto de conservación y por la voluntad de lograr su fin. Pero cuando fué necesario precisar un medio práctico, echó de ver qué confuso es el sentido de esta frase que había leído en tantas novelas: « Aproximarse á su marido. » Mientras Magdalena estuvo presente, Marta trató de asociarse más de cerca á las diversiones de su marido, pero éste no se fijaba en ella. Una ó dos veces se arregló de modo de encontrarse sola con él, pero como en esas entrevistas no podía decir nada que les interesase á los dos, el cambio de frases fué tan vano, que no dejó recuerdo alguno en Cristián. « ¿ Ha recibido usted noticias de su madre?... ¿ Hacia qué punto piensa usted llevar hoy la cacería?... » De este modo vió Marta que su marido y ella eran peor que extraños, pues entre extraños puede nacer la simpatía, y la desunión entre ellos estaba consumada. Formó entonces veinte planes, á los que tuvo que renunciar en seguida, y comprendió al fin que semejantes acontecimientos no se negocian ni pueden nacer más que de una casualidad ó de un encuentro. No pensaba que una vez ausente Magdalena, Cristián caería en sus brazos, pero, al fin, podrían hablar y ella podría decirle: « Tengo que comunicar á usted una cosa; escúcheme... » Aplazó, pues, su tentativa para cuando se marchase Magdalena. « Iré á buscar al príncipe y le hablaré... » Y Marta se puso á meditar un discurso.

Creía sentirse fuerte porque la culpa inicial era de Cristián y tenía por indiscutible su derecho á pedirle cuenta de su juventud abandonada. Una voz tímida, sin embargo, objetaba en las profundidades de su conciencia que no poseía ya ese derecho en el momento en que trataba de reivindicarlo, y que el paso, hoy tan violento, que quería dar, hubiera podido intentarlo con autoridad y dignidad un año antes. Aunque Marta se sublevaba contra esa voz y no quería oirla, no dejaba de sentir cierto malestar, primera advertencia de que existe un equilibrio, una ley de acción y de reacción en las cosas misteriosas de la vida moral, que escapan á la vista y á las conveniencias. Habiendo infringido el pacto conyugal, aunque nadie lo supiera más que ella, sentía como abolidos sus derechos. El hecho de su sinrazón se le impuso además de otra manera. Cuando pensaba en el proyecto de aproximación al príncipe, se decía: « Le hablaré y le haré ver la iniquidad de su abandono. » Pensaba esto, pero no quería ir más allá y examinar si contaba solamente con su palabra ó con el efecto de menos nobles azares... Una especie de pudor le impedía imaginar la aproximación hasta el fin... Y también le asombraba el estar detenida por ese pudor, nueva revelación de las leyes escritas en el fondo de sí misma, de esas leyes que dicen sin apelación al hombre en ciertas circunstancias: « ¡ Has perdido tu dignidad!... » ¡ Ley misteriosa! ¿ De

dónde venía en Marta? No era de su educación, pues la sola influencia moral ejercida sobre ella por Jerónimo y por su madre había sido demasiado breve é intermitente. Nada había influido en ella con tan imperiosa fuerza como esa molestia egoísta resultado de su falta. No sólo había cambiado físicamente después del pecado, sino que no se sentía ya la misma persona ni creía tener los mismos derechos ni las mismas posibilidades. Irritada al echarlo de ver, no quiso reflexionar más y se limitó á pensar: « La primer noche en que Magdalena esté ausente, iré á buscar al príncipe y á hablar con él. El paso será difícil, pero ¿ qué puede oponer á mi reclamación de recobrar mi puesto de esposa? »

Las horas pasaron prontamente en medio de estas zozobras. Remigio se había marchado el lunes, y Magdalena dejó el miércoles las Tachoueres por el tren de la mañana. Cristián, convencido de que Lasserrade estaba en Bourges hacía veinticuatro horas, se separó de ella sin desconfianza, pero con muy mal humor. Para mayor desdicha empezó á caer desde el alba una de esas lluvias de otoño que anegan el horizonte, envejecen de repente el paisaje y le ponen por adelantado la máscara de invierno... Marta había contado vagamente con la cacería diaria para empezar sus trabajos de aproximación, y se quedó desorientada é incierta. En primer lugar, ¿ qué iba á hacer de los invitados?

Todos aquellos ociosos, excepto Pefaut, que no encontraban en sí mismos más que un profundo aburrimiento y odiaban la reflexión tanto como la lectura, mataban el tiempo jugando. En cuanto tomaban el café después de almorzar, se instalaban en las mesas de *baccara*. El tiempo de vestirse para comer y la comida daban una tregua entre las siete y las diez, y en seguida vuelta á jugar hasta las doce de la noche. Tal fué el programa de aquel miércoles en el que el mal tiempo y la ausencia de Magdalena conspiraban para hacer pesada la atmósfera. También Marta jugó y perdió, y después, cuando cerró la noche, se puso á ganar y recobró cuanto había perdido más dos mil francos. El príncipe ganó también una buena suma. No dejaron el salón hasta el último minuto, cuando fué preciso ir á vestirse. La fiebre de un día de juego dominaba á todo el mundo y la comida fué bastante alegre. Marta no bebió más que *champagne* ligeramente mezclado con agua, y el príncipe, al que de ordinario vigilaba Magdalena, se dejó llevar de su instinto de bebedor heroico y se bebió él solo un frasco de cortón y una botella de *champagne* puro... En seguida volvió á empezar el juego, y cuando Marta se subió á su cuarto eran las dos de la madrugada.

« Pronto llega el momento de realizar mi plan, pensó; quiero absolutamente salirme con mi empeño... »

dónde venía en Marta? No era de su educación, pues la sola influencia moral ejercida sobre ella por Jerónimo y por su madre había sido demasiado breve é intermitente. Nada había influido en ella con tan imperiosa fuerza como esa molestia egoísta resultado de su falta. No sólo había cambiado físicamente después del pecado, sino que no se sentía ya la misma persona ni creía tener los mismos derechos ni las mismas posibilidades. Irritada al echarlo de ver, no quiso reflexionar más y se limitó á pensar: « La primer noche en que Magdalena esté ausente, iré á buscar al príncipe y á hablar con él. El paso será difícil, pero ¿ qué puede oponer á mi reclamación de recobrar mi puesto de esposa? »

Las horas pasaron prontamente en medio de estas zozobras. Remigio se había marchado el lunes, y Magdalena dejó el miércoles las Tachoueres por el tren de la mañana. Cristián, convencido de que Lasserrade estaba en Bourges hacía veinticuatro horas, se separó de ella sin desconfianza, pero con muy mal humor. Para mayor desdicha empezó á caer desde el alba una de esas lluvias de otoño que anegan el horizonte, envejecen de repente el paisaje y le ponen por adelantado la máscara de invierno... Marta había contado vagamente con la cacería diaria para empezar sus trabajos de aproximación, y se quedó desorientada é incierta. En primer lugar, ¿ qué iba á hacer de los invitados?

Todos aquellos ociosos, excepto Pefaut, que no encontraban en sí mismos más que un profundo aburrimiento y odiaban la reflexión tanto como la lectura, mataban el tiempo jugando. En cuanto tomaban el café después de almorzar, se instalaban en las mesas de *baccara*. El tiempo de vestirse para comer y la comida daban una tregua entre las siete y las diez, y en seguida vuelta á jugar hasta las doce de la noche. Tal fué el programa de aquel miércoles en el que el mal tiempo y la ausencia de Magdalena conspiraban para hacer pesada la atmósfera. También Marta jugó y perdió, y después, cuando cerró la noche, se puso á ganar y recobró cuanto había perdido más dos mil francos. El príncipe ganó también una buena suma. No dejaron el salón hasta el último minuto, cuando fué preciso ir á vestirse. La fiebre de un día de juego dominaba á todo el mundo y la comida fué bastante alegre. Marta no bebió más que *champagne* ligeramente mezclado con agua, y el príncipe, al que de ordinario vigilaba Magdalena, se dejó llevar de su instinto de bebedor heroico y se bebió él solo un frasco de cortón y una botella de *champagne* puro... En seguida volvió á empezar el juego, y cuando Marta se subió á su cuarto eran las dos de la madrugada.

« Pronto llega el momento de realizar mi plan, pensó; quiero absolutamente salirme con mi empeño... »

Y transformada ya poco á poco en el crisol del sufrimiento y de la reflexión, trataba de justificar sus planes :

« Es mi marido... No hago nada malo tratando de recobrarle... »

Pero esa escapatoria no la engañaba :

« La verdad es que quiero hacerle creer lo que no es cierto... ¡ Bah ! Tanto peor... He sufrido demasiado y este es mi desquite... »

Marta meditó después :

« Su cuarto tiene una puerta á la biblioteca... Dentro de un momento, cuando todo el mundo esté acostado, iré á buscar un libro y dejaré caer uno muy grande para llamarle la atención. Abrirá la puerta y como entonces estaremos solos, tendremos que hablar por fuerza. »

Se repetía la frase que había imaginado para dar fuerza á la conversacion : « Cristián, puesto que está usted aquí, quisiera pedirle unos instantes... »

Y el discurso, torpemente preparado, se desarrollaba en su pensamiento :

« No le acuso á usted ni le diré nada del pasado; pero sí del porvenir, de nuestro porvenir... »

Marta sabía que había un punto sensible en el alma ruda de Cristián : el respeto á su madre, la princesa Guillermina. Ahora bien, el deseo constante de la princesa era que Cristián tuviera un hijo y que no se secara con él el último tronco de los Erminge. Asociando al deseo de su suegra una

aspiración personal de maternidad, le parecía á Marta que podría dar una apariencia de verosimilitud á su intentona...

La campana inglesa que imitaba los primeros compases de las de Westminster acababa de dar las dos y media... Los ruidos de pasos y los ecos de risas se iban apagando en la casa, mientras sonaba fuera el golpe de la lluvia en los cristales y en los techos de cinc. Marta había despedido á Marlina antes de que acabase de desnudarla, no pudiendo sufrir aquel testigo silencioso, aunque no confidente, de sus proyectos... Todo estaba en silencio y hasta el ruido de la lluvia se hacia más raro y más lento. Marta entreabrió la puerta para cerciorarse de que la electricidad estaba apagada por todas partes, y se estremeció, aunque no de frío... Pero de pronto recordó la necesidad imperiosa de lo que iba á hacer y temió no encontrar al principe ó que estuviera ya dormido...

Entonces se decidió y salió de su cuarto.

Cristián de Erminge, mientras tanto, había subido á sus habitaciones, compuestas de un gran despacho, atestado de útiles de caza, y de una alcoba cuadrada que ocupaba el pabellón de la esquina. Cristián se hizo desnudar por su ayuda de cámara y después se echó un *pyjama* y se puso á fumar mientras pasaba revista á los cartuchos de

su canana para la cacería del día siguiente. Magdalena estaba ausente y la perspectiva de aquella larga noche solitaria atormentaba á su amante. Era, en efecto, muy raro que Cristián, aun en París, pasara veinticuatro horas lejos de la condesa, á la que visitaba con una asiduidad que ella le perdonaba, aun encontrándola importuna, gracias á los lazos misteriosos de sensualidad que la unían á aquel compañero. Las semanas que pasaban en las Tachoueres eran más íntimas y casi conyugales, pues sus habitaciones, separadas en apariencia, comunicaban en realidad...

Poco soñador por naturaleza y desprovisto de imaginación, el príncipe estaba sujeto sin embargo, como todos los voluptuosos, á la obsesión de los recuerdos. Cuando acabó de examinar los cartuchos, entró en la alcoba y trató de leer los periódicos de París, pero sus ojos se negaron á ello mientras ocupaban el lugar de la lectura los detalles precisos de tal ó cual hora memorable de sus largas relaciones con Magdalena.

« ¿Qué estará haciendo ahora? » pensaba.

Y la tenaz memoria de sus sentidos evocaba el hotel de la calle de Offemont más claramente que la imaginación de un novelista.

« ¿Habrá otro en su cuarto? ¿Qué otro?... »

Solamente al pensar eso crispó la mano sobre la escopeta de dos cañones que había descollgado distraidamente del armero, y la oprimió como á un

arma que va á matar algo más que inofensivos animales del bosque... Después la volvió á colgar y reflexionó. Pensó en Remigio y le chocó de repente la coincidencia de sus maniobras militares con la ausencia de Magdalena. ¿Estarían de acuerdo?... ¡Él, burlado en las Tachoueres, mientras los dos!... Las venas de sus sienes se hincharon, y su frente, pálida de ordinario sobre la cara sonrosada, se tiñó de placas rojas... « ¡Oh! los mataría, los mataría á los dos!... » Y hubo un momento en que odió á Magdalena por la imposibilidad á que se veía condenado de poseerla toda y de estar seguro de ser solo. No la veía sometida como él hubiera querido y se juzgaba incapaz de penetrarla y de sorprenderla si un día trataba de engañarle. Como á todos los seres de gran fuerza física y de inteligencia corta, la idea de ser burlado por personas más débiles le infundía un violento deseo de herir y de abusar de su fuerza como argumento que no tiene réplica.

« ¡No!... ¡Vamos á ver!... Remigio está ciertamente en Bourges para el servicio militar. Magdalena me ha teleografiado hoy de París... y mañana debe escribirme de Rouen... »

Se tranquilizó por este argumento sumario. Sus accesos de celos le producían un cansancio intolerable, un verdadero entumecimiento mental. Y después, impulsado por una obscura ansiedad, se apoderó de él el deseo de ir como todas las noches

al cuarto de la condesa y se dirigió á la puerta, pero la encontró cerrada por dentro. Por un instante, su cólera se descargó contra la puerta, pero el príncipe pensó en seguida que no tenía más que dar la vuelta por el corredor, pues era seguro que Magdalena no habría cerrado la otra puerta con llave.

Al salir de su habitación creyó oír el ruido de una puerta que se abría en la otra ala del castillo, y se quedó indeciso, pues no quería ser sorprendido. Pero el ruido cesó y no se oyó más que el lento gotear del agua en los tejados. Cristián echó á andar de prisa por el pasillo. La obscuridad de aquella noche lluviosa era completa. Llegó al cuarto de Magdalena, entró á tientas, dió la vuelta al conmutador de la luz eléctrica y encendió una lamparita de noche que daba de lleno en la cama Luis XV cubierta por un ligero dosel de seda verde pálido... Y al volverse para cerrar la puerta, vió á Marta en pie en el corredor, mirándole inmóvil.

Cristián no tenía ninguna presencia de ánimo. Aquel coloso era tímido y torpe como un niño ante lo imprevisto, á no ser que su timidez se convirtiese bruscamente en cólera. Marta, por el contrario, había meditado durante todo el día la eventualidad de un encuentro, así fué que miró á su marido de frente y dijo con bastante firmeza las palabras que había preparado :

— No podía dormir y me ha dado la idea de venir á buscar un libro en la biblioteca.

El príncipe respondió :

— Tampoco yo dormía.

Y poco hábil para las invenciones, adoptó la de la princesa y repitió, casi, sus palabras :

— Y he venido á buscar un volumen que estaba leyendo Magdalena...

Mas como no se veía libro alguno en la habitación, perfectamente ordenada, Cristián añadió :

— Pero ha debido llevárselo, porque no lo encuentro.

El marido y la mujer se observaron...

No es cierto, como dicen los casuistas, que desde el punto de vista moral no haya entre el deseo y el acto más que la distancia de la posibilidad. La resolución, virtuosa ó criminal, sufre ante la ocasión una prueba suprema, en la que se miden los verdaderos y profundos designios del alma. El encuentro deseado por Marta se realizaba fácilmente. El príncipe estaba allí, hablando con ella, y su confusión por haber sido sorprendido en el cuarto de Magdalena le hacia más accesible... Pero ante la oportunidad de ponerlo por obra, toda la fealdad del proyecto se apareció de repente á aquella mujer y la dejó helada. La desnudez horrible de la mentira que llevaba consigo se reveló á sus ojos, y la princesa de Erminge distinguió en un relámpago de instinto lo que hasta entonces le había parecido tan obscuro : que tenía, en efecto, derecho á aproximarse á su marido, pero á condi-

ción de que éste conociese antes toda la verdad.

Marta estaba callada, tan incapaz de moverse como de hablar. El príncipe la miraba. La meditación y el sufrimiento expresaban en su cara esa vida interior que siempre le había faltado y sin la cual toda belleza parece fría. Los movimientos del corazón hacían palpar la muselina bordada que la cubría. Quería marcharse y no podía, mientras los ojos del príncipe se fijaban en ella con una

insistencia y una curiosidad que la espantaban... Es que la costumbre de la voluptuosidad tiene al corazón y á los sentidos de los hombres bajo un yugo mucho más rudo que la costumbre del alcohol ó del juego. Solo con su mujer, por la noche y por primera vez después de tres años, Cristián, sordamente trabajado todo el día por el recuerdo de Magdalena, vio á Marta tal como era, deliciosa con su gracia y su debilidad infantiles. El príncipe estaba así preparado por el azar mucho mejor de lo que ella podía soñar. Su mano, vacilante y un poco inquieta, buscó el brazo de su mujer... Marta le vio á su merced; no tenía más que tenderle el lazo, puesto que él mismo deseaba caer en él.

Pero aquel contacto, que no era siquiera una caricia, bastó para devolver á la princesa el uso de los músculos y la energía de la acción. Todo su ser se sublevó de repente contra lo que deseaba momentos antes y era para ella la salvación... Aquel ligero contacto de una mano en el brazo, que con-

verría en concreta una cosa confusamente soñada, fué el choque que provocó la reacción, como basta una chispa eléctrica para determinar una combinación química, ó la caída de un ligero cuerpo en un líquido saturado para provocar la cristalización. La verdadera forma de su conciencia se realizó súbitamente. Marta comprendió que *no quería lo que había imaginado*. El instinto le reveló que prefería la fuga ó la muerte á aquel engaño esencial en que su cuerpo se negaba á tomar parte. Marta retrocedió y el príncipe vio aquel movimiento y se sintió humillado. No insistió y dejó el paso libre á su mujer.

— ¡Dispense usted! murmuró con un dejo de ironía colérica en la voz.

Marta, cuya mirada expresaba el loco espanto de un animal amenazado, no tuvo el imperio sobre sí misma necesario para disimular aquel terror y corriendo al refugio más cercano, se metió en la biblioteca y se encerró en la obscuridad. Se pegó contra la puerta y esperó temerosa, sin saber si tenía más miedo del hombre que acechaba al otro lado ó de la villanía que había descubierto en sí misma un momento antes. Ni siquiera se le ocurrió encender las luces eléctricas. Por fin oyó los pasos de Cristián pasar por delante de la puerta y alejarse por el pasillo. Y la princesa salió á su vez, primero apresurando el paso y después á todo correr, se metió en su cuarto y cayó en una butaca baja, al lado de la cama.

Marta paseó una mirada asustada por el suntuoso decorado que la rodeaba, por la gracia antigua de los muebles, por la curva sedosa de las cortinas y del dosel, por los cuadros colgados en las paredes.

« ¡Imposible! murmuró... No puedo... soy muy cobarde. »

La infeliz no tenía en cuenta el honor de aquel escrúpulo de conciencia que la sumía en el más espantoso peligro cuando había dependido de ella el libertarse por una mentira.

« Ahora, se acabó... ¡Estoy perdida!... »

El horror del porvenir que la amenazaba la llenó de espanto. Toda su energía estaba quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer. Tuvo miedo de estar sola y llamó :

— ¡Martina!... ¡Martina!

La doncella, que dormía en el gabinete próximo, se apresuró á acudir.

— ¿Está enferma la princesa?

Marta dijo que no con la cabeza, y al mismo tiempo cogió á Martina por los puños y la atrajo hacia ella con el ademán instintivo del que se agarra para no ahogarse. Y, en efecto, se ahogaba y no sabía ya qué iba á ser de ella. Con la voz tan alterada que Martina creyó un momento que estaba delirando, dijo la princesa :

— Estoy perdida... Martina... estoy perdida.

Martina se arrodilló á su lado.

— Pero ¿qué ocurre, señora princesa?... ¿Qué puedo yo hacer?... ¿Debo llamar?...

— No... Estoy perdida... y usted lo sabe. No me lo niegue usted. Usted sabe en qué estado me encuentro.

Martina vaciló un instante y dijo muy bajo :

— Sí, lo sé.

— Pues bien, siguió diciendo Marta poniéndose en pie y cogiendo otra vez las manos de Martina con tal fuerza que le clavaba las uñas; oiga usted... Hace ya tres años que el príncipe no es mi marido... ¿Comprende usted?... Vendrá un día en que no se podrá ocultar la verdad.. Y el príncipe me va á matar... ¡Estoy perdida!

Tiritaba de fiebre, en pie al lado de la cama, y Martina, asustada por aquella brusca confesión, y sin saber si atribuirla á un acceso de fiebre, no se atrevía á responder ni á denotar que había comprendido. No hizo más que decir :

— La princesa está muy febril... debe acostarse... Yo me quedaré á su lado.

— ¿Para qué? dijo Marta.

Cedió, sin embargo, y consintió en meterse en la cama. Martina la instaló en las almohadas y se sentó á la cabecera sin pronunciar una palabra más. Comprendía que todo lo que dijera en aquel momento haría sufrir á su señora. Marta, en efecto, se había quedado inmóvil como una niña castigada brutalmente y al mismo tiempo dolorida y mal-

humorada. Su sufrimiento, sin embargo, no era el mismo que antes, pues aunque el miedo del porvenir se hubiese agravado, había en aquella pobre alma una angustia menos, la angustia de las soluciones vergonzosas que por un momento había adoptado para salir del apuro. Ahora estaba segura de que no haría nada para impedir que viniera al mundo el niño que debía nacer. No consideraba esa resolución como una victoria sobre sí misma, sino como una necesidad á la que era incapaz de sustraerse. Tampoco escaparía á la cólera de Cristián por medio de un fraude, pues, decididamente, no podía reducir su alma á semejantes inmoluciones. Y al comprender todo esto, se sentía menos desesperada.

Miró á Martina y vió en sus ojos tan ansiosa piedad, que le ofreció la mano:

— Usted es buena y adicta, Martina. Gracias.

La doncella apoyó la frente en la ardorosa manita de Marta.

— ¡Oh!... ¡Quiero tanto á la princesa!... ¡Y he tenido tanta pena!...

— ¿Por qué, Martina?

Martina vaciló:

— Porque la princesa no quería cuidarse... Y yo querría cuidar á la princesa para que todo pasara con felicidad...

Estas palabras evocaron en la mente de Marta el acontecimiento mirado por primera vez como rea-

lizable: ser madre... Teniendo á su lado aquella alma adicta, dar la vida á una criatura... Y el irresistible atractivo que esa idea ejerce en el corazón de las mujeres, la conquistó y le hizo olvidar un momento el peligro que la maternidad tenía para ella. Cansada de sufrir, soñó con la posibilidad de la dicha. Y Martina, que seguía esos pensamientos en las facciones y en los ojos de su señora, murmuró:

— ¡Es tan dulce!... La princesa verá... ¡Es tan consolador el ser... (vaciló otra vez y dijo al fin muy confusa :) el ser una mamá!

Marta se incorporó un poco:

— Dice usted eso, Martina, como si lo supiera por experiencia.

— Sí, princesa, lo sé por experiencia.

— ¡Cómo! ¿Tiene usted un hijo?

— Lo tengo.

— ¿De su amante de usted?

— No tengo amante.

— Entonces...

— He amado á un hombre con quien debía casarme.

— ¿Y la abandonó á usted cuando la vió madre?

— No... Era un hombre honrado... Quería sinceramente casarse conmigo y habíamos fijado la fecha... Desgraciadamente, murió antes...

— Perdón, Martina; le estoy dando á usted pena...

No me tenga usted rencor... ¡Soy tan desgraciada!... No sé ya lo que hago...

— ¡Princesa!...

Y, tímidamente, Martina apoyó los labios en el cuello de Marta. Fue aquel un beso ligero y humilde, el beso de un creyente á la reliquia venerada; pero su tímida dulzura descendió como un fresco rocío hasta el corazón angustiado de la patricia.

— Martina, murmuró, pongo en usted toda mi confianza y la quiero mucho.

Marta quería hacer una pregunta y no se atrevía... Por fin se decidió:

— ¿Quiere usted, si no le da mucha pena, contarme la historia de ese niño?

— Ciertamente, pero la princesa vá á encontrar que esa historia carece de interés... En fin, esta es... Soy de un pueblo que se llama Gizy. Mis padres eran labradores bastante acomodados y me educaron para ser institutriz. He hecho mis estudios en la escuela normal de la provincia.

— ¿Qué estudios?

— Todos los estudios primarios.

— ¿Ha sufrido usted, entonces, exámenes?

— Claro está. Tengo los dos títulos y lo que se llama certificado de aptitud pedagógica.

— ¡Es usted muy instruida, entonces!..

— ¡Bah! Todo eso no supone mucha ciencia, dijo Martina sonriendo. Me gustaba estudiar, y creo que, si las circunstancias lo hubieran permitido, hubiera

hecho mi camino en la enseñanza. Por desgracia, mi padre murió y mi madre se dejó explotar por un mayordomo que acabó por casarse con ella, por lo que yo no me encontraba á gusto en mi casa. Cuando fui nombrada maestra auxiliar en Ricant, me consideré como huérfana y me hice cuenta de que no tenía á nadie en el mundo. En la escuela de niños había un maestro joven...

— ¿Y le hizo á usted el amor?

— Nos veíamos todos los días, y en aquella población obrera éramos los únicos que se ocupaban en cosas intelectuales.

— ¿Era guapo? preguntó Marta. Y en seguida conoció la necesidad de su pregunta.

— No era uno de esos hombres á quienes las mujeres se disputan. Era un poco más bajo que yo, robusto y grueso. Pero yo le amaba porque era la bondad y la rectitud personificadas. Creo que hubiéramos sido muy felices.

Se calló unos instantes y por detrás de sus ojos pasó una nube que ella, por un esfuerzo, impidió que se resolviera en lágrimas. Marta sintió un extraño deseo de acariciarla y consolarla como ella la había acariciado y consolado.

Martina siguió diciendo:

— Cuando no hacía un año que estábamos juntos en Ricant resolvimos casarnos en cuanto mi futuro fuese nombrado maestro de segunda clase, lo que debía suceder dentro de uno ó dos trimestres...

Como no teníamos nada ni el uno ni el otro, había que pensar en los gastos de un matrimonio.

« ¡ Los gastos de un matrimonio ! ¿ Cuesta dinero el casarse, aunque se sea pobre ? » pensó Marta, sin hacer la pregunta. La princesa escuchaba á Martina con lástima y curiosidad, asombrada por la revelación de aquella vida sentimental en el alma de una criada. Había estado siempre convencida de que « esa gente », como su madre los llamaba, formaban una tropa inferior y hostil de seres sin conciencia, sin honor y sin sensibilidad, que sólo pensaban en atrapar dinero, en trabajar lo menos posible, y en hacer daño á los amos. La vida entre ellos era la licencia de los animales, sin ningún freno, y pasaban cosas sin nombre en las boardillas donde la costumbre los aloja. Pero eso no tenía importancia, puesto que eran de otra raza.

— ¿ Y entonces?... dijo Marta mirando á Martina como si la descubriera por primera vez á través de su cara y de sus palabras.

— Entonces... nos amamos mucho, como dos esposos. Las escuelas estaban próximas y Antonio venía á mi casa en cuanto la noche lo había dormido todo en la aldea... En el mes de febrero eché de ver que estaba en cinta y los dos nos alegramos puesto que íbamos á casarnos y á cambiar de residencia. Pero (Martina bajó la voz y terminó su relato sin énfasis alguno, sino con dolorosa sencillez), en la primavera, Antonio cogió un catarro que pronto se convirtió en bronquitis. La señora princesa puede comprender que prescindí entonces de las conveniencias y me fui á cuidarle en su casa como una mujer cuida á su marido... Murió en mis brazos y los médicos vieron entonces que lo que había tenido no era bronquitis, sino la fiebre tifoidea.

— ¿ Y no se casó con usted antes de morir ?

— Su fin fué muy rápido. Y cuando yo supe que se moría, no pensé en nada más que en estar á su lado.

El silencio reinó de nuevo en el cuarto. Marta no pensaba ya en sus terrores y se poseía con una gran fuerza imaginativa de la trivial historia que Martina acababa de contarle. La doncella continuó :

— Cuando todo acabó, caí enferma á mi vez... y me cuidé lo mejor que pude en Sens, pues quería vivir para lo que vivía en mi de mi difunto marido. Apenas restablecida, hubo que pensar en el parto... y me vine á París, donde nadie me conocía... Aquí tuve un niño precioso... sí, realmente (su cara se iluminó), un niño precioso.

— ¡ Oh ! Martina, murmuró la princesa, no sabe usted lo que me interesa lo que me está contando...

— Terminado mi parto y puesto el niño en nodriza, mis recursos estaban agotados... Me era di-

ficil volver á la enseñanza, porque mi historia se había divulgado y hubiera sido mal vista por mis jefes y, acaso, por las familias. Una señora extranjera, que había ido á dar á luz en casa de la misma partera que yo, necesitaba una camarista que fuese también dama de compañía, y como pagaba tres veces más de lo que podía yo ganar como maestra, me quedé con ella en París unos años hasta que se volvió á su país. Es la única plaza que he tenido antes de venir á casa de la señora princesa.

— ¿Y el niño?

— Está cerca de Saint Cloud, en casa de una viuda muy seria que cuida de él. Es feliz como un reyecito... Nada le falta. Yo no gasto nada en mí, y la princesa es tan generosa...

— ¡ Oh! exclamó Marta dando una palmada. ¡ Ahora comprendo!... Sus salidas de usted... lo que yo creía avaricia... ¡ Qué mal la he juzgado á usted, Martina!

— Me lo figuraba y eso me daba pena. Pero me consolaba con mi Pedro, que es el que me consuela de todo.

— ¡ Ah! murmuró Marta, usted es feliz.

— No puede serlo la que ha perdido el hombre á quien amaba y á quien había consagrado toda su vida. No soy feliz, pero estoy consolada.

La princesa meditó un rato.

— Una cosa me extraña, respondió. Usted ha sido (vaciló y dijo después con una delicadeza que

ya mostraba el refinamiento de su sensibilidad) la... mujer de su marido sin recurrir al sacerdote, y yo la creía religiosa.

Martina respondió sin confusión:

— Es verdad que soy ahora bastante piadosa, pero antes de la muerte de Antonio no lo era.

— ¿Cómo es eso?

— Las alumnas de las escuelas normales son casi siempre librepensadoras. Yo no era más que indiferente y ninguna repugnancia me apartaba de las iglesias. Cuando me arrodillé al pie de la cama mortuoria de mi marido á recitar oraciones que hasta entonces me habían parecido solamente lindas amplificaciones poéticas, la necesidad de esperar que volvería á ver al que había perdido ó, al menos, que su pensamiento se comunicaría alguna vez con el mío, me infundió el deseo de ser creyente... y lo he conseguido.

— No se cree así, á voluntad, respondió la princesa.

— Puede ser, cuando se es muy fuerte y muy dichoso. Pero una pobre mujer abandonada no tiene que sostener grandes luchas para refugiarse en la oración y en la fe, puede usted creerme.

— Yo no creo en nada, dijo tristemente la princesa.

Echó entonces, por instinto, una mirada hacia sus adentros y tan negro le pareció su destino, que adivinó con apasionada sinceridad la suerte de la

humilde muchacha que acababa de contarle su juventud. Y se atrevió á decirselo, hasta tal punto agonizaba su vanidad :

— La vida ha sido cruel para usted, pero tiene usted un hijo que la consuela.

Con un ademán vivo y gracioso, Martina se acercó al oído de su señora :

— Señora princesa, sólo depende de usted el tener también ese consuelo.

— No, yo no puedo ser madre. Ya conoce usted al príncipe : si no me mato antes de que sepa la verdad, me matará él...

Martina no respondió y se quedó pensativa. Como la princesa, no veía salida para aquella situación. Durante algún tiempo, señora y doncella permanecieron inmóviles deteniendo en el mismo obstáculo el esfuerzo de su pensamiento. Martina cerró el conmutador y sólo dejó encendida una lamparilla velada de azul. El opaco silencio de las altas horas de la noche pesaba sobre el castillo y sus alrededores. El ruido de la lluvia había también cesado.

Vuelta al lado de su señora, Martina arregló las ropas de la cama y mulló las almohadas. Cuando todo estuvo en orden, se arrodilló sencillamente á la cabecera y se quedó inmóvil con la frente oculta entre las manos. Marta no tuvo que preguntarle qué hacía porque lo adivinaba.

« Está rezando... por mí, sin duda, la pobre mu-

chacha... ¡ Ay ! las oraciones no son más que sueños y cosas en el aire. La vida es mala y no la guía nada inteligente fuera de nosotros... »

Sin embargo, la presencia de aquel ser humano prosternado al lado suyo y cuyo pensamiento intentaba apaciguar el rigor de la suerte, producía en ella un singular efecto de pacificación. Sus nervios, menos irritados, cesaron de impedirle dormir y Marta cayó en un sueño de olvido entrecortado de cortos insomnios.

La última vez que tuvo conciencia de despertarse así vió penetrar el alba por los intersticios de las cortinas.

Martina no estaba ya arrodillada. Se había sentado junto á la cama, pero sus ojos vigilantes estaban abiertos y sus labios se movían como si siguiese rezando.

A la misma hora y en el amanecer brumoso, pero sin lluvia, que despertaba á París, las ventanas del hotelito en que vivía Magdalena en la calle de Offemont casi en la esquina de la de Prony, presentaban sus persianas de hierro herméticamente cerradas, excepto un tragaluz del piso tercero, habitación, sin duda, de la criada á quien estaba encomendada la guarda de la casa. En efecto, una doméstica bastante linda salió del hotel, con la cabeza cubierta con una toquilla de lana, observó los alrededores y tomó por una calle próxima, en la

que estaban las escasas tiendas del barrio. Poco después volvió trayendo algunas provisiones en una red. Y el hotel mostró de nuevo su aspecto de tristeza y sus persianas cerradas.

Sin embargo, el hotel vivía bajo sus apariencias de silencio y de sueño. Por la fachada opuesta, que daba á un jardinito de muñecas lleno de crisantemos y de dalias, se veía abierto de par en par el saloncillo contiguo á la alcoba de Magdalena.

En el momento en que el primer rayo de sol alegró el saloncillo estaba Magdalena desayunándose con un convidado que á primera vista parecía una mujer, pero que no era otro que Remigio Lasserade cubierto con un peinador de Magdalena, que sentaba perfectamente á su fisonomía imberbe y á sus cabellos rizados. El día antes, al cerrar la noche, el joven se había metido en el hotel después de asegurarse de que nadie le veía. Á la madrugada, Magdalena, inquieta por Cristián, aunque sabía que estaba en las Tachoueres, intentó despedir á su huésped, pero el obstinado paje declaró que no tenía gana ninguna de pasearse por el parque Monceau á las cuatro de la madrugada, con aquel tiempo húmedo, y cuando sería, acaso, imposible encontrar un coche, y que, por otra parte, se encontraba muy bien y estaba resuelto á no marcharse hasta el día siguiente después de haberse desayunado, y aun esto no lo prometía. Magdalena, divertida y enamorada, había cedido.

¿Cómo resistirse á aquel chiquillo perverso y gracioso, tan fecundo en ocurrencias como en caricias y al que empezaba á querer con la fuerza de una voluptuosa á punto de llegar á la cuarentena? Sí, aquella vez amaba, no sólo con el deseo, sino con una extraña y apasionada ternura. ¡Si ella hubiera podido! ¡Si él hubiera querido! Por su mente cruzaban ensueños que á ella misma la asombraban y que no confesaba á Remigio temiendo la ironía con que él profanaba inexorablemente toda frase sentimental. ¡Irse á vivir juntos en el extranjero, aunque no fuese más que un año, lejos de la tiranía de Cristián y del bullicio parisiense! ¡Vivir juntos, como aquella noche en la blanca alcoba, que nunca había abrigado una Magdalena tan enamorada, y como aquella mañana, en comidita de amantes con ese paje delicioso, apenas menos lindo que una mujer, tan ingenioso, tan perverso, y tan bravo al mismo tiempo, pues no ignoraba los peligros de aquella cita!

Magdalena pensaba estas cosas indecisas, grave á pesar de su esfuerzo por parecer alegre, y contemplaba á aquel niño disfrazado comiendo tostadas y mirando distraidamente al jardín. La noche no había siquiera impreso la menor señal de fatiga en torno de los ojos azules de Remigio, mientras que ella observaba con espanto, en un espejo próximo, la imagen marchita de sus facciones. Remigio soltó de repente una careajada de colegial.

— Oye, Magda...

— ¿Qué?

— Estoy pensando en la cara que pondría el reitre si nos viera aquí, desayunándonos juntos, tranquilamente, cuando él nos cree á doscientas leguas el uno del otro. De fijo le daba un ataque.

— ¡Oh! No te rías, te lo ruego, porque no tiene nada de gracioso. Yo temo siempre verle surgir á nuestro lado ó saltar las tapias del jardín para caer sobre nosotros...

— ¡Envíale á paseo de una vez!

— ¡Si pudiera! murmuró Magdalena... Pero me mataría en el acto.

Y añadió en voz más baja, besando el brazo de Remigio, descubierto por el peinador:

— Y ahora que te tengo, no quiero morir.

— ¡Oh! Magda, nada de tercer acto, ¿eh?

Magdalena trató de reír, aunque descorazonada por aquella burla, pues sus palabras habían sido sinceras. Y durante un largo rato siguió examinando al encantador andrógino, ya distraído en seguir las idas y venidas de una muchacha en el jardín contigo.

« Así es, pensó Magdalena tristemente... Todas las mujeres le atraen y todas son juguetes para él. Yo no soy, como Marta, tonta y sin temperamento, y, sin embargo, no soy para él más que Marta. »

Remigio se levantó y estiró su esbelto talle en el peinador, divirtiéndose con su papel de mujer de-

lante de Magdalena, que trataba de sonreír, aun teniendo el corazón oprimido. Pero la puerta del saloncillo se abrió de repente y apareció la doncella muy pálida.

— ¿Qué hay, Francisca?

— Señora... El príncipe está ahí.

— ¡El príncipe! balbució Magdalena.

Y por un movimiento instintivo se puso delante de Remigio como para protegerle.

— ¡Adelante, príncipe!... dijo éste en tono bufón.

— ¡Supongo que no le ha dejado usted entrar! dijo Magdalena.

— ¡Oh! no, señora condesa. El príncipe no ha llamado siquiera. Está en la calle de Prony acechando el hotel.

— ¿Está usted segura de que es él?

— Enteramente segura. Le he visto desde mi cuarto.

— ¡Dios mío! ¿Qué hacer?... No se ría usted, Remigio; me pone usted nerviosa. Parece que no sabe usted lo salvaje que es Cristián...

— Francisca, dijo Remigio á la doncella, nos va usted á dejar subir á su cuarto. Quiero darme el gusto de ver al reitre hacer la centinela. ¡Vamos, Magda! ¡No ponga usted la cara de tercer acto! Subamos al cuarto de Francisca. ¡Marchen!...

Y enlazó alegremente por el talle á Magdalena, cogió de un brazo á la doncella y las obligó á subir

al último piso, donde vieron, por el tragaluz, la alta estatura del príncipe de Erminge paseándose por la acera de la calle de Prony y mirando al hotel como si quisiera penetrar con los ojos el secreto de sus muros.

Cristián, perseguido por los celos, había, en efecto, salido de las Tachoueres al amanecer, después de aquella noche en que encontró á Marta delante del cuarto de Magdalena. Sus celos no provenían de meditaciones ni deducciones. Había tenido, simplemente, al despertarse, un acceso más intenso de desconfianza. « ¿Si á pesar de todo me hubiera mentido?... ¿Si estuviese en París?... » Y como esa idea le era insoportable, quiso cerciorarse por sí mismo, tomó el primer tren y llegó á París en la misma mañana. La vista del hotel, cerrado y silencioso, le tranquilizó un poco, pero su duda, sin embargo, no le abandonaba. « Si Magdalena está ahí, es evidente que se oculta... Las persianas cerradas no prueban nada. » Había, sin embargo, un medio muy sencillo de saber la verdad: llamar, dar un empujón á la doncella y registrar la casa. Pero como, en el fondo, temblaba ante Magdalena, que era indispensable para su vida, y le espantaba la amenaza de un rompimiento ó, siquiera, de un enfado, no se atrevió á hacerlo y se contentó con aquel acecho de polizonte. Magdalena y Remigio le espiaban desde el cuarto de Francisca y le vieron hacer varias veces el ademán de oprimir, de estru-

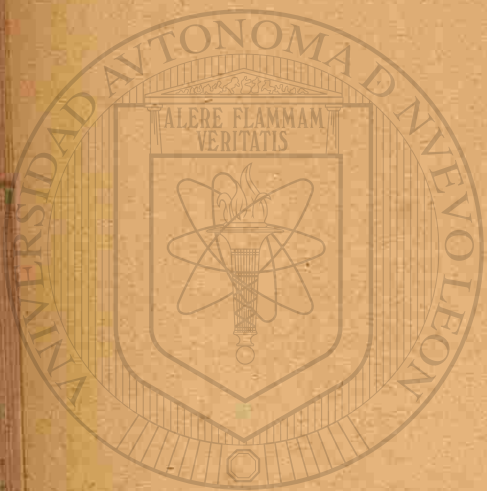
jar una cosa con las manos. Magdalena conoció aquel gesto y se estremeció, pues significaba, sin duda, lo que haría con un rival si le cogía á su alcance.

El príncipe de Erminge estuvo todo el día en acecho y poco á poco se fué calmando su extremada excitación. Aquel organismo poderoso y simple se llenaba de bienestar y volvía á la confianza tan ardentemente como caía en los celos. Magdalena no había mentido, luego le era fiel. Y el príncipe deseaba verla y pedirle perdón por sus dudas... El día se pasaba y, á pesar de todo, el príncipe no podía decidirse á abandonar su puesto de espía. Llevaba diez y ocho horas sin comer ni beber y no tenía hambre ni sed. Solamente una ligera jaqueca empezaba á golpearle en las sienas. Cuando se empezaban á encender los faroles se colocó enfrente del hotel y con sus ojos penetrantes y seguros de cazador, que jamás se engañaban, examinó la fachada. Las ventanas seguían á oscuras. De repente brilló una lámpara detrás de un tragaluz del tejado. « El cuarto de Francisca » pensó Cristián, y siguió en su puesto. La jaqueca se iba agravando. El príncipe creía á Magdalena ausente, pero ya no se alegraba, pues se sentía como desamparado y vergonzoso del papel que estaba haciendo. Pensaba en toda aquella orgullosa, brutal y dichosa raza de los Ermingen, que no pensaba más que en dar batallas, quemar pueblos, violar mujeres y dar y recibir golpes. Se

encontraba incómodo en las costumbres de parisiense del gran mundo como en un traje estrecho. Entre tanto cerró la noche y Cristián vió apagarse el tragaluz. En seguida se abrió la puerta del hotel y apareció la misma doméstica de por la mañana, muy cubierta con el sombrero y el velo. « Es Francisca, que se aprovecha de la ausencia de su ama para ir á ver á algún amante », pensó... Quiso llamarla y preguntarle á quemarropa: « ¿ Está la condesa?... » Pero tampoco se atrevió entonces. La muchacha, que iba de prisa, estaba ya volviendo la esquina de la calle. Cristián, entonces, se decidió á abandonar su centinela, tomó un coche y se hizo llevar á su casa. No tenía más que el tiempo justo para vestirse, pues aquella misma noche salía para Saint-Clair, donde iba á cazar unos días con los Destreux.

¡Si hubiera sabido!... ¡Si hubiera sabido que todo aquel día su querida y el rival de quien sospechaba le habían pasado en caricias, que la certeza de ser espiados y el miedo al peligro hacían ser más apasionadas, más locas y más intensas!... ¡Si hubiera oído sus frases, en las que siempre figuraba su nombre y su apodo!... ¡Si hubiera adivinado que aquella doncella tan presurosa y tan tapada era Remigio, que, muy gozoso con hacer al príncipe aquella jugarreta, se moría de risa contoneándose en las faldas de Francisca!... ¡Si hubiera visto, en fin, á Magdalena, no satisfecha

con todas aquellas horas de lo que Remigio había llamado amor celular, ponerse con una especie de frenesí el traje que el joven había tenido puesto, y besarse los brazos, para respirar todavía al ausente!...



TERCERA PARTE

La « cuadrilla » había dejado las Tachoueres para volverse definitivamente á París, y unos días después, Marta y Martina, en un cochecillo automóvil alquilado para la tarde, subían lentamente la cuesta á cuyo extremo está Saint-Cloud. La princesa y su doncella gozaban juntas del tardío buen tiempo y la silueta sencillamente adornada de Martina tenía un buen aspecto, que se la hubiera podido creer, realmente, una amiga de la elegante mujer del gran mundo. Las dos hablaban con animación : Marta menos ansiosa y con la expresión menos extraviada que en los últimos días que pasó en las Tachoueres; Martina tan seria como siempre y prodigando á su señora muestras de sumiso cariño. Marta hacía incesantes y precipitadas preguntas, y Martina respondía con su voz grave y precisa, sin

vacilaciones ni impaciencias... Desde la memorable noche en que una especie de confesión recíproca redujo la distancia social entre las dos mujeres, la princesa no se cansaba de registrar el libro abierto de aquel corazón, tan asombrada como una aristócrata rusa de principios del siglo pasado á quien hubieran asegurado que sus siervos tenían alma, pasiones, amores y sentimientos de cariño ó de abnegación. La princesa no se daba cuenta de que al preguntar á Martina pensaba en sí misma, ni de que al querer saber lo que había sufrido y lo que había hecho, meditaba sobre sus propias miserias y buscaba una regla de conducta. Seguramente, su orgullo se resistía aún y se negaba á reconocer esa especie de enseñanza dada por una simple doncella de servicio y la superioridad de esa sirvienta. Y algunas veces, cuando el hecho se le imponía, su orgullo replicaba con frases legadas por la señora de Gudere:

« Todo eso no es más que farsa. Esa gente no tiene ni la misma piel, ni el mismo estómago, ni el mismo corazón que nosotros. ¿Por qué han de tener los mismos deberes y la misma conciencia?... »

Á pesar de esas alarmas de falsa vanidad, la influencia de Martina iba penetrando en la princesa hasta el punto de que ya no podía pasarse sin ella y no sabía salir más que en su compañía.

El coche iba entonces rodando sin ruido, como

movido por una fuerza mágica, á través de un bosque claro, en el que el sol daba fulgores rojizos á un lado de los troncos y de las ramas.

Marta puso una mano sobre la de Martina.

— Quisiera hacer á usted una pregunta.

Martina indicó que estaba escuchando.

— Pero no quisiera dar á usted pena ni ofenderla..

— La señora princesa puede preguntarme cuanto quiera.

— Pues bien... ese niño... Pedro... su hijo de usted... ¿qué apellido lleva?

Marta respondió sin vacilación:

— El mío; Pedro Lebleu... Todo lo que yo podía darle era mi nombre, pues, naturalmente, yo le reconocí en cuanto nació.

— ¿Y cuando sea mayor?...

— Y bien...

— Cuando sea mayor, y pregunte... y comprenda las cosas...

— Entonces le contaré lo que pasó; que amé á su padre en una época en que el matrimonio no me parecía más que una formalidad civil que se podía demorar si convenía... que su padre murió antes de haberse casado conmigo... y que después he adquirido ideas religiosas... Yo sabré convencerle de que sus padres eran honrados y han obedecido siempre á su conciencia, y estoy segura de que lo comprenderá y seguirá queriéndome...

— ¿Es inteligente?

— Mucho, como su padre.

— Y como usted; porque usted es inteligente, Martina.

— No, señora princesa. No tengo más que afición al estudio, y desde que mi trabajo no me deja tiempo para leer, no sé ya gran cosa.

Atravesaban Saint-Cloud y siguieron andando por el campo. Martina consultó un relojito de plata que llevaba pendiente de una cadena, y dijo:

— Dentro de un cuarto de hora estaremos en casa de mi hijo.

Y, con la mirada fija en el camino, parecía acchar la aparición de la casita ó, acaso, la llegada inopinada del niño. La intensa alegría de verle la absorbía de tal modo, que en aquel momento no pensaba ciertamente en su señora, y esa alegría, que iluminaba sus ojos y daba un poco de color á sus mejillas, infundía cierta belleza á aquella fisonomía tan ingrata. Marta experimentó un mal sentimiento y detestó aquella alegría que contrastaba con su dolor atroz y sin remedio. En poco estuvo que cambiase de parecer y ordenase al conductor que volviese á París... Unos días antes así lo hubiera hecho. ¡Cuántas veces se había complacido en contrariar en el último momento lo que ella creía las citas de Martina!... Aquel día no se atrevió, contenida por un sentimiento de pudor más que de generosidad. Temió que Martina la juzgase

una vez más como tantas veces había debido juzgarla.

Una nueva cuesta y el coche se detuvo delante de una casa vieja y bastante rara: tapia baja con una puerta de hierro y un edificio de un solo piso, sin ventanas al camino. Enfrente y á los dos lados, el campo, de tal modo que la casa hubiera estado aislada si un grupo de edificios nuevos, como una granja modelo, no hubiera estado detrás como protegiéndola. El jardinito contiguo dejaba ver las copas de unos cuantos árboles frutales, y en el patio se veía un olmo desmesurado, uno de esos olmos tres veces centenarios que se conservan en los alrededores de París y que daba sombra á la casa enana.

Al detenerse el carruaje se oyó ruido en el patio y una voz de niño gritó: « ¡Madrina... llega gente en coche!... » Después, una carrera hacia la puerta, una cabeza rizada, una gran frente y unos ojos iguales á los de Martina en un mocito que se empuja por la reja de la puerta. Y, en seguida, una exclamación de alegría:

— ¡Oh! ¡Mamita! ¡Mamita!

Los tiernos dedos del niño se batían nerviosamente con el cerrojo y con la llave y triunfan al fin... y mientras sale de la casa una mujer de pañuelo á la cabeza con una espumadera en la mano, el niño, sin ocuparse de Marta, pues veía pasar

continuamente hermosas señoras en automóviles, se lanza hacia Martina, la abraza y se la come á besos gritando :

— ¡ Mamita ! ¡ Mamita está aquí !

— Vamos á ver, Pedro... Pedro, querido mío, te lo ruego, sé razonable... Saluda á la señora princesa...

Al oír aquel título de princesa, el niño, que estaba en pie en el estribo del coche, se quedó suspenso y miró á aquella señora, de la que había oído hablar á su madre y á la vieja del pañuelo, la cual, después de dejar la espumadera y de ponerse de prisa un delantal, se acercaba haciendo cortesías y gestos.

— Buenas tardes, señora princesa, dijo Pedro con seriedad.

— Buenas, hijo mío, respondió Marta, ya más contenta. Y añadió dirigiéndose á Martina:

— ¿ Quiere usted que bajemos ? Estoy un poco cansada.

Martina se apeó la primera y ayudó á bajar á la princesa... Y disipado ya su mal humor por la novedad de lo que estaba viendo y por el gusto de hacer algo que no hubiera sido dispuesto por Magdalena y su « cuadrilla », Marta penetró en el patio, al que el olmo gigantesco daba ya una sombra de crepúsculo.

Aquella tarde debía quedar para siempre en la

memoria de la princesa como una de esas fechas memorables á las que vuelve después el recuerdo como á una Jerusalén lejana, sorprendido por haber encontrado entonces en sí mismo la facultad de comprenderlo y de sentirlo todo. ¿ De qué provienen esas horas ? ¿ Es de la influencia del lugar ó de las circunstancias ?... El lugar, aquella vez, no tenía nada de extraordinario. En aquella casa de aldeanos no había más que dos piezas y un desván. Una de ellas servía de cocina y de comedor y en la otra estaban las camas de la anciana y de Pedro. Al introducir á Marta en la segunda pieza, cuyas paredes ostentaban litografías piadosas, la vieja se confundía en excusas : « Aquí no tenemos salón... Esto no es tan hermoso, de seguro, como la casa de la señora princesa... Nosotros vivimos como campesinos... » Tanto cansaba á Marta con sus excusas, que Martina la hizo marcharse á la cocina con orden de preparar el te.

Marta, el niño y su madre se quedaron en la otra pieza, cuyas ventanas, muy altas como las de todas las antiguas casas rurales, dejaban entrar muy poca luz. La princesa se puso á mirar al niño, que no cesaba de acariciar á Martina, y toda su tristeza cedió ante aquella irresistible seducción. Pedro estaba alto para sus ocho años. Tenía la misma estatura de Martina, la misma finura de pies y de manos y los mismos ojos. Pero mientras las facciones irregulares y el cutis borroso de la madre le daban

tan sólo una fealdad agradable y una fisonomía interesante, el hijo tenía un fino cutis, algo moreno, y las facciones mejor dibujadas que se pueden imaginar. El cabello, de un color castaño casi rubio, era recio y naturalmente undulado. Estaba vestido con cuidado, casi con esmero, con un traje de paño negro con puntitos blancos y un gran cuello á la marinera perfectamente limpio. Tenía ese aspecto inglés que se da á los niños parisienses y que ellos pierden siempre antes de los veinte años.

Martina, rodeando con el brazo el cuello de su hijo, se puso á hacerle preguntas, á las que el niño respondía sin cortedad al relatar su vida de escolar. Marta, entre tanto, miraba con curiosidad á aquella Martina nueva, que no era ya la dócil doméstica de costumbre, sino una Martina libre, responsable y que afirmaba con desembarazo su personalidad. En cambio Marta experimentaba cierta molestia, no por estar en casa de personas inferiores, sino por encontrarse en aquel ambiente sano, por sentarse entre aquel puro niño y aquella madre honrada, estando ella cargada de tantas tachas morales, conocidas por Martina. Al oír á la madre y al hijo y al escuchar á aquella anciana que movía las tazas en la pieza inmediata con torpe precipitación, Marta no tenía más que este pensamiento:

« ¿Y yo?... ¿Y yo?... »

Su propia vida se le aparecía como algo penoso

que era preciso esconder. ¡Qué vida! ¡Y relacionada con qué vidas! ¡Cristián, Magdalena, la de Ars, Apístrol! ¡Qué despreciables muñecos! La bajeza fundamental de aquella gente le repugnaba entonces y no quería pensar en ella. Para evitarlo, recurrió al niño.

— ¡Qué guapo es! dijo á Martina.

— Es favor que le hace la señora princesa.

Alegre y embellecida por su alegría, Martina se levantó, hizo que su hijo se acercase á la princesa y se le confió mientras ella iba á ayudar á la anciana. Marta se quedó sola con Pedro y de nuevo experimentó el extraño sentimiento de que no era digna de representar, ni interinamente, aquel papel maternal, y de que Martina le hacía una especie de favor confiándole su hijo.

Pedro se atrevió á decir:

— Señora...

— ¿Qué, hijo mío?

— ¿Es usted la señora de mamá, no es verdad?

Marta se ruborizó, alegrándose de que nadie más que ella hubiese oído aquella pregunta, y respondió:

— Tu mamá trabaja en mi casa, sí, querido.

Y muy cortada ante aquellas claras pupilas que la observaban, añadió para disminuir las distancias:

— Yo quiero mucho á tu mamá.

— Entonces, dijo Pedro, déjela usted que venga

á menudo... y puede usted venir con ella, si quiere, añadió con la seriedad de un jefe que concede un favor.

— Eso es, vendremos con frecuencia las dos.

Marta contemplaba con envidia y amor aquella fresca fisonomía, aquellos ojos claros y habladores y aquella boca que evocaba la imagen de las flores de pulpa abundante, como las magnolias y los lirios. « ¡Qué feliz es Martina, pensaba, que tiene quien la ame! ¡Á mí no me quiere nadie!... »

Acercó la boca á los finos cabellos del muchacho y dijo casi humildemente:

— Tienes que quererme un poco á mí también.

— Creo que la querré á usted pronto, respondió Pedro. Es usted muy linda, pero parece usted triste. Mamita no es así.

Martina y la anciana, que volvían con una bandeja llena de tazas, libraron á Marta del apuro de responder. Tomaron el te, y Pedro ayudó á Martina, que servía sin obsequiosidad, como una verdadera ama de casa. Las dos mujeres hablaban más familiarmente en aquella ocasión en que las condiciones de señora y criada estaban suspendidas. Y el niño, que iba de la una á la otra, las aproximaba más todavía. Hubo un instante en que Marta pensó: « ¡Si mi madre me viera! » pero lo pensó con ironía y con sincero desdén hacia la pueril manía aristocrática de la señora de Gudere... Pedro, familiarizado ya con la princesa, se puso á detallarle

todos los objetos de la casa, todos sus juguetes, todos sus libros. Su madre le acariciaba y le decía:

— Querido mío, deja un poco en paz á la señora princesa; la estás molestando.

— ¿Verdad que no, señora princesa? preguntaba el muchacho.

— No me molestas nada, hijo mío.

— Entonces venga usted á ver el gran olmo.

Para complacerle, hubo que ir á visitar el árbol venerable, que parecía un gigantesco dios rústico, guardián de la casa y del hogar. La anciana, que andaba dando vueltas alrededor de un gallinero instalado en el rincón del patio, vino sin que nadie se le rogase á contar con todos sus detalles que aquella casa era la morada paterna del propietario de la granja modelo y que no la derribaba por respeto á la cuna de su familia. « Se llama el señor Dufour », dijo, y añadió:

— La señora princesa le conoce, sin duda.

— ¿No tiene usted un árbol como éste en su casa, señora princesa?

Marta, riendo, confesó que no.

— Yo, dijo Pedro, no querría vivir en una casa que no tuviese árboles alrededor.

La campana de la granja modelo se puso á repicar largamente.

— ¡Las seis! dijo Pedro. Es el fin del trabajo en la granja modelo y la cena, señora princesa. Nos otros no cenamos hasta las siete.

La princesa murmuró :

— Tendremos que volvernos á París.

— ¿Digo al conductor que se prepare? dijo Martina.

Marta respondió que sí con una seña. ¡Oh! ¿Cómo execraba la necesidad de volver á aquel París, donde le parecía que se iban á apoderar de ella otra vez sus atroces terrores! Ya silenciosa, se apartó y dejó que Martina se despidiera de Pedro, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Cuando subían al coche, el niño le presentó la frente.

— ¡Adiós, señora princesa!

Marta le besó ligeramente evitando el enterrecerse :

— Adiós, querido.

Y se marcharon.

Cerró la noche, una noche tranquila de luna, salpicada de blancas y pacíficas nubes. El coche eléctrico bajaba á media velocidad las cuestas que conducen á París á través de los bosques, y las dos mujeres, envueltas en sus abrigos y recostadas en los almohadones del carruaje, miraban silenciosas el velo de un azul argentino que el cielo nocturno desplegaba sobre sus cabezas. La melancolía de Marta se hacía más profunda.

La princesa murmuró :

— ¡Martina!

— ¿Princesa?

— He pasado una tarde feliz. Su hijo de usted, Pedro, es encantador. ¡ Oh! Tenía usted razón; con tal consuelo se puede perdonar todo al destino.

— Sí, la princesa verá pronto lo dulce que es eso. Esos pequeños se apoderan de nosotras aun antes de nacer... Y cuando ya han nacido, cambia de un modo nuestra vida... De un modo tal, que la más miserable mujer del pueblo tiene que confesar que es dichosa. ¡Qué gozo el de olvidarse á sí misma y no vivir más que para ellos! ¡Si usted supiera! De pequeñitos son, acaso, más encantadores, cuando su boquita no sabe pronunciar las palabras y aprenden de nosotras los gestos, como unos monitos. ¿ No es realmente una dicha olvidarse á sí misma y vivir para otro ser? Cuando ya no lo refiere una todo á su propia persona, se juzga más sanamente la vida y se irrita una menos por las miserias diarias... Es como si esas miserias tropezaran con algo insensible.

— ¡Ay! murmuró la princesa. Yo acepto con alegría ser madre. Pero no depende de mí... El príncipe no me dejará libre... ¡ Oh! Martina... tengo miedo.

Y horrorizada de nuevo con la idea de la muerte, se arrimó á Martina con un ademán de niño. La doncella buscaba un consuelo ó una esperanza que darle, pero no los encontraba. El caso era, verdaderamente, inextricable.

— Lo mejor sería, dijo, que la princesa se fuese

de casa y se refugiase, por ejemplo, con su madre. Una madre es siempre indulgente.

Marta movió la cabeza.

— Mi madre no es como las demás y no querría recibirme en tal estado... Antes se pondría de acuerdo con el príncipe para llevarme á mi casa. Ó inventarían entre los dos alguna cosa horrible para ahogar el escándalo. Me encerrarían en una casa de salud. Tengo miedo, Martina.

— La princesa debiera consultar al señor de Pefaut.

— ¿ Á Jerónimo? ¿ Para qué?

— El señor de Pefaut es bueno, de confianza y muy adicto á la princesa. Además es inteligente, conoce el derecho y tiene autoridad para defender á los que ama.

— Sí, murmuró Marta... Á Jerónimo se le ocurriría acaso...

¿ Qué se le podía ocurrir? ¿ Tenía el caso algún remedio?... ¡ No importa! En las horas desesperadas todo lo que sea hacer algo parece más soportable que esperar los acontecimientos.

— ¡ Martina, dijo Marta, vamos á verle en seguida!

— ¿ Á esta hora?

— No son las ocho y le encontraremos en su casa, seguramente.

— La princesa tiene razón. Vamos ahora mismo y así dormirá más tranquila.

Llegaban á la puerta del Bosque y Martina dió las señas al conductor.

— Si me acompañase usted á casa de Jerónimo, tendría más valor, dijo Marta.

— La princesa no necesita tener valor. El señor de Pefaut será feliz ayudándola. Es fácil echar de ver la amistad que tiene por la princesa.

« ¿ Será verdad? pensó Marta... ¿ Tendrá Jerónimo alguna inclinación hacia mí?... »

Marta le había considerado siempre como un contemporáneo de sus padres y nunca se le había ocurrido que Pefaut pudiese ver en ella más que una amiga frívola y divertida.

Las dos mujeres se quedaron calladas. El coche recorría los Campos Elíseos para dirigirse á los Inválidos. La carga de electricidad de los acumuladores se iba agotando y las ruedas giraban dulce y silenciosamente.

Vivir, á los cuarenta años, en la casa en que se ha nacido y no haber tenido en París otro domicilio, fuera de los años de colegio, es un caso bastante raro entre los parisienses, que, según la estadística, se mudan, por término medio, tres veces cada diez años. El barón de Pefaut debía esa estabilidad excepcional á varias causas. En primer lugar, el hotel de la calle de la *Université*, dividido ya en departamentos y en el que el barón ocupaba el piso tercero, era suyo en propiedad. Como

vivió con su madre hasta la muerte de ésta, no se había casado. En fin, los sucesos de la vida le habían incitado á replegarse en sí mismo, inclinado al retiro y héchole odiar los cambios. Fué doctor á los veinticinco años y soñó con ser al mismo tiempo un médico práctico y un sabio de laboratorio. Pero firmaba sus folletos y sus artículos : el barón de Pefaut. Y cuando iban á buscarle para un enfermo y preguntaban si estaba el doctor, el criado respondía : « El señor barón está en casa. » No era Jerónimo de los que fundan en su nacimiento una vanidad desmesurada, pero juzgaba pueril y pusilánime el llamarse de otro modo que sus padres. Resuelto, pues, á no abdicar su título y á no aislarse de las personas de su clase, era, sin embargo, demasiado perspicaz para no notar que los sabios le miraban como un aficionado distinguido y los aristócratas como un amable original, muy inteligente, que tenía la extraña manía de trabajar. Cuando se dió bien cuenta de esto, no insistió contra el destino y se refugió en su casa. Dejó entonces de practicar la medicina y se dedicó á las cuestiones en que hoy brillan los modernos biólogos alemanes, químicos y filósofos al mismo tiempo. Por otra parte le preocupaba el problema de una moral científica. Hijo librepensador de una madre piadosa, echaba de ver el peligroso vacío que deja en las costumbres la supresión de la fe... y deseaba unir su nombre á una doctrina moral capaz de llenar ese

vacío. Como esas preocupaciones no son corrientes, destierran á los que las tienen á una especie de islote poco accesible. Pefaut vivía, pues, separado intelectualmente del gran mundo, pero le frecuentaba y tomaba parte en sus diversiones, porque era donde encontraba más elegancia y urbanidad y donde se sentía más á gusto. La severidad puritana de su vida no le impedía, por otra parte, el hacer preciosas observaciones sobre lo que llegan á ser las costumbres de una clase social que se erige en defensora política de determinada religión, sin observar en la práctica el estricto contrato de moralidad que esa religión impone.

No eran todavía las ocho y media cuando Marta llamó á la puerta. Un criado muy viejo salió á abrir, arrastrando los pies, y aunque no había visto á la princesa hacía muchos años, la conoció en seguida.

— El señor barón está en su laboratorio y no recibe á nadie á esta hora. Pero á la señora princesa... Sírvase entrar la señora princesa.

Y el criado, acelerando cuanto podía sus pesados pasos, introdujo á Marta en el salón, una gran pieza de tres balcones que daban á la calle de la *Université*. Nada había cambiado allí desde el tiempo de la madre de Jerónimo y el salón ofrecía así un ejemplar bastante curioso del estilo y del gusto « segundo imperio ».

— Hacía mucho tiempo que la señora princesa no venía, dijo el criado. El señor se va á alegrar...

Marta le dejó salir sin responderle. Estaba conmovida y no era sólo por la confesión que iba á hacer. Encontrarse de nuevo en aquella casa la turbaba y la enternecía, por esa impresión irresistible que produce á nuestros nervios el encontrarnos de repente en presencia de nuestra personalidad de otro tiempo. La inmovilidad, la identidad de las cosas acentuaba esa impresión. Al lado de la chimenea vió Marta el gran sillón en que se sentaba todas las noches la señora de Pefaut, incansable lectora de memorias históricas. Marta creía ver la cara apergaminada de aquella señora, su cabello un poco amarillento partido en medio de la frente y pegado á las sienes, sus gafas de concha y sus manos finas un poco deformadas por la gota. Aunque el salón estaba alumbrado por la electricidad, la gran lámpara de aceite de que ella se servía seguía estando allí, en un velador. Marta se aproximó á un balcón y vió en la sombra el negro edificio, almacén, depósito, ó no sabía qué, que estaba enfrente.

« ¡Qué triste es esto! pensó... Y, sin embargo, aquí he sido feliz. ¡Qué admirable mujer era mi pobre tía Elena!... ¡Ah! ¡Si hubiera yo tenido una madre así!... »

Y sintió un acceso de rencor contra el destino. ¿No hubiera sido mejor quedarse huérfana de pe-

queña que estar entregada á una madre como la señora de Gudere?

« ¡Bah! La de Jerónimo era una santa y él, sin embargo, ha truncado su vida, puesto que no ha logrado nada de lo que quería y no es feliz... ¡La vida es mala! »

Entonces recordó las palabras de Martina.

« Parecía querer decir que Pefaut me ama... ¡Qué locura! Jerónimo no ama á nadie. ¡Sería cómico el verle enamorado!... ¡Y enamorado de mí!... »

Quando estaba pensando en esto, se abrió la puerta del salón y entró Jerónimo con una gran blusa de lienzo gris, quemada por los ácidos, y una espátula en la mano. Dió la otra á la princesa y le dijo:

— ¿Qué hay, querida amiga?... ¿No es algo grave?...

La emoción de su semblante, tan frío de ordinario, conmovió á la princesa, que le estrechó afectuosamente la mano.

— Tengo que pedir á usted un consejo, Jerónimo; no es más que eso.

— ¡Ah! Temí, no sé por qué, cuando me anunciaron su visita de usted á una hora semejante, que hubiera ocurrido en su casa algún incidente...

Puso su espátula en un velador, hizo sentar á Marta y se sentó á su lado.

— ¿Ha vuelto definitivamente el príncipe á París?

— No... Está cazando en este momento en Saint-Clair, con los Destreux. No le he visto desde que salí de las Tachoueres. Diga usted, Jerónimo, ¿ estamos solos ?

— Absolutamente.

Marta se puso á buscar una entrada en materia, un prólogo, á la confesión que era necesaria, y no encontró nada. Las palabras parecían huir de ella. Por último murmuró muy bajo :

— Jerónimo... soy muy desgraciada.

Y se cubrió instintivamente la cara con las manos. Hubiera querido estar á oscuras para no ver á Jerónimo y para que éste no la viese hablar.

Jerónimo aproximó la silla.

— ¡ Amiga mía ! dijo, también turbado. Estoy enteramente á sus órdenes... bien lo sabe usted.

Separó suavemente las manos que cubrían la cara de Marta y las conservó entre las suyas.

— No tema usted hablar al antiguo amigo que yo soy para usted... y que no desea más que servirle... ¿ De qué se trata ?

— No podré nunca decirlo, murmuró Marta. No... jamás podré confesar que... ¡ Me falta el valor !

Reinó un corto silencio, durante el cual Marta recorrió con mirada aterrada todos los objetos del salón, á cada uno de los cuales refería un recuerdo con precisión extraordinaria : « El cuaderno de esas melodías de Schumann en el piano de caoba...

El sofá donde, siendo chiquita, me dormí una tarde en las rodillas de Jerónimo... » Y, de pronto, dijo Jerónimo sencillamente :

— Marta... lo he adivinado.

La joven se estremeció, espantada y, sin embargo, aligerada de un gran peso.

— ¿ Ha adivinado usted ?...

— Sí, desde aquella tarde en que me consultó usted á propósito de la doncella, según me dijo. En su inquietud, en su nerviosidad, comprendí que se trataba de usted misma. ¿ Esta usted segura de su estado ?

— He pasado por alternativas de desesperación y de duda y he creído que, siendo usted médico, podría asegurarme. Es una de las razones que me traen.

Jerónimo reflexionó un momento.

— Me es un poco violento, y usted lo comprende, el desempeñar con usted el papel de médico.

— Y á mí, respondió Marta con la cara encendida, me da una vergüenza horrorosa. Es preciso, sin embargo.

— Bueno, dijo Jerónimo, voy á auscultar á usted sumariamente.

Le señaló un sofá, en el que Marta se echó. Y en menos de un minuto la reconoció con la mano y con el oído.

— ¿ Y bien ? dijo Marta cuando Jerónimo se separó.

— No hay duda. He percibido la señal infalible : el latido del corazón de su hijo de usted.

Marta no recibió el golpe doloroso que temía. Por el contrario, aquellas palabras « su hijo de usted » que oía por primera vez, bajaron hasta su corazón y le produjeron una sensación de dulzura. La paz de la maternidad consentida se impuso á su inteligencia y á sus nervios.

— El embarazo es de cuatro meses y medio próximamente, dijo Jerónimo.

— Ese era mi cálculo.

Ambos volvieron á los asientos que antes ocupaban.

— No me explique usted, dijo Pefaut, por qué mira este embarazo como una calamidad. Lo he comprendido. Dígame sólo que es lo que piensa hacer.

— No lo sé. No sé nada. Primero pensé en librarme de esto por cualquier medio y á costa de todos los riesgos... Usted lo sospechó en las Tachoueres...

— ¿Y ha renunciado usted ?

— Sí. Es demasiado horrible, decididamente... Lo que usted me dijo me espantó... ¡La explosión... la muerte!... Después, á medida que más pensaba en las soluciones extremas, la repugnancia me oprimía la garganta... No hubiera podido... Además tengo á la vista el ejemplo de una madre tan valerosa... esa Martina, mi doncella...

— ¿ Tiene un hijo ?

— Sí, un hijo al que ha criado con alegre abnegación, en medio de mil contratiempos. Eso me ha hecho avergonzarme de mi cobardía.

— Ya sabía yo, dijo Pefaut, que su corazón de usted no estaba pervertido.

— ¡ Oh ! no valgo gran cosa, sin embargo, dijo la princesa con los ojos secos y febriles. He renunciado á esas infamias tanto por repugnancia como por miedo. La verdad, que sea malo ó no, me es igual... He hecho algo peor, más deshonesto al menos : he tratado de recobrar á mi marido... para engañarle.

— Pero era tarde, muy tarde para eso... Ese engaño no salvaba nada.

— ¿ Qué sabía yo ?... Además, también para eso me faltó el valor y huí como una loca cuando iba á lograr mi propósito... Y nada más que por haberlo pensado un instante tengo vergüenza de mi cuerpo, tanta vergüenza, que hay momentos en que pienso salir al encuentro del golpe que me amenaza y acabar de una vez... ¡ Así me libraría del porvenir, del pasado y de mí misma !

Y, con el ademán que le era familiar, dejó caer las manos entre las rodillas é inclinó el busto, con los ojos mirando al suelo. Jerónimo dijo muy despacio :

— Puesto que está usted aquí, es que, por fortuna, no ha tomado aún esa resolución desesperada.

— Es verdad. Hay otra : la fuga. Tengo una rentita de dos mil francos enteramente mía. Con eso puedo vivir. Martina no me abandonará y vivirá conmigo... Pero tengo miedo de que mi marido haga que me busquen.

— Lo hará, ciertamente, si usted desaparece sin causa conocida. Pero aunque le dejase á usted marcharse y no se ocupara más de su persona, ¿tiene usted derecho para no intentar la solución más favorable á su hijo, que es el perdón del príncipe y la aceptación de su paternidad?... Espere usted, insistió, deteniendo con un gesto las objeciones de Marta... No lo creo imposible... Por mucho que sea al principio su furor, el príncipe tendrá que reconocer, si conserva una chispa de razón, que el escándalo menor es el de aceptar la paternidad, que es, en suma, su interés.

— No quiero que mi hijo lleve el nombre de Erminge... le odio.

— Sí, pero es el mejor partido para ese niño, ante el cual es usted responsable. Crea usted que no digo esto á la ligera. Estoy reflexionando desde que me consultó en las Tachoueres.

Marta meditó unos instantes.

— Entonces, dijo, debo dejar que pase el tiempo, hasta que el príncipe note...

— No... Adelantarse... informar á Cristián.

Marta se puso en pie.

— ¿Confesar la verdad? Cristián no me dejará

acabar la primera frase... Me aplastará en el acto.

— No lo creo. ¡Tiene tal fuerza la verdad dicha atrevidamente!... Decir á quien lo ignora : « He hecho tal cosa... » es una actitud menos peligrosa que dar cuenta de nuestros actos al que nos interroga de repente.

La princesa de Erminge escuchaba á Jerónimo con extraño malestar. Odiaba el consejo que le estaba dando, y ella misma experimentaba, sin embargo, esa fuerza de la verdad desnuda de que le hablaba Pefaut. Á Marta le irritaba el consentimiento de su razón.

Jerónimo, que examinaba el efecto de sus palabras en la joven, murmuró :

— Me es penoso poner á usted enfrente de esa necesidad, pero la mentiría y me mentiría á mí mismo si le aconsejase otra cosa.

Marta adivinó la emoción de su primo aunque él trataba de ocultarla con la sencillez de sus palabras. La hostilidad de la princesa desapareció y sólo fué ya una pobre mujer débil y temerosa, que dijo implorando :

— Jerónimo, ¿no podría usted ahorrarme la humillación... y el peligro de esa confesión... é ir á buscar á Cristián, de mi parte, para decirle lo que hay?

— Si usted lo exige, lo haré. Pero bien comprende usted que es imprudente que haya un intermediario entre el marido y la mujer. Una sola cosa

contendrá á Cristían : el miedo al escándalo. Para que ese miedo le refrene eficazmente, es preciso que esté persuadido de que nadie conoce el secreto.

— Ann admitiendo que el príncipe acepte la paternidad de mi hijo, ¡ imagine usted, amigo mío, lo que va á ser nuestra vida !

— ¿ Será peor que ahora ? Viven ustedes separados y apenas se hablan... Créame usted : su vida en el porvenir será según el orden y la dignidad que usted quiera que tenga.

Hay en ciertas palabras, dichas en determinados momentos, una especie de magia. Al acabar de hablar Jerónimo, Marta evocó en su mente una vida regular, después de la crisis, una vida pura de todas las manchas y de todos los defectos que hasta entonces la habían afeado. Y deseó ardientemente esa vida regenerada.

— Tiene usted razón, Jerónimo ; la vida que he hecho hasta ahora no merece que se procure conservarla.

— La está usted expiando cruelmente, pobre amiga mía, dijo Pefaut cogiéndole la mano ; mucho más cruelmente de lo que valen los miserables gocees que le ha proporcionado.

Y, después de un instante de silencio, continuó, sin que Marta pudiera saber si hablaba con ella ó consigo mismo :

— Pero ¿ quién tendría valor para condenar á

usted sabiendo lo que han sido su educación y su casamiento?... Decía usted hace un momento : « Yo no valgo gran cosa. » Creo, por el contrario, que vale usted mucho, y este era el parecer de mi madre, que era conocedora de almas... Pero nunca, excepto en esta casa, ha oído usted decir con autoridad : « Esto es bueno .. esto es malo... » Se le decía á usted : « Esto se hace y esto no... » No es usted la única de nuestras contemporáneas, pobre hija mía, á quien se hace sentir de repente, enfrente de la vida, la falta de toda regla moral eficaz. ¿ Cuántas personas de las nuestras, que presumen de cristianas, dejan que la moral cristiana influya en sus costumbres ? La mayor parte son unos epicúreos disfrazados. Y otros, los que no creen en una fe revelada, son francos paganos... á no ser que busquen á tientas, como yo, su camino en la noche.

La princesa de Erminge escuchaba, muy extrañada de que Jerónimo la hablase como nunca la había hablado, y asombrada también por el interés con que ella oía aquellas frases, á pesar de su horrible angustia personal.

— Pero usted, primo, dijo, ¿ está seguro de lo que es bueno y de lo que es malo ? ¿ Tiene usted una regla de vida y la practica ?...

— No tengo la tranquila certeza que he observado en ciertas almas religiosas, respondió Pefaut, pero observo, con todo, una regla de vida. Se la dije á usted una tarde ; ¿ no lo recuerda ? y no pa-

reció que le hacía á usted impresión : « Obedecer á la verdad, y, por consecuencia, decirla siempre y obrar de modo de poder decirla. » No le ofrezco á usted esto como una invención maravillosa, pero puedo asegurar por experiencia que basta para dar la paz al corazón y para ordenar la vida. En el caso especial de usted, esa regla le dicta su conducta. Su existencia actual está toda embrollada de mentiras y no saldrá usted del atolladero más que precipitándose á toda costa en la verdad. Cualquiera otra solución no haría más que aplazar la catástrofe... Y, además, esa vuelta á la verdad permitirá á usted empezar de nuevo su vida y restablecer ese acuerdo entre sus actos y su conciencia que le es tan necesario, ¿ no es verdad ?

Marta dijo que sí con un ademán.

— He seguido con atención, continuó Jerónimo, el drama de su conciencia. Es usted de las que descubren la necesidad de una regla, y la regla misma, después de haberla infringido. Ocurre un fenómeno singular, y es que la falta revela la moral. La angustia y la sensación del peligro personal obligan á mirarse á sí mismo y á buscar la causa de ese peligro y de esa angustia. De aquí no resulta al principio más que irritación contra los seres humanos hostiles y contra la dureza del destino, como una fiera cogida en el lazo se agita rabiosa. La imaginación enloquecida nos sugiere medios de evasión, pero ya no los adoptamos á la

ligera, pues el miedo egoísta de sufrir por su causa nos obliga á estudiarlos de cerca. Y entonces, si el alma no está fundamentalmente corrompida, se subleva ante la fealdad de algunos de esos medios... « ¡ No, no quiero hacer eso... no puedo... ni aun para salvarme !... » El círculo de las posibilidades se estrecha, y empiezan á ofrecerse, todavía humildes y vacilantes, las soluciones dolorosas, pero sanas : « ¡ Esto me salvaría, acaso, pero me haría tanto daño !... » En ese momento aparece el más sólido principio de la ley moral : que toda falta es una deuda, pero que toda deuda es susceptible de rescate.

Marta no respondió. Lo que estaba oyendo resumía tan exactamente lo que le pasaba, que le parecía que la estaban contando á ella misma. Y como sucede siempre cuando se ve ya tarde lo que se hubiera debido hacer, se sublevó contra la imposibilidad de volver pies atrás y de vivir de otro modo el pasado.

— Me dice usted hoy cosas que comprendo y que tengo por justas y verdaderas. ¿ Por qué me las dice usted tan tarde ? ¿ Por qué no me las dijo en otro tiempo, cuando pudieran haberme preservado ?

— ¿ Cuándo ?... ¿ En qué tiempo ?...

— Cuando venía aquí de soltera... En el tiempo en que vivía su madre de usted.

Ambos se miraron y, de pronto, sus miradas se intimidaron la una á la otra y se apartaron.

— Muchas veces he pensado en ello, dijo Jerónimo, no sin embarazo. ¡ Pero era usted tan joven! Y su cara, sus modales y sus palabras respiraban tan sincera inocencia, que mi madre y yo nos decíamos: « ¿ Para qué turbarla? Es perfecta... »

— Es verdad, murmuró Marta. Era yo entonces un alma enteramente blanca.

Y dió un suspiro de pesar.

— Considere usted además que toda pretensión de enseñarla hubiera implicado una crítica indirecta de sus padres de usted que ni mi madre ni yo nos creíamos con derecho para formular, aunque la queríamos á usted mucho.

— Yo también quería á su madre de usted, Jerónimo. En esta casa era dichosa. ¡ Ah! ¿ Por qué no me retuvieron ustedes en ella? añadió involuntariamente.

Aquella pregunta no tenía sentido preciso en su mente. Marta no hubiera podido decir por qué medios su tía y Jerónimo hubieran podido « retenerla ». Se produjo entre los dos cierto malestar, como si buscasen palabras y no las encontrasen.

— Bueno, dijo Marta, no me queda más que dar á usted las gracias y volverme á mi casa á poner en práctica sus consejos.

— ¿ Esta misma noche ?

— En cuanto vea al príncipe. ¿ No es lo mejor ?

— Ahora que la he persuadido, soy yo quien va á tener miedo por usted. ¡ Ese Cristián es tan salvaje!

— ¿ Qué importa? respondió Marta.

En su tono y en no se sabe qué resolución desesperada en toda su actitud, comprendió Pefaut que la joven iba á aquella entrevista como á un suicidio.

« ¿ Dónde está la verdad? pensó. ¿ Estoy tan seguro de las reglas de la vida que pueda imponérselas á los demás, cuando á veces me las impongo á mi mismo sin tener fe en ellas? »

Salieron del salón y atravesaron un vestíbulo cubierto de cristales, como un jardín de invierno, que conducía á la puerta. Marta iba mirando los objetos, los cuadros, las plantas...

— Nada ha cambiado desde la última vez que vine, murmuró... Es verdad que sólo hace cuatro años. ¡ Qué pesadamente han transcurrido para mí! Aquella anciana amiga mía no existe ya, y yo soy una desgraciada, tan sola, tan sola ..

Y se le llenaron los ojos de lágrimas. Jerónimo le cogió las manos, que estaban temblando.

— Las personas de nuestra clase están siempre cruelmente solas, dijo. Mire usted á su alrededor y lo verá. La intimidad, la solidaridad parecen ser privilegios de la clase media.

Sin llamar al criado, Jerónimo ayudó á Marta á ponerse el abrigo.

— Adiós, dijo la joven.

Y Jerónimo respondió:

— No me deje usted sin saber lo que ocurra.

Marta hizo un gesto vago como para indicar que no prometía nada y que se entregaba al destino. Y Pefaut la vió desaparecer por la escalera.

En el cochecillo que daba la vuelta hacia el Sena, Martina preguntó á su señora en cuanto se sentó á su lado :

- ¿Y bien?
- Mi primo opina que debo hablar al príncipe.
- ¿Y decírselo todo?
- Sí.
- ¡Oh! princesa, exclamó la joven juntando las manos, si debe usted hablar al príncipe, permítame no dejarla ó escóndame usted, al menos, á su alcance.

Marta no respondió, pero sonrió conmovida. Toda su fuerza nerviosa se había agotado en el paso que acababa de realizar, y, sin embargo, la conversación con Pefaut la había aliviado. Entre otras ideas más confusas, había sacado en claro este sentimiento: que no estaría en paz consigo misma hasta que hubiera dicho la verdad á su marido y sufrido las consecuencias de su falta.

Ya en casa, se echó en el sofá de su tocador y Martina le preparó la única comida que no le repugnaba: una yema de huevo batida en café. De repente llamó:

— ¡Martina!

La doncella acudió.

— Martina, siento una cosa extraña... Como si

diesen golpes dentro de mí... Es... eso, ¿verdad?

— Sí, princesa, es el niño... ¿No es cierto que es doloroso y dulce al mismo tiempo?

Marta dijo por señas que sí. Martina cogió la mano de su señora y la besó diciendo.

— ¡Que Dios le haga nacer... y le bendiga!

Si Marta hubiera podido hubiera hablado al príncipe aquella misma noche, pues tenía miedo de que pasara la fiebre que le daba valor para la confesión. Pero Cristián, después de haber acechado á Magdalena en el hotel de la calle de Offemont, se fué de caza á Saint-Clair, casi tranquilo.

Marta pasó acostada aquellos días de espera. Sentía una postración profunda, análoga á la que ocasiona todo cambio, toda mudanza del organismo humano. La conciencia también tiene sus mudanzas, que no turban menos al ser que las sufre. Jerónimo le había dicho con justicia: « Toda falta es una deuda, pero toda deuda es susceptible de rescate. » La idea de su falta se imponía ya á la princesa bajo la forma elemental de la deuda. No se confesaba culpable para con su marido, que no había querido serlo. Y absorbida por la idea de que iba á ser madre, no pensaba más que en la criatura causa de su angustia y de su energía. « Cualquier cosa que yo haga, el niño sufrirá por mí... » decía.

Aunque Cristián la dejase vivir, aquel marido y aquel hijo se combatirían siempre. Y sobre aquel

ser, que no había pedido venir al mundo, pesarían siempre unas condiciones de vida disminuída, difícil y peligrosa, de donde se deducía la generosa necesidad de reparar en lo posible esa injusticia inicial. « Lo que yo pueda hacer por ese niño, lo haré... No cederé nada de lo que pueda servir para su seguridad y para su dicha... » De este modo, la idea de la inmólación germinaba después de la del rescate, sin orgullo, sin la menor pretensión de heroísmo, con la convicción, por el contrario, de ceder á la presión de las cosas. La angustia continuaba, sin embargo, atenaceándole los nervios y había momentos en que sólo hallaba alivio con apelaciones desesperadas al justiciero desconocido: « ¡Ten piedad de mí!... » Lo que quería decir: « ¡Sálvame de la muerte, contra la que protesta toda mi voluntad de vivir; sálvame de esa fuerza mortífera á la que voy á exponerme!... » Pero la eventualidad de morir que surgía al fin de todas sus reflexiones, contribuía también á su regeneración moral. En cuanto el alma acoge la idea de la muerte resulta saneada é iluminada hasta el fondo por una pura luz.

Dos días después de su visita á Jerónimo, estaba Marta acostada y Martina cosiendo á su lado, cuando sonó el timbre del teléfono. La doncella corrió al tocador y volvió diciendo:

— La señora condesa de Guivre dice que ha lle-

gado de Rouen esta mañana y que viene á ver á la princesa.

— ¿Ahora?

— Sí... Acaba de subir al coche. El que telefona es el lacayo... ¿Debo recibirla?

— Recíbala usted, dijo la princesa después de un segundo de vacilación.

Desde que Magdalena salió de las Tachoueres con pretexto de ir á Rouen, ni Cristián ni Marta la habían vuelto á ver. Era exacto que había estado en Rouen todo ese tiempo, excepto el día que dedicó á Remigio, pero á pesar de tantas precauciones no volvía á París enteramente tranquila. Las cartas de Cristián le habían parecido misteriosas y llenas de relicencias. El príncipe le había ocultado, naturalmente, su parada en París, pero cediendo á la necesidad que tienen los hombres de probar á sus queridas su aptitud para hacer otras conquistas, le había contado la escena de las Tachoueres entre Marta y él y pintádosela como una formal tentativa de Marta á la que él tenía el mérito de haber resistido. Magdalena relacionaba á pesar suyo aquel viaje inopinado y secreto de Cristián á París con el acecho obstinado de la calle de Offemont. ¿Estaría celosa Marta? ¿De Cristián ó de Remigio? ¿Había hablado? Había que saberlo y hablar con ella antes de ver á Cristián, que volvía aquella noche.

Magdalena entró viva y graciosa, envuelta en un gran abrigo de pieles que mezclaba á su perfume

ordinario un extraño olor de fiera. Las manos de Marta se crisparon cuando sus labios le rozaron el cabello.

— ¡Ah! querida... ¡Qué gana tenía de darte un beso! En cuanto leí la carta de Martina diciendo que estabas mala, lo dejé en Rouen todo empantado y me vine á París... No es nada serio, ¿verdad?

— No, dijo Marta. Yo misma no sé decir lo que tengo. El médico lo llama neurastenia; yo camandulería; repugnancia de comer, de dormir, de andar... Con todo, hoy me siento mejor.

Desembarazada de las pieles por Martina, la condesa se sentó á la cabecera de Marta y, muy tranquila, empezó á hablar de su viaje, de la venta de la propiedad de Goberville, de los trajes que se había encargado y de las diversiones proyectadas por la «cuadrilla». Después preguntó negligentemente:

— ¿Tienes noticias del príncipe? ¿Sigue en Saint-Clair con los Destreux?

Marta respondió con evidente sinceridad:

— No he visto á mi marido desde que salimos de las Tachoueres. Martina ha sabido por el ayuda de cámara que vuelve de Saint-Clair esta noche ó mañana temprano.

«Decididamente, esta simple no sabe nada», pensó Magdalena, y siguió charlando con afectada ternura por Marta. La princesa oía aquellas frases como quien oye una lengua extranjera que ha sa-

bido y olvidado. Y su mente, aguzada por el sufrimiento y la meditación, evocaba en un extraño resumen el tema de su vida:

«Magdalena... querida de mi marido antes y después de mi casamiento... y, acaso, hoy querida de un hombre que no es mi marido y me ha hecho madre... Las dos sabemos estas cosas la una de la otra... Ella dice que es mi mejor amiga y yo la dejo decir... y aquí está, á mi cabecera, para cuidarme y mimarme, según asegura...»

Todo esto le parecía ya tan inverosímil como ciertos sueños en medio de los cuales comprende el que duerme que lo que ve no es cierto y va á dejar el puesto al despertar y á la realidad.

«Sin embargo, esta pesadilla ha sido mi realidad...»

Y mientras pensaba todo esto por un retroceso profundo de su mente, respondía á Magdalena en el tono de las charlas acostumbradas, sin esfuerzo, por hábito y como una muñeca que tiene todavía cuerda.

— ¿Cuándo piensas levantarte, querida?

— No lo sé... Mañana, probablemente.

— ¿Podrás salir de la habitación?

— El médico no me lo prohíbe. Soy yo la perezosa.

— Pues oye, hazme el favor de estarte todavía mañana en la cama hasta la hora en que te vistas para ir á comer conmigo. Toda la «cuadrilla» se

reune en el *restaurant Kieffer* para ir en seguida á los Bufos, donde se hace una opereta nueva.

— ¿Divertida?

— Idiota, como siempre... Pero excelente para ti, porque no te atacará á los nervios.

Ya en pie, miró á Marta sonriendo.

— Comprendo que te guste estar así, querida mía; estás encantadora con tu cabello de oro medio despeinado... La cama te ha descansado y estás de buen color... Martina, mi abrigo... Sigue cuidándote para que no nos faltes mañana...

Se inclinó y rozó las mejillas de Marta que la dejó hacer con indiferencia.

— ¿Convenido, verdad?

— Convenido.

Y envuelta en aquella atmósfera de perfumes y de olor de pantera, Magdalena salió enviando un beso á la princesa. Ésta, ya sola, se puso á meditar. No sentía odio alguno contra la condesa, pero el lazo de simpatía mundana que las había unido se desataba. Cuando la alta y linda silueta de Magdalena desapareció por la puerta, Marta, con esa lucidez de presentimientos con que las grandes crisis dotan á la conciencia, comprendió que desaparecía también de su vida y para siempre.

La de Guivre entre tanto, tranquila acerca del objeto de sus inquietudes, volvió á su casa al separarse de Marta. Á las cinco se presentó el príncipe en la calle de Offemont. Magdalena le hizo esperar

más de un cuarto de hora, para que tascara el freno, y le recibió muy friamente. La inevitable explicación no tardó en verificarse. Magdalena advirtió á Cristián que sus prácticas de espionaje habían sido sorprendidas por la doncella y por los vecinos, y exageró su enfado.

— No quiero ser vigilada y me disgusta que se dude de mí. Somos libres el uno y el otro; si hemos de caer en semejantes procedimientos, más vale romper.

El sortilegio de esa sola palabra de rompimiento había otras veces arrojado al príncipe á sus pies llorando como un niño. Pero, esta vez, Cristián se mantuvo grave y no respondió.

— ¿Me entiende usted, Cristián? insistió Magdalena.

El príncipe replicó:

— He hecho mal y me excuso. Pero un hombre, cuando ama como yo, no puede evitar á veces esas locuras que confieso que son inoportunas y ofensivas para usted...

Y la miró de frente, con tal fijeza, que ella se alarmó y no insistió más. Acababa de reconocer en aquellos ojos de azul germánico el brillo de brutal amenaza que otras veces había visto, y había sentido el mismo espanto de siempre. Por su mente atravesó la imagen de Remigio ensangrentado que una persistente pesadilla le mostraba hacía noches. Y, esta vez aún, quiso desarmar á

Cristián sufriendo que volviese á entrar en su gracia. Pero vió muy pronto que el príncipe, dichoso al ser perdonado, seguía estando inquieto. « ¿Qué habrá averiguado? ¿Qué medita? » pensaba Magdalena. Su loco miedo por Remigio la hizo aquel día ingeniosa para reconquistar á Cristián, con la exaltación del que se inmola, guardando en el corazón la imagen del hombre por quien hacía aquel sacrificio, el más penoso para una mujer enamorada. El príncipe comió con ella y no la dejó hasta las doce de la noche, ya enteramente tranquilo. Como todas las inteligencias limitadas, pasó de la duda más ansiosa á la confianza completa. Anduvo, vivo y alegre, desde el parque Monceau hasta su círculo, donde ganó durante una hora casi sin interrupción. Muy lúcido, conservó su ganancia, un gran canasto de fichas que él calculó á ojo en más de sesenta mil francos, y se volvió por los Campos Eliseos, también á pie. Se sentía orgulloso y joven como veinte años antes. En aquel período de ansiedad había sido escrupulosamente fiel á su querida, y, ya reconfortado, volvía á sentir el gusto de los experimentos amorosos, lo que es un fenómeno habitual en todos los hombres dados al amor. En la avenida Hoche se acercó á una linda muchacha que pasaba, la cual, impresionada por el aspecto y la elegancia de aquel paseante de frac bajo el *macfarlane* negro, habló con él y le dió sus señas y una cita. Cristián olvidó la tal dirección á los pocos

pasos, pero aquella fácil conquista halagó su amor propio... Cuando llegó á su casa, el ascensor estaba en lo alto de la escalera, y Cristián subió con ligereza aquellos enormes cuatro pisos, gozando de esa aguda satisfacción que da á los hombres que han pasado de los cuarenta años la persistencia de su vigor y de su agilidad.

En la antesala, alumbrada por una lamparilla eléctrica, el ayuda de cámara le dijo mientras le quitaba el abrigo :

— El príncipe tiene una carta de la señora princesa en la mesa de su despacho y la señora princesa le ruega que la lea en seguida.

« ¿Una carta de mi mujer?... pensó Cristián... ¿Qué me querrá?... ¿Será la continuación de la escena de las Tachoueres?... ¿Por qué no?... »

Su confiada alegría del momento le hizo mirar sin disgusto una reconciliación conyugal. Algunas frases de Magdalena respecto de Marta le habían hecho pensar que estaba celosa de ella y le sonreía la idea de vengarse de las inquietudes que recientemente le había hecho sufrir.

Se fué al despacho, pieza pretenciosa y vulgar, de limoncillo amarillento, estilo de yate; rompió el sobre de la carta anunciada, y en apartando un poco el papel, pues la presbicia empezaba á aplanarle el globo de los ojos, leyó :

« Le agradecería á usted, Cristián, que viniese á hablar conmigo esta noche á cualquier hora que

vuelva usted á casa. Le esperaré en mi saloncillo.»

Por poco perspicaz que fuese Cristián, notó la brevedad de la esquela y distinguió en ella un tono grave que le impresionó.

Se quedó pensativo unos instantes dudando entre dos hipótesis: la de un capricho de la princesa y otra, menos halagüeña, referente á alguna deuda que su mujer tuviera que confesarle. La curiosidad le decidió.

— Está bien, Urbano, dijo al criado. Puede usted ir á acostarse; ya no le necesito...

El despacho del príncipe estaba separado de las habitaciones de su mujer por dos grandes salones y el comedor, y todas estas piezas tenían salida á una larga galería que servía de antecámara. Por ella se dirigió al saloncillo de la princesa y una cosa le confirmó la idea de cita amorosa que le preocupaba, y fué que, al aproximarse, la puerta del saloncillo se abrió por sí misma y dejó ver una silueta femenina. Solamente cuando llegó el príncipe pudo ver que era Martina.

— La señora princesa ruega al príncipe que la espere aquí... Viene al instante.

La extremada turbación de la doncella al decir estas palabras no fué para desengañar al príncipe. « Es confidente y cómplice » pensó.

Martina le dejó solo en el saloncillo, y el príncipe se quedó contemplando, como si fuera nuevo, aquel mueblaje de falso estilo « Josefina » como le

llamaban los tapiceros del momento... Oyó el susurro de unas palabras dichas en voz baja y después un sollozo ahogado, casi un grito. Todo quedó de nuevo en silencio y apareció Marta.

Cristián había pensado que tendría puesto un ligero peinador de muselina ó de crespón, como en la noche de las Tachoueres, y se extrañó al verla en traje de calle, falda de terciopelo obscuro y cuerpo alto. Marta le ofreció la mano y le dijo con voz tranquila:

— Cristián, perdone usted que le importune á una hora semejante.

El príncipe conservó aquella mano, aunque sentía sus esfuerzos por retirarse, y respondió:

— Yo soy quien debe pedir á usted perdón por haberla tenido despierta hasta tan tarde. He comido en el círculo y he tenido la imprudencia de dejarme arrastrar á una partida frenética que se ha prolongado y que he dejado á más de la una, con la vergüenza de haber ganado setenta mil francos sin un instante de mala suerte. Y mire usted, añadió soltando la mano de Marta y registrándose el bolsillo del chaleco; aquí tengo una ficha que me he traído por distracción; se la regaló á usted.

Y echó en una consola el redondel de nácar en el que se veía la cifra: 3.000. Marta no le dió las gracias ni pareció verla.

Los dos se observaron; en pie al lado de la con-

menea, Marta leía el pensamiento de Cristián en sus ojos encendidos de apetito sensual, y Cristián volvía á ver en los de Marta la gravedad que indicaba su esquila. La hipótesis de alguna deuda se le impuso de nuevo, pero habiendo obtenido hacia un momento aquella enorme ganancia, sentía ese desprecio que los jugadores tienen por el dinero, igual al que sienten los libertinos por las mujeres públicas, pues, como ellas, el dinero se da y hace traición por azar. Cristián se acercó á Marta y le dijo muy bajo y en tono carinoso :

— Está usted deliciosa esta noche... Pero ¿por qué encerrarse á tales horas en un cuerpo tan alto?

Las robustas manos del príncipe rozaron aquel talle y se irritaron por la resistencia del corsé, ligero y flexible sin embargo. Marta se apartó, pero Cristián no vió todavía en ello más que un juego de coquetería, y dijo insistiendo :

— La otra noche, en las Tachoueres, no estuve nada galante con usted... Estaba nervioso... cansado... Déjeme usted que me desquite.

— No... Se lo ruego á usted, Cristián...

Dijo estas palabras con tal seriedad, que el príncipe recobró de repente su actitud de hombre de mundo y dijo con sonrisa malévola :

— ¡Qué extraordinaria es usted, querida amiga! La otra noche me espera usted en los pasillos en un traje y con unas maneras que me hicieron creer, realmente, que me tenía usted en su gracia,

y, de pronto, echa usted á correr. Esta noche, después de haberme hecho venir á las tres de la madrugada, igual huida. Francamente, cualquier marido se equivocaría sobre las intenciones de usted.

— Es verdad, Cristián... En las Tachoueres traté de aproximarme á usted por medios despreciables... Después... he sufrido, he reflexionado... y hoy valgo, acaso, un poco más. Puede usted darme su confianza. Lo que tengo que decirle le será penoso, pero sabrá, sin subterfugios, toda la verdad.

« Vaya, es una deuda », pensó el príncipe. Y su decepción se aumentó con un violento fastidio, el fastidio de los hombres engolfados en los placeres, cuando se les quiere hablar seriamente.

— Á fe mía, dijo, si se trata de oír cosas desagradables, preferiría dejarlo para mañana... ¿Tan urgente es?

— Sí, Cristián, se lo ruego ; escúcheme usted.

El príncipe se sentó en un silloncito bajo y dijo resignado :

— Escucho.

Marta invocó desde el fondo de su corazón á ese misterioso Árbitro de nuestros destinos que los desgraciados no pueden suponer que no exista ó que sea indiferente...

Le parecía que estaba al borde de un precipicio, al que tenía que arrojarle, y sintió un retroceso involuntario, una especie de parada instintiva.

El príncipe, ya enteramente desengañado, empezó á temer que la conferencia no se refiriese sólo á cuestiones de dinero, y el orgullo de raza y su costumbre de hombre de sociedad le devolvieron todo su aplomo. Sin saber aún hasta dónde pretendía la princesa llevar las confidencias, aquel paso le irritó como una inconveniencia.

— Querida Marta, dijo, está usted muy nerviosa y comprenderá que yo lo esté un poco después de su acogida... Reflexione usted antes de continuar. Si quiere usted dirigirme acusaciones por mi conducta, las encuentro muy inoportunas.

La princesa dijo que no con la cabeza.

— ¿No? continuó Cristián. ¿No son acusaciones?... ¿Son confidencias? Entonces, por Dios, hágame usted gracia de ellas.

— Pero, Cristián...

— No pido ninguna confidencia. Si tiene usted deudas, envíe sus acreedores á Vernet, mi apoderado, que los pagará una vez más. Tiene usted que reconocer que, en este punto, no la anonado con mis recriminaciones.

— Es verdad, Cristián. Acaso hubiera sido mejor para los dos que me hubiese usted hecho sentir más su autoridad.

— Hermosos sentimientos, dijo el príncipe. Decididamente es usted una convertida... Ya notaba yo que se estaba usted volviendo muy singular... Debe de andar de por medio algún confesor... Pues

bien, está convenido que pagaré sus deudas y que no hará usted más. Y en cambio de este buen proceder conyugal, no me reproche usted el uso que hago de mi libertad. Es verdad que no he sido un marido modelo; pero usted sabe como yo que en nuestra clase la cosa ocurre con frecuencia. Cierta género de vida lleva consigo ciertas costumbres, y sin jugar á los cortesanos en una época en que ya no los hay, no nos exigimos al casarnos los tesoros de las virtudes burguesas. ¿No le he dejado á usted la misma libertad que necesito yo para mí?

— ¡Oh! murmuró la princesa: demasiada libertad he tenido.

— Protesto contra esa frase. Se calumnia usted. Usted se ha portado siempre perfectamente y si alguien se permitiese sobre eso la menor crítica, tendría que habérselas conmigo... ¡Ea! Hable usted mañana mismo con Vernet, que allanará todas las dificultades... ¿Está convenido y puedo retirarme?

Se levantó y dió un paso hacia la puerta, pero Marta le detuvo temiendo no hacer su confesión.

— Cristián, no se trata de cuestiones de dinero. ¿No comprende usted que tengo que hacerle la confesión más grave?

El príncipe, cuya frente se enrojeció, dijo con voz tempestuosa:

— ¡No quiero confesiones! ¿Cómo tiene uno que hablar para que le entiendan? ¡No quiero y no

quiero! No le pido á usted ninguna cuenta y encuentro inconveniente y absurdo que me las dé á pesar mio.

— Cristián, es preciso que me escuche usted.

— ¡Déjeme usted!... ¿Es que quiere usted hacerme perder mi sangre fría?

Puso la mano en el tirador de la puerta é iba á empujarla, cuando Marta dijo en voz baja y clara:

— Cristián, he tenido un amante.

El príncipe se estremeció al choque de la palabra y Marta vió que le faltaba la respiración. « En cuanto la recobre, pensó, me aplasta... » Y su carne sufría ya del magullamiento imaginado. Pero el príncipe se volvió á sentar con las manos apoyadas en los brazos del ligero sillón, y dirigió á Marta una mirada en la que se leía un verdadero odio. La princesa se iba calmando desde que veía suspendido sobre ella un peligro inminente de muerte.

— ¡Está usted loca! exclamó Cristián con voz velada. Si hubiera usted tenido un amante no se lo diría á un marido que no le pide cuenta alguna de su conducta.

— No estoy loca, Cristián. Tuve un amante... en la primavera última. Juro que ese ha sido mi único pecado contra usted...

— ¿Quiere usted callarse? dijo Cristián con voz de trueno, y los brazos del sillón crujieron bajo sus puños crispados. Le digo á usted que no quiero sus confidencias, primero porque no las creo y después

porque me tiene sin cuidado lo que me está contando. ¿Lo entiende usted? Sin cuidado, sin cuidado... Sé que no vale usted más que sus padres, y si el nombre de Erminge no hubiera de sufrir de rechazo, hace mucho tiempo que la hubiera enviado á usted con aquella chillada y aquel estafador.

El latigazo del ultraje no tocó á Marta en ningún punto sensible del corazón. Quería decir la verdad y nada más, y ya sentía un gran alivio con lo que había dicho.

— Mis padres no tienen nada que ver con nosotros, Cristián. Yo soy la única responsable y pido á usted perdón.

— ¿Perdón? ¡Qué tontería! Repito que su vida privada de usted me importa un bledo, exclamó el príncipe. Bastante tengo con los apuros que me causan sus gastos locos. ¿Sabe usted que hoy mismo ha recibido Verdet una amenaza de embargo, de la casa Jubillard, por quince mil francos de deudas que ha hecho usted?... ¡El embargo! ¡El papel sellado en casa del príncipe de Erminge! Eso es lo que le deberé á usted si no pago... ¡Pagar! ¡Pagar!... ¿Con qué? Con su dote de usted, ¿verdad?

— ¿Debo decir á usted, preguntó Marta como si no hubiera oído todo aquello, hipnotizada por un pensamiento único; debo decir á usted el nombre?...

— Ordeno á usted que se calle, dijo el príncipe poniéndose lívido.

Durante un largo minuto se quedó inmóvil, clavado en el sillón y con la frente surcada de gruesas venas. Marta no pudo hablar por miedo de verle atacado de una congestión, asombrada ella misma de vivir aún y de no haber recibido todavía el choque de aquellos puños de atleta que atormentaban los brazos de la butaca... La verdad era que Cristián sufría horriblemente. Las palabras de Marta no le decían nada nuevo. Las relaciones con Remigio habían sido exhibidas con demasiada candidez para que el príncipe no las hubiera sospechado. Pero le importaba poco, como él decía, con tal de que se guardasen las apariencias del decoro con arreglo á la moda fácil y tolerante de las relaciones mundanas. La confesión de Marta, por el contrario, le irritaba porque era una inconveniencia más grave que el libertinaje. Y sólo buscaba el medio de hacer callar á su mujer para que no hiciese la situación más insuportable con sus declaraciones.

— Ruego á usted, dijo, que no agregue ni una palabra... Si pronuncia usted ese nombre, las cosas no podrán quedarse así y todo se hará público. ¡No quiero que así sea! Mi casa no debe ser manchada por sus galanterías de usted. Cállese, pues, si puede, que bastante daño me ha hecho ya. No me dirija jamás la palabra. Ante el mundo nos habla-

remos como siempre, pero entre nosotros todo acabó; no la conozco á usted. Y trate de no ponerse en mi camino ó no respondo de mí.

Marta insistió :

— Aseguro á usted, Cristián, que me duele el hacer á usted daño... y veo que se lo hago. Pero no lo he confesado todo.

— ¡He dicho que no quiero oír ese nombre! ¡Cuidado! exclamó el príncipe, cuyas facciones se pusieron convulsas. ¡Como trate usted de pronunciarlo, juro que se le hago volver á la garganta antes de que salga!...

« Ya está... Me va á matar, » pensó Marta. Todo Cristián expresaba la muerte en aquel instante, como una bomba cuya mecha está acabando de consumirse... « Me va á matar. » Y por primera vez la muerte se apareció á la princesa con su faz de liberación, esa faz misteriosa que sólo enseña á los que han tocado al fondo de la angustia humana. Poseída por el vértigo de los mártires, respondió :
— No le diré á usted su nombre, puesto que no quiere oírlo; pero sí debo hacerle saber que estoy en cinta de él.

Y cerró los ojos esperando el golpe mortal. Oyó el sillón de Cristián abrirse al impulso convulsivo de sus manos; oyó los pedazos de madera arrojados al suelo; y oyó una palabra pronunciada con rabia reconcentrada :

— ¡Indecente!

El aliento de fiebre y de cólera del príncipe rozó su mejilla, y al abrir instintivamente los párpados, vió muy cerca las facciones descompuestas de su marido, que repetía:

— ¡Indecente!

Y casi encima de su cara siguió hablando con voz anhelosa:

— Cuando una mujer se conduce como una perdida, debe tener, al menos, cuidado como las perdidas. No se arriesga el arrojar un bastardo en una casa como la mía... ¿Entiendes?... ¿Entiendes?...

Por dos veces la insultó con una palabrota de las más groseras, y al ver que no respondía, acompañó el último insulto con un puñetazo en el hombro derecho de Marta. Pero su puño sintió aquel hombro tan débil, que el príncipe sintió sin duda una vergüenza instintiva y fué á dejarse caer en un diván delante de la chimenea. Allí cogió maquinalmente la funda de encaje de un almohadón que tenía á su alcance y se enjugó con ella la frente, empañada en sudor. Pero la funda tenía polvo y el príncipe resultó tiznado de tal modo que su cara estaba al mismo tiempo amenazadora y cómica.

— ¡Cuando pienso que me he casado con tal mujer! gruñó.

— Cristián, imploró la princesa, sea usted misericordioso. ¡Me ha dejado usted tan sola en la vida!

— ¡Esto es el colmo! gritó el príncipe... ¡Yo

tengo la culpa! ¡Porque yo la he dejado á usted sola, usted ha consentido que le hicieran un hijo!... Si imitasen á usted todas las mujeres á quienes no espía su marido, el mundo se poblaría muy pronto. ¿Es por estupidez ó por maldad por lo que ha hecho usted eso?... (Se levantó y se dirigió de nuevo á ella.) Yo tengo una querida, convenido, y usted lo sabe. Pero yo no le traigo á usted un bastardo á criar, dándoselo por hijo.. ¡Ahora comprendo la historia de las Tachoueres!... ¡La cosa es más chistosa de lo que yo había creído!.. ¡Se trataba de endosarme el cheque!...

Marta sufría ahora en la nueva conciencia que le daba la maternidad. La palabra « bastardo » dirigida al ser inocente que llevaba en su seno, la quemaba. Hasta entonces no había llorado y empezaron á correr por sus mejillas gruesas lágrimas.

— No se trata de lloriqueos, exclamó el príncipe. Vamos á ver, dijo tratando de dominarse, hay que salir de este atolladero y sin escándalo. ¿De cuánto tiempo está usted embarazada?

— Creo que de cuatro meses.

— ¡Cuatro meses! ¿Pero está usted loca para haber esperado cuatro meses? ¿No podía usted determinar antes? ¿Quién se lo impedía? ¡Es imposible que no lo haya usted pensado!... ¡Pero responda usted!

— Creo comprender lo que quiere usted decir, respondió Marta, y confieso que yo también pensé

un momento salir así del paso. Pero hoy no lo haría de ningún modo, aunque no hubiera riesgo para mí.

— Pues yo afirmo que lo hará usted. No supondrá usted que voy á dejar nacer ese chiquillo.

Las venas de sus sienes se esculpieron de nuevo en un livido relieve bajo la roja piel.

— No lo haré, Cristián. No lo pida usted, porque es inútil. He pecado, es verdad, y me humillo. Pero no puedo hacer eso.

— ¿Quiere usted, entonces, que ese bastardo nazca en mi casa y que sea mi hijo?... ¡Vamos á ver! añadió haciendo un esfuerzo para calmarse. No puede usted ganar nada impulsándome al extremo.

Marta no floraba ya y se apresuró á hablar, á explicarse, como un enterrado se apresura hacia una salida que ve á lo lejos.

— ¡Oh! no, Cristián. Dios es testigo de que no trato de irritarle á usted y de que me duele hacerle mal. Me prestaré á todo para aminorar el efecto de mi falta. Pero no me pida usted nada contra mi hijo. Nada me hará ceder en esto, pues comprenderá usted que al decidirme á hacer esta confesión me he resignado á todo.

— Pero, dijo el príncipe conteniéndose las sienes con las manos, ¿puede usted suponer que voy á aceptar un hijo que no es mío?

— No se lo pido á usted en modo alguno.

— Menos mal.

Cristián se puso á pasear por la habitación con cara convulsa, agitado, gesticulando y produciendo sonidos inarticulados. Marta le miraba sin terror y hasta con lástima, pues le veía, realmente, agobiado por la angustia. Por fin se detuvo el príncipe, se apoyó en la chimenea y sin mirar á su mujer, en frases secas é imperiosas, como si hubiera estado arreglando la cuenta á una criada, dijo :

— Va usted á hacer un viaje al extranjero.

Marta aceptó con una señal.

— No pondremos á ningún médico en el secreto. Se instalará usted con nombre supuesto en un rincón de Alemania ó de Italia. La doncella, Martina, sospecha evidentemente la verdad...

— Lo sabe todo.

— ¿La cree usted segura?

— En absoluto.

— Irá con usted. Ya encontraremos cualquier pretexto de salud para explicar esa ausencia.

La princesa hizo otra señal de asentimiento.

— Quiero que se me prevenga en el momento del alumbramiento para asistir á él. No le faltará á usted nada; se lo prometo.

— Gracias, Cristián; es usted más elemento de lo que yo esperaba.

— Cuando nazca el niño me encargaré de su sostenimiento y de su educación.

— ¿Hará usted eso?

— Lo haré, con una sola condición: la de que nunca, jamás, le vea usted.

— ¿Cómo? dijo Marta. ¿Me lo quitarán?

— En cuanto nazca. Y no me pregunte usted nunca dónde está. Doy á usted mi palabra, y ya sabe que es válida, de que el niño será bien educado, no carecerá de nada y aprenderá una profesión que le permita ganarse la vida.

Marta movió la cabeza y dijo sencillamente:

— Eso no puede ser.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que no quiero dejar á mi hijo.

— ¿Que no quiere usted? ¿Que no quiere usted? dijo el príncipe con ironía. ¡Es un modo de hablar que le sienta á usted bien!... Usted no tiene que querer, sino que someterse, ¿estamos? ó la encierro en *Saint-Lazare* con las mujeres públicas y con las locas...

— ¡Cristián!

— ¡Ah! Creo que he tenido paciencia y que pocos hombres hubieran sufrido lo que yo... Pero juro que si sigue usted desafiándome, lá... la aplasto.

Apenas podía hablar y su voz era opaca y profunda. Marta intentó calmarle.

— No le desafío á usted, Cristián. ¡Dios mío! Está muy lejos de mi pensamiento. Métame usted donde quiera; escóndame para toda la vida; me es igual. Tiene usted derecho á castigarme y acepto de

antemano todos los castigos, salvo el de separarme de mi hijo.

— No la consultaré á usted, dijo Cristián.

— Y yo me defenderé; más vale que lo sepa usted desde ahora.

Cuando dijo estas palabras vió de nuevo en los ojos de su marido la amenaza de muerte.

— ¡Miserable! murmuró Cristián. ¡Ten cuidado! ¡Acaso no pueda resistir al deseo de estrangularle!

Resistió, sin embargo; el miedo al escándalo le dominó esta vez todavía. ¿Para qué golpear á aquella mujer tan débil, que no cedería? Lo veía hasta la evidencia, y la necesidad de hacer que cediera era tan tiránica, que Cristián no avanzó hacia Marta.

Casi sin esperanza y sin fuerza, aquel gigante enloquecido murmuró cándidamente para sí mismo:

— Pero ¿qué hacer? ¿qué hacer?

Marta imploró:

— ¿No podría desaparecer de su casa de usted con un pretexto cualquiera de enfermedad?... Diría usted que me había instalado en un sanatorio ó en una casa de retiro... Mis padres no protestarían; nadie se interesa por mi salud ni por mi existencia. ¿No puedo pasar por muerta?

Tan manifiesta era su sinceridad, que el príncipe se apaciguó un poco.

— Una separación... murmuró. Pero se sabrá

todo; se harán conjeturas; se adivinará... ¡Ah! Soy muy desgraciado!

Se sentó en el diván en que había estado Marta. Su cara parecía envejecida y tomaba una expresión estúpida. En sus ojos brillaron gruesas lágrimas, que rodaron por aquellas mejillas tiznadas de polvo.

— ¡Cristián! exclamó la princesa. ¡Oh! ¡Perdón!...

Y quiso cogerle la mano. También ella se lo perdonaba todo, enloquecida por la idea de haber creado tal dolor, ella, que se creía incapaz de hacer daño.

Cristián siguió diciendo:

— Tratemos de ver claro y de resolver algo... Puesto que no hay otro medio, lo mejor es separarnos, apelar al divorcio... Yo no volveré a casarme. Se admite que un hombre se divorcie con tal de que no se case otra vez... Está dicho; vamos á separarnos... lo más discretamente posible. Por supuesto, no se hablará nada del tal embarazo. Yo me echaré todas las culpas, y en cuanto pase el tiempo legal... creo que tres años... usted pedirá que la separación se convierta en divorcio.

— Haré todo lo que usted quiera.

— Está bien, dijo Cristián.

Y como un hombre que acaba de soportar una carga demasiado pesada para sus músculos, descansó de pensar durante unos instantes... Todo le

parecía arreglado. Marta desaparecía y no se la volvía á ver más... Y si la corte romana desataba el vínculo conyugal (la cosa era posible después de todo), acaso el matrimonio con Magdalena...

— ¿Está convenido? dijo. El parto en el extranjero, la separación amistosa... el divorcio á instancia de usted...

Marta vaciló.

— ¿No responde usted?

— Repito que obedeceré en todo lo que me sea posible, contestó Marta, pero... en medio de todo eso... mi hijo ..

— ¿Qué hay con su hijo de usted?

— ¿Qué será de él? ¿Cuál será su condición en la vida, antes y después del divorcio?

Cristián reflexionó, molestando por aquel nuevo esfuerzo de invención y de previsión que se le pedía.

— La criatura... murmuró... no se la verá, no se la conocerá, puesto que su nacimiento habrá sido secreto... Ni usted ni yo hablaremos de ella... Y oiga usted, oiga la solución, que es excelente y que debe satisfacer á usted, puesto que le permitirá conservar ese niño indefinidamente y educarle.

— ¡Diga usted! exclamó Marta con ansiedad.

— ¿Tiene usted entera confianza en su doncella?

— Sí.

— ¿Cómo se llama?

— Martina Lebleu.
 — Pues bien, se da una suma á esa muchacha y dondequiera que nazca el niño se le inscribe en el registro civil como hijo de Martina Lebleu y de padre desconocido.

— No, Cristián, replicó Marta, no puedo decir que mi hijo no es mío... ¿Pero qué le importa á usted eso? Añadió espantada por la nueva tormenta que leía en los ojos de su marido... ¿Qué más le da á usted, puesto que me iré... se lo juro... á donde quiera enviarme... á América, á Australia... y no volveré más?

Cristián no pareció haber oído estas últimas palabras dichas para evitar la violencia inminente.

— ¡Está usted loca! exclamó.

La cólera volvía á ahogar y á falsear su voz.

— Decididamente, hay alguien que la conduce á usted y yo soy un tonto en discutir. ¡Basta de bromas! ¿eh? Si usted no me obedece, la arrojo de aquí, y más le vale largarse ahora mismo, pues no estoy seguro de no hacerla pedazos antes... El chico será hijo de Martina... así será declarado. Usted le criará, si quiere y yo le daré con qué criarle... Pero como un hijo de usted, mientras usted sea mi mujer, es considerado como mío, no tengo gana de que ese bastardo venga un día ú otro á darme escándalo y á explotarme...

— ¡Cristián!... imploró Marta.

— Sí, escándalo y explotación... y toda su resis-

tencia de hoy no es más que eso... Una vez que no sea usted ya mi mujer y que no pueda ya haber dudas sobre mi paternidad, puede usted hacer la vida que le plazca y tener veinte hijos si quiere... No seré yo el primer príncipe cuya mujer se ha vuelto una perdida. No quiero un bastardo en la casa de Erminge. Así pues, si tolero el nacimiento de ése, no puede ser hijo de usted. ¿Estamos?

— No puedo, dijo Marta muy bajo.

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que no puede usted?

— No puedo prometer no decir á mi hijo que soy su madre. Él y yo estaremos siempre muy lejos de aquí. Le diré que usted no es su padre, pero, cualquiera que sea la ley de los hombres, no podré hacerle creer que es hijo de otra mujer... ¡Cristián!...

Gritó este nombre con espanto, tan repentina y horrible fué la descomposición de la cara de su marido... « ¡Ah! ¡Voy á morir!... » pensó de nuevo. Y por cansancio de aquella lucha demasiado larga, cuyo desenlace era ya desesperado, aceptó el fin, y deseó que fuese bruseo, por un choque de aquella fuerza formidable y desencadenada que se lanzaba hacia ella... El choque fué el simple encuentro del cuerpo de Cristián y del delicado cuerpo de Marta, que cedió en seguida al empuje... Al retroceder, tropezó en una silla y cayó hacia atrás en la alfombra... Allí vió por un segundo la estatura de su marido, que le pareció gigantesca, y sus pe-

sados pies germánicos encerrados en el charol de las botas... y sintió la impresión de que iba á ser pisoteada por aquello... En aquel momento, el horror físico del sufrimiento y de la muerte la hizo encogerse en la alfombra como un pobre gusano amenazado. Y sin duda el príncipe pensó un momento en aplastarla allí y en hacerla pagar con su sangre lo que le estaba mortificando hacía una hora. Pegó, sin embargo, con el pie á aquella forma de mujer caída, pero con una fuerza atenuada.

Marta recibió el golpe en la mano con que instintivamente se había protegido el vientre, y su delicada piel se rozó mientras que el dolor se prolongaba hasta las entrañas. Casi en seguida, el gigante se bajó, cogió aquella cosa que palpitaba en el suelo, la levantó por las piernas y se la echó debajo del brazo izquierdo. Después abrió la puerta del saloncillo, arrastrando á Marta, cuyos brazos chocaban con los muebles y cuya cara barría el suelo; atravesó velozmente la galería, en la que la electricidad repartía una luz resplandeciente, llegó á la puerta de entrada, la abrió furiosamente y con un movimiento rabioso cuya violencia gastó su supremo deseo de matar, empujó á aquel pingajo humano hacia la obscuridad de la escalera. La cabeza de Marta, no protegida ya por los brazos, chocó contra una banqueta. Había perdido el conocimiento antes de que el príncipe, vacilante, ebrio, hubiese vuelto á cerrar tras él la puerta.

La suntuosa casa, con sus muros macizos, con sus techos rellenos de corcho, con sus alfombras y sus tapices, había ahogado el ruido del drama. Y el silencio pesó de nuevo sobre ella.

Cuando los ojos de Marta se volvieron á abrir, vieron muy claro lo que le había parecido un obscuro abismo en el momento de ser arrojada en él: la blanca escalera, con su alfombra de Esmirna y sus barras doradas, que subía y bajaba en la sombra;... el descansillo en que ella yacía con las piernas en la tira de moqueta, el cuerpo en las losas y la cabeza debajo de la banqueta;... y á la izquierda, por debajo de la puerta de entrada de su casa, la luz de la galería produciendo una rendija de oro que iluminaba la pesadilla.

Marta se movió, y en seguida la mano, el vientre y la cabeza transmitieron al cerebro tres dolores diferentes y simultáneos... « ¿Será la muerte? » pensó. Y sintió que su voluntad se desprendía de su cuerpo y se hacía indiferente al daño de la carne. Torpe y dolorida, se separó de la banqueta y trató de alejarse de ella sin pensar siquiera que aquello era una cosa para sentarse y descansar. En su confuso despertar, veía el sitio de reposo en los escalones, enfrente de ella. Se arrastró hacia ellos, consiguió sentarse en el primero y allí se estuvo inclinada sobre las rodillas, tratando de vencer el agudo dolor de sus riñones.

Crispada de este modo, pensó y le vino bruscamente á la memoria lo que habia pasado entre ella y su marido. Soñó con el dolor presente y con los minutos horribles que le habian precedido. « Se acabó; esta hora espantosa no volverá á empezar. » Le pareció que acababa de comprar á tan duro precio el derecho de tener á su hijo. Una de sus deudas estaba pagada. Y por primera vez desde hacia mucho tiempo sintió un ligero estremecimiento de esperanza. Después fué dominada por la debilidad física; su cabeza se inclinó sobre las rodillas y ya no pensó más... ó pensó sólo lo suficiente para saber que no dormía... El tiempo transcurrió de nuevo en la obscuridad.

— ¡Princesa!

Marta abrió los ojos y en la intensa luz de la puerta abierta vió á Martina, que se inclinó hacia ella y la enlazó con los brazos.

— ¡Princesa!... ¿Qué siente usted?... ¡Oh! ¡Dígame usted que vive!...

— Sí... sí... no tengo nada... pero quédese usted... quédese... no me abandone...

— Por supuesto, que no la abandono... ¡Vamos! Hay que entrar, princesa, déjeme usted que la sostenga.

— No... dijo Marta espantada, no quiero entrar. El príncipe me ha arrojado fuera. Martina, quiero irme de esta casa. Se lo suplico, lléveme de aquí.

Martina se levantó y pensó un instante.

— ¿Puede usted estar sola un poco? Vengo al momento; espéreme.

— No, no me deje usted, suspiró otra vez Marta.

— Vuelvo en seguida. Siéntese en la banquetta y estará mejor. Espéreme usted.

Condujo á Marta, la sentó y entró en la casa. Marta hubiera querido llamarla, detenerla, aterrada por el miedo de que Martina trajese á Cristián, pero el umbral iluminado de aquella casa, aun abierto de par en par, le parecía cerrado por una barra de fuego. Su ansiedad fué atroz hasta que la doncella apareció, vestida á toda prisa y con un sombrero, un abrigo de Marta y un saquito. La princesa se dejó poner el abrigo y el sombrero. El menor movimiento la hacía sufrir, pero aceptaba el sufrimiento con completa indiferencia.

Martina la cogió por un brazo y dijo:

— Bajemos.

Marta empezó á bajar. A medida que descendían se hacía más densa la obscuridad.

En el entresuelo la princesa tuvo que sentarse, rendida. Martina le dejó unos instantes de reposo y dijo después:

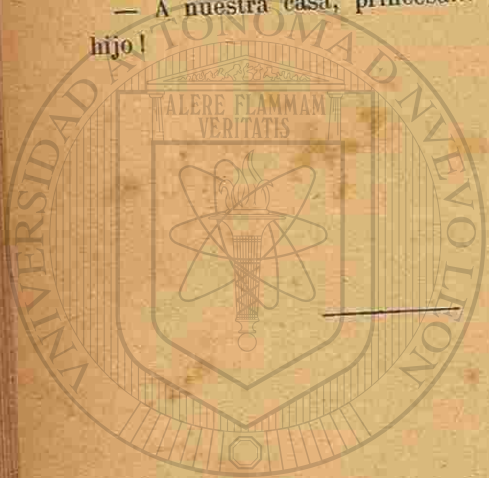
— ¡Vamos... valor!

Marta se levantó y siguió bajando automáticamente. Le parecía que aquellos escalones interminables se hundían en la tierra.

— ¿Á dónde vamos, Martina? preguntó débilmente.

Martina respondió:

— Á nuestra casa, princesa... ¡Á casa de mi hijo!



CUARTA PARTE

Una vez más se había desarrollado el ruidoso, brillante y monótono ciclo de los goces, de los dramas y de las diversiones de París entre las cacerías de otoño y lo que se llama las grandes pruebas de « sport » del verano. De noviembre á junio, París había realizado su vida de arte y de escándalo, de amor y de negocios, de negra miseria y de elegancia insolente. Habíanse verificado matrimonios, divorcios y duelos, procesos vergonzosos y catástrofes, éxitos brillantes y lamentables bancarrotas de dinero y de honor. Algunos personajes que se creían indispensables para la fisonomía de la población, habían muerto. Habían surgido estrellas en el horizonte del teatro y de la fiesta. Cada mes había atado su haz de actualidades flamantes, marchitas un día después. Y en el momento en que el

sol, por encima de la apoteosis del Bosque, subía hacia el signo de los Gemelos, y las personas precursoras alquilaban ya su villa en Deauville, la tregua de las vacaciones iba á sumir en el olvido todo aquel año con sus derrotas y sus glorias, con sus dichas y sus desastres, con sus vivos triunfantes y sus muertos desposeídos. Olvido tan rápido y profundo, que al empezar la otra estación París recordaría esas cosas de ayer como un hotel de playa, desinfectado, barrido y pintado de nuevo durante el invierno, conserva las huellas de los huéspedes de paso que han vivido en él algún tiempo.

No había hecho falta tanto tiempo para que sobre el incidente mundano de la desaparición de la princesa de Erminge se tejiese el velo confuso y vago gracias al cual los sucesos pierden á la vez sus detalles, su fecha y toda relación de causa á efecto. Al principio se habían murmurado explicaciones, hipótesis y bromas. La prensa, oportunamente visitada por el apoderado del príncipe, había sido casi unánimemente discreta, y si bien dos ó tres periodicuchos de escándalo hicieron insinuaciones sobre la fuga de una princesa con su camarista, un gran periódico, gaceta autorizada de las personas de título y corona, restableció las cosas en estos términos :

« Uno de los hombres más visibles de la sociedad parisiense, que lleva un nombre ilustrado por la historia de la guerra de los Treinta años y por los

anales franceses del siglo XVIII, ha sido herido recientemente en sus más profundas afecciones. Su mujer, atacada por una cruel enfermedad nerviosa, ha tenido que buscar la curación en un establecimiento del extranjero. Este es todo el secreto de la ausencia momentánea de una deliciosa parisiense. Hubiéramos guardado silencio acerca de estas tristezas si no se hubiera pronunciado impudentemente la palabra « fuga » en los círculos en que basta, según parece, que hiera la desgracia á uno de los miembros de la alta sociedad para que deje de ser respetable... »

Esta explicación, concertada entre la señora de Gudere y la familia Erminge, fué fácilmente admitida y hubo muchas personas que calificaron sinceramente de fábula la historia de la fuga con la camarista. El príncipe temía que Marta reapareciese y le desmintiese en público, pero Magdalena, que sabía en detalle la escena de la confesión y conocía bien á la princesa, aseguró que ésta no meditaba ni escándalo ni explotación y que se estaría quieta, pues estaba sin duda bajo la influencia de aquella Martina, que era una especie de devota iluminada. Cristián se dejó convencer y los primeros días después de la fuga transcurrieron sin incidentes y confirmaron la opinión de Magdalena. En las semanas siguientes llegaron, sí, algunos anónimos diciendo que la princesa estaba en París y que se indicaría su domicilio al que enviase tal

suma á determinada oficina de correos. No se respondió y se puso en la puerta á dos ó tres individuos de malas trazas que se presentaron con proposiciones semejantes. En una palabra, fuera de esos fondos de la sociedad en que los escándalos son materia explotable, á nadie interesó el paradero de Marta y su suerte permaneció ignorada. La princesa Guillermina y Cristián se acostumbraron á esta seguridad y cada día tranquilo les confirmó en ella.

Quedaba, es cierto, el peligro de que el bastardo se presentase un día reclamando supuestos derechos, pero ese peligro era lejano y Cristián se había enterado de que la ley no daba derechos á aquel niño contra él. Su mente, pronto cansada de prever y de combinar, acabó por creer que no ocurriría nada desagradable y que todo aquello había pasado como un mal sueño. Poco á poco, aquel grave cuidado dejó de serlo, y sus celos, amortiguados por el miedo al escándalo, se fueron despertando. Estaba menos seguro que nunca de la fidelidad de Magdalena, pues sus sospechas eran excitadas diariamente por las frases de su madre la princesa Guillermina, que le reprochaba sus relaciones con aquella mujer indigna y le auguraba que sería burlado por ella. Cristián oía estos reproches con sumisión y paciencia. Prefería oírlos y que su madre le hablase y le manifestase su ternura regañona con las palabras alemanas que empleaba para re-

ganarle. También él se sentía solo en la vida y el único lenitivo á esa soledad era su madre. Á su lado se encontraba en comunión con la gente de su raza, de la que le apartaban su vida presente de hombre de círculo y de elegancia y sus amores con una parisiense ultracivilizada. Pero esta mujer le hacía sufrir al obligarle á un esfuerzo mental, tan doloroso para él como una posición falsa de los miembros prolongada durante muchas horas. Aquel hombre, que no sabía por su naturaleza más que gozar de lo que se le entregaba ó atacar como un bruto á lo que se le resistía, se veía obligado á espiar matices, á vigilar, á analizar y á ser celoso sin dejar de esconder sus celos bajo un exterior político... Es probable que sin la excitación constante de su madre, hubiera caído en una quietud desanimada y dicho se á sí mismo: « No pensemos más en tal cosa. » Pero cuando, con el corazón y la mente doloridos, trataba de vivir tranquilo, la princesa Guillermina le aguijoneaba y le obligaba á empezar otra vez sus esfuerzos de análisis y de sospechas.

En este esfuerzo se hubiera descorazonado otro más experto y más listo, pues Magdalena tenía un juego hábil y no dejaba ver las cartas. Toda la perspicacia que faltaba á Cristián la tenía ella, hasta el punto de leer literalmente sus pensamientos. Sabía de quién estaba celoso y, sin embargo, jamás se pronunciaba entre ellos el nombre de

Remigio, Magdalena no pasaba un día ni una hora sin que su imaginación le sugiriese la horrible imagen : Cristián atacando á Remigio y despedazándole. No tenía más que un recurso contra esa eventualidad horrorosa : engañar á Cristián por el amor. Estuvo casi enfermo cuando la desaparición de Marta, y ella le cuidó. Cuando estuvo curado, fué para él una amante como nunca lo había sido. Cuando le veía en un estado de semiembriaguez que ella sabía conocer, no tenía necesidad de fingir gozo á los ojos del príncipe, pues era verdaderamente dichosa con la perspectiva de una tregua de algunas horas y, á veces, de unas semanas, durante la cual podía amar á Remigio sin la angustia que le hacía casi dolorosa su presencia.

Tal era el drama entre aquellos tres seres, de los cuales sólo uno, Remigio, tomaba la vida con des-cuido. Valiente, ó más bien incrédulo del peligro, pasaba por los acontecimientos como por un ensayo de comedia, poniéndose el traje que hacía falta ó indiferente respecto del papel con tal de que fuese divertido. La única pasión que le sacaba un poco de sus casillas era el juego. Se le había visto un día, en el círculo, descubrir que un extraño recientemente introducido era un tahur que le robaba, y saltar á él para darle tal paliza que tuvieron que separarlos los lacayos... Por el contrario, en amor manifestaba una completa frialdad de corazón. Consideraba á las mujeres como juguetes y á Mag-

dalena como el más divertido de todos. Á Marta la olvidó mucho antes que Cristián. Nunca había temido de ella reivindicaciones molestas, pero, con todo, valía más la desaparición. Si no trató de averiguar sus causas, no fué por temor de saber que era él el responsable, sino por una sincera indiferencia. No se ocupó más de ella en cuanto su ausencia dejó de ser una actualidad de salón. Marta no había sido nunca en la « cuadrilla » más que un lindo accesorio, y cuando desapareció, el trágico olvido del mundo se extendió rápidamente sobre ella como las tinieblas de la muerte.

Uno solo de sus compañeros de otro tiempo no la olvidaba, aunque jamás pronunciase su nombre; era Jerónimo Pefaut, que siempre imaginaba con angustia la tormenta en que Marta había zozobrado. No se le había dado más explicación que la de la casa de salud, como á todo el mundo; pero él podía solamente sospechar la escena que se había producido entre Cristián y su mujer. ¿No la había él provocado con el sincero consejo de confesión que dió á Marta? Jerónimo consideró, pues, como un deber el buscar á la ausente y ofrecerle su ayuda. Pero tres días después de la fuga de la princesa recibió una carta de Martina, fechada en París, en que la doncella le decía : « La princesa se halla en seguridad y su salud no está comprometida. Desea que usted sea informado de esto y le pide que hasta nuevo aviso, no trate usted de bus-

carla, y le guarde el secreto... » Aquella carta le sorprendió y le dictó su conducta. « Puesto que no quiere que sepa su retiro, pensó con amargura, es que no me necesita ó que desconfía de mí. » La tristeza que esto le produjo le hizo conocer, aunque no quisiera confesárselo á sí mismo, qué lugar había ocupado en su corazón aquella niña extraviada, cuando sólo creía haberle profesado una amistad casi paternal.

En el mes de junio de aquel año los barones de Haltinger resolvieron asombrar á los parisienses con una fiesta en el gran lago del bosque de Bolenia : danzas antiguas en la orilla, entre el brillo de las luces eléctricas y de bengala. Aquella fué para la « cuadrilla » la ocasión de una comida en la isla, donde los convidados se reunieron á eso de las ocho. La « cuadrilla » había prescindido de Marta sin que cambiase en nada su incansable afán de diversiones. Habíanse agregado algunos personajes nuevos pertenecientes á uno de esos círculos de americanos que colonizan los alrededores del Arco de Triunfo : lindas mujeres llenas de alhajas y de encajes, y con la pretensión de hablar de todo y de verlo todo ; maridos discretos, intermitentes y borrosos ; jóvenes « fascinadoras » cultivadas hasta el extremo, y que lo saben. El círculo americano no estaba representado aquella noche en la comida de la isla más que por la señora de Luton, magnífica

matrona, envuelta en un interminable collar de perlas, y por su hermana, la señorita de Behrenheim, apenas menos adornada que ella. Habían llevado á un amigo, el tercer novio de la muchacha en los dos años que llevaba en París. Era un francés, camarada de círculo de Cristián y de Remigio ; se llamaba Juan Le Hirel y pertenecía á una excelente familia del Delfinado.

Con esos tres convidados, la primera barca condujo á la isla al pintor Apistrol, que exhibía su hermosa barba á lo Enrique IV.º, de la que la señora de Ars había desterrado las canas, lo que hacía que pareciese postiza. Dicha señora pasó el lago en una canoa automóvil conducida por ella y tripulada por Remigio, Saraccioli y Ars. La « devoradora de kilómetros » seguía con su agitación y con su linda cara de rubia Eva familiarizada con todas las serpientes y capaz de darles cruz y raya en el capítulo de la tentación. Después llegaron los Destreux de Saint-Clair, y Jerónimo Pefaut los siguió de cerca. Era una divina noche de junio, de esas que son comunes en el norte durante toda la estación y de las que sólo se cogen en París dos ó tres en la primavera ; una de esas noches en que parece emanar de las cosas y envolverlas una luz difusa y maravillosa.

Cuando los recién llegados se estaban dando apretones de manos, vieron que se acercaban en una barca Cristián y Magdalena.

— ¡ Calla ! exclamó la joven Behrenheim. ¡ El príncipe y la de Guivre en el mismo barco !

— No será la última vez, dijo Campardón, que la condesa conduzca á Cristián.

— ¡ Qué gracioso está usted esta noche ! replicó Remigio, tan duramente que se acabaron las réplicas.

La pareja desembarcó en silencio.

Se dirigieron á la mesa, puesta en una especie de cobertizo. Las mujeres se quitaron los abrigos y todos se sentaron. Pronto venció toda resistencia la ardiente voluntad de Magdalena de animar la comida y hacer que reinase la alegría á pesar de una especie de molestia que producía el mal humor de Remigio. Magdalena estaba contenta, pues Cristián llevaba unos días sumido en esa fe beatífica que á ella le dejaba en libertad. Pudo hasta colocar á Remigio á su lado con el consentimiento del príncipe.

— ¡ Ese pobre Remigio ! Sea usted amable con él... Está nervioso porque parece que se está hundiendo terriblemente hace algún tiempo...

— Le vi ayer perder cincuenta mil francos en cinco golpes, respondió el príncipe.

Á fuerza de amabilidad, Magdalena supo alegrar á Remigio sin excitar los celos de Cristián. La comida, además, fué corta. Á las diez se levantaron, pues hacia el lago empezaban á verse cohetes anunciando la fiesta.

— ¿ Vamos ya hacia allí ? preguntó Apístrol.

— Haltinger me ha dicho esta mañana que hasta las diez y media no empezaría la danza, respondió la de Ars.

— Perdámonos, entonces, en los bosques.

Por veredas y á través de los matorrales, se dirigieron todos al otro lado de la isla, donde tenían alquiladas unas lanchas. Cristián y Magdalena iban delante, seguidos por Saraccioli, Remigio y Campardón. Después iban los de Ars y los de Saint-Clair y luego Juan Le Hirel con las americanas.

— ¿ Sigue durando eso ? preguntó el italiano designando con la vista á la pareja que iba delante.

Campardón, que sabía como todos ellos que no se debía hablar de esas cosas delante de Remigio, trató de cambiar de asunto.

— En París todo dura .. Es muy conservador este París... Además, no se sabe nunca...

— Dispense usted, insistió el italiano ; yo estaba al lado de la condesa cuando acabamos de comer y soy un poco observador, como usted sabe. He sorprendido...

— Remigio, interrumpió Campardón, ¿ sabes quién ha organizado realmente la fiesta de ese imbecil de Haltinger ? La chiquita Lievens, del teatro del Ateneo.. Está loco por ella.

— Deja hablar al señor Saraccioli, dijo Remigio con impaciencia... De modo que ha sorprendido usted...

— He visto con mis propios ojos, cuando el príncipe puso el abrigo á la condesa, un ademán enteramente tierno, casi conyug...

Un positón y un pellizo que le dió Campardon le impidieron continuar... Y la voz de trueno del robusto amigo gritó al mismo tiempo á la pareja que iba delante :

— ¡ Magda !... No tan de prisa... Me ahogo. .

Cristián y Magdalena se volvieron y aparecieron iluminados por el reflejo teatral de las luces del lago. Campardón sintió entonces haberlos detenido, pues, realmente, formaban un espectáculo cruel para un celoso, hasta tal punto estrechaba Cristián el brazo de la condesa y tenía, sin afectarlo, un aspecto de posesión sobre ella y casi de matrimonio. Campardón comprendió que Remigio estaba rabioso, y en el deseo de procurar la tranquilidad de todos, creyo hábil decir :

— ¡ Qué cara de marido tiene el bueno del príncipe !

— ¡ Déjame en paz ! replicó secamente Remigio. Durante la travesía, que los tres hombres hicieron con Cristián y Magdalena, Remigio, con mirada aviesa, no dijo palabra ; pero, ya en la fiesta, recobró su aplomo y su irónico buen humor al lado de la de Luton y de su hermana, á la que fingió cortejar. Magdalena, á pesar de sus esfuerzos, no lograba disimular su inquietud. Conocía la mirada de Remigio y había visto en ella el odio y el deseo

de hacer daño. ¿ Qué iba á pasar si no le aplacaba á tiempo ?

El mismo Remigio, á pesar de sus forzadas ironías, acabó por callarse, y apoyado en una balastrada miraba con indiferencia las danzas antiguas que desarrollaban sus anillos de brazos desnudos en las azuladas claridades eléctricas. No podía olvidar sus grandes pérdidas de dinero de los últimos días ; ciento cincuenta mil francos que tenía que encontrar en cuatro días, concedidos por los que habían ganado. Ordinariamente, el aspecto celoso de Cristián le divertía en vez de molestarle, y lejos de pensar en tener celos, consideraba, por el contrario, que hubieran sido muy fastidiosas unas relaciones exclusivas con Magdalena... ¡ Cuántas veces había pensado : Es ideal tener una amiga encadenada como ésta ! Pero aquel día, aminorado á sus propios ojos por su mala suerte y por su necesidad de dinero, miraba las cosas de otra manera. Cristián le parecía menos ridículo y no se consideraba ya á sí mismo en edad de esconderse ni de acechar las ausencias de otro. « ¿ Por qué ha de ser él ? No es muy rico y ha pasado de joven. » Las amenazas de brutalidad de Cristián, que nunca le habían asustado, le atraían entonces. Se consideraba echando por tierra al príncipe, y hasta hacía un esfuerzo de caderas como si realmente tuviera vencido al coloso.

De repente sintió gana de manifestar su hostili-

dad y su mala intención atormentando á Magdalena y haciéndola sufrir en el amor que le profesaba, que es la primera venganza que se les ocurre á los amantes. Se aproximó entonces al grupo de la condesa y sus amigos y con una expresión de amabilidad que no engañó á Magdalena, se puso á hablar con ella y consiguió llevársela aparte, á la vista de Cristián. La de Guivre, viendo el peligro, cedió, contando con la actual tranquilidad del príncipe... Éste, indiferente al principio, no pudo menos de observar al fin lo que todo el mundo observaba; la expresión de conquista de Remigio al hablar con Magdalena y la turbación que ella no podía disimular... Remigio afectaba la actitud de un amante dichoso y hablaba con los labios cerrados como quien no quiere que nadie le oiga. Magdalena, en su turbación, casi hacía lo mismo y esto daba á su coloquio un carácter tan evidentemente sospechoso, que chocó no sólo á Cristián, sino á todos los testigos de la escena. Los dos amantes decían :

— ¡Déjame, te lo ruego !... ¡ Nos observan !

— No. Nuestro juego ordinario no me divierte. Lo que me gusta es ver al reitre celoso.

— ¿ Pero qué sacas con eso ?.. Sabes que es á mi á quien hace sufrir con sus celos, que la toma conmigo y no me deja vivir... Oye : te amo, te amo... déjame.

— No te dejas... Esta noche te quiero para mi solo. Sí, es una chifladura, pero estoy celoso.

— ¡ Celoso, tú ! murmuró Magdalena... ¡ Ah ! Eso sería muy hermoso. Poco me importaría que nos matase á los dos, con tal de haberte tenido un día loco de celos como él... Pero tú no los tienes. Estás nervioso y te diviertes en atormentarme... Déjame... ¡ Va á ocurrir aquí una desgracia !...

Con tan ardiente sinceridad dijo esto Magdalena, que el joven consintió al fin en separarse de ella y la dejó acercarse á la de Ars, que estaba con las chicas de Avigre y con su madre. Remigio desapareció sin despedirse de nadie, y Cristián, vuelto á sus sombrías meditaciones, miraba sin verlo el horizonte lleno de cambiantes colores. Estaba muy triste, triste como nunca, y se sentía aprisionado por la vida como por una pesadilla. ¿ Le engañaban Magda y Remigio ? ¿ Cómo saberlo ?... Hizo un brusco movimiento de hombros. ¡ Ah ! ¡ Qué mal se encontraba en este tiempo de intrigas y de astucias ! « ¡ Pero soy el más fuerte ! » pensó, dirigiendo á Magdalena una mirada espantosa. La idea fija que le perseguía hacía meses se iba haciendo dueña de él. Y en la berlina automóvil que los llevaba hacia el hotel de Magdalena, ninguna de las frases alegres ó tiernas que ésta le dijo logró distraerle. Espantada, Magdalena se atrevió á proponerle en la puerta de su hotel que entrase con ella y se quedase, favor sumamente raro que era siempre recompensado por una larga sumisión de Cristián.

Pero el príncipe se excusó pretextando un gran cansancio.

— ¿Se va usted á su casa entonces? preguntó Magdalena en el umbral.

— Naturalmente.

— Buenas noches. Deme usted mañana noticias tuyas por teléfono.

— Convenido.

Medio tranquila, Magdalena se metió en su casa. Cristián, ya solo en la berlina, meditaba: «Hubiera debido interrogarla... Pero no. Me ha propuesto que me quedase, luego no espera á nadie. Sin embargo, ¿y si hay una señal convenida entre ellos?...» Recordó que Remigio había desaparecido temprano y pensó: «Voy á pasar por el círculo, á ver si está allí...» Se hizo llevar á la calle de *Saint-Florentin* y el portero á quien preguntó le dijo que el vizeconde de Lasserrade estaba en la sala de juego. Subió y en cuanto entró en la sala sus ojos vieron al que iban buscando. Remigio estaba tallando en la mesa grande de *baccarat*.

Hacia dos horas que tallaba y media que estaba ganando, después de varias alternativas. La partida era fuerte. Cristián, jugador experto, contó de una ojeada más de dos mil luises en el cuadro de la izquierda, y se puso á apuntar sin sentarse, entre dos jugadores. Remigio no le había visto, exclusivamente ocupado en las puestas, y echó una mirada circular á los puntos cuando unas cuantas

jugadas contrarias le incitaron á buscar qué elemento de mala suerte turbaba su fortuna. Vió entonces al príncipe, que se estaba sentando, y la rabia de hacía un rato le mordió de nuevo en el corazón. Sus celos y su mala sombra se confundieron para él, y siendo, como era, tan dueño de sí mismo, perdió de pronto el uso de sus facultades y se puso á conducir el juego como un principiante y con ese ciego frenesí contra el azar que es siempre causa de derrota. Por dos veces puso quinientos luises en banca y por dos veces se le fundieron sin alternativas y con una lentitud que marcaba bien la infalible orientación de la suerte contraria... Cristián, en cambio, ganaba con el seguro método que inspira la convicción de estar de vena... Un sentimiento de desquite le animaba contra Remigio, al que veía dando las boqueadas; al fin de esos derrumbamientos de fortuna están la desconsideración, la locura y, á veces, el suicidio. Y Cristián sabía que apuntando cada vez más fuerte, contribuía á ese resultado. Era Remigio demasiado jugador para no conocerlo, y el juego se convirtió pronto en una lucha entre el príncipe y él. Cuando Remigio se levantó después de haber perdido ochenta mil francos, se sintió vencido y arruinado por Cristián.

En aquella suntuosa sala de teatro y de juego, de pilastras de mármol y cornisas doradas, ocu-

rrió entonces uno de esos dramas breves, misteriosos y repentinos que tan interesantes son precisamente á causa de la decoración y porque no interrumpen en nada el movimiento del placer y de la fiesta reinante. Cristián se separó de la mesa de juego casi en seguida que el banquero. Remigio se encontraba solo, pues los discursos que se deben dirigir á un camarada desvalijado no son tentadores para los hombres de círculo. Los dos hombres se dirigieron el uno al otro, se encontraron en el centro del salón, casi vacío por la aglomeración de la gente hacia el juego, y sus manos se estrecharon sin que ellos se dieran cuenta, tan difícil nos es desprendernos de la estrecha vestidura de las conveniencias sociales. Sus ojos despedían chispas mientras sus manos se tocaban; ambos sabían bien que iban á atacarse mutuamente. Y, en efecto, el hecho no tardó en producirse. Con una torpeza sorprendente, como si las palabras obligasen á la boca á que las pronunciase, Cristián dijo el primero:

— Su mala suerte de usted continúa.

— Y usted, replicó Remigio, es todo lo afortunado que merece... ¡Ea! añadió con gran calma, mientras Cristián se quedaba vacilante ante el ultraje, no tenemos para qué esperar, puesto que los dos deseamos lo mismo. Voy á contar con dos amigos; haga usted igual y que se vean en mi casa mañana á las once, si usted quiere... No hay

para qué decir que en cuanto sea de día tendrá usted en su casa el dinero que ha ganado.

Cristián, anonadado, no se movía. Pero Remigio, que quería duplicar el insulto y dejarlo clavado como una banderilla en la carne dolorida del adversario, añadió:

— Le debo á usted esto... más bien dos veces que una. Y hace tiempo que la idea me estaba haciendo cosquillas.

El príncipe vió alejarse con deliberada lentitud aquella linda silueta de entallado frac negro; y como un Goliat herido en la sien por la honda de un efebo, se dejó caer en un sillón.

« Más bien dos veces que una... Sí... ha querido decir Marta y Magdalena... ¡ Ah! matarle...

Pensó con repetición en la espada que su mano iba á introducir en la carne, en la vida de aquel enemigo. Y ese pensamiento le calmó poco á poco. Le rodearon unos cuantos amigos y pudo hablar con ellos de cosas indiferentes, pero mientras hablaba le producía una deliciosa sensación la idea del acero penetrando en la blanda resistencia de una carne joven. Por fin llamó aparte á dos personas seguras, el marqués de Larens y el señor de Comtat, y les contó que acababa de sufrir ciertas inconveniencias del vizconde de Lasserrade, rabioso por su pérdida al juego. Se convino en que esos señores irían al día siguiente á casa de Remigio, donde estaban seguros de encontrar otros dos

amigos de éste. Cristián les rogó que arreglasen el lance lo más pronto posible, para por la tarde, si bastaba la mañana para las conferencias.

Al día siguiente, á eso de las doce, los dos adversarios supieron que el encuentro se verificaría aquella tarde, á las cuatro, en un establecimiento hípico de Neuilly. Remigio, que había enviado al príncipe el dinero que le debía, salió en coche, en cuanto acabaron las conferencias, para continuar sus visitas á los usureros. El joven enviaba ya al diablo su locura de provocar á Cristián y se asombraba de haberse dejado llevar un momento por los celos. « ¡ Bah ! pensó, no deja de halagarme la idea de darle una estocada en un brazo... » No sentía contra Cristián odio ninguno ni más que el rencor del jugador desgraciado hacia el que le ha ganado el dinero.

Pero aquel incidente, tan ligero para el joven, llenaba en cambio el alma del príncipe de Erminge. Cristián no tenía más que dos pensamientos : Magdalena era la querida de Remigio, y Remigio iba á estar dentro de poco á merced de su fuerza furiosa. No dudaba ni un instante que el lance terminaría por la muerte de Remigio. Y, sin embargo, desde la aventura de los floretes, en el colegio, no se había batido ni había estado en salas de armas. Pero ¡ qué importaba ! ; iba á tener en la mano un instrumento de muerte enfrente de un adversario

execrado, y esto le bastaba. Estaba seguro de matar á Remigio sólo al compararle consigo mismo. Y la idea de aquella muerte le aliviaba de todo rencor. Muerto Remigio, habría él conquistado por sí mismo aquella presa femenina y no pensaba en pedirle cuentas del pasado. La quería para él solo, nada más, y aquello le daría plena satisfacción y completa tranquilidad... De este modo, por efecto de la crisis suprema, reaparecía en Cristián todo lo que la educación y la época habían ocultado provisionalmente de su naturaleza, mientras se suprimía lo que se había sobrepuesto á su sensibilidad primitiva. Á medida que se aproximaba la hora del duelo, se sentía más tranquilo y casi dichoso, como un hombre que va á salir de una esclavitud momentánea y á recobrar toda su libertad. Iba á tomar de nuevo posesión de su herencia. Iba á realizar una especie de acto de piedad para con sus antepasados al destruir, como ellos lo hacían, á un enemigo insolente.

Una hora antes de la fijada á la carretela para venir á buscarle, se hizo anunciar á la princesa, su madre. Esperó que está acabase su meditación y fué recibido. La princesa Guillermina estaba sentada en un silloncito almohadado, de un estilo horrible, único mueble moderno entre los trastos bastante nobles traídos de Alemania. Era alta, flaca y de una armazón tan sólida como la de su hijo, que se parecía mucho á ella. Se vestía y se

cubría siempre la cabeza con encajes negros, de los que salían una cara y unas manos de palo, como las piezas de una muñeca gigantesca. No tenía gran aspecto y parecía bastante limitada de entendimiento. Dió á su hijo las buenas tardes en francés y le habló en seguida en alemán. Ignoraba, naturalmente, el duelo, y estaba preocupada por la situación financiera del príncipe y por la idea de saber si, una vez desembarazado de Marta, vivía cómodamente con sus rentas. Cristián estaba sentado al lado de su madre y le tenía cogidas las manos. Después de haberle echado una peluca sobre la cuestión de dinero, la emprendió duramente sobre la cuestión de la querida y no escaseó los más crudos insultos á la de Guivre. Cristián la dejaba hablar sin soltar aquella mano dura y rígida. Le parecía que por aquel frío eslabón se agarraba á toda su raza y recibía su investidura y su fuerza. Su obediencia y su respetuosa actitud, impregnadas aquel día de cierta ternura, acabaron por impresionar á la princesa, que le dió un beso en la frente. Cristián se despidió y salió llevándose una certeza más de aquella victoria indudable.

Lucía un claro sol, no muy ardiente gracias á recientes lluvias, cuando Remigio y Cristián se desnudaron, cada uno en una sala del establecimiento hípico de ladrillo y hierro. Á su lado estaba desplegado todo el aparato médico de sus cirujanos, y los padrinos estaban fuera tomando las últimas

disposiciones para el lance. El señor de Comtat, que pasaba en su círculo por ser una especie de padrino profesional, estaba dando á Cristián consejos triviales é inútiles, cuando no perturbadores y peligrosos, en el momento de la acción. Pero Cristián no estaba en situación de que le perturbase un consejo. Cuando se estaba poniendo la camisa flexible y calzándose los guantes de paseo, experimentaba exactamente la misma emoción que un campesino cuando descuelga la escopeta y baja al corral para matar un zorro. Era un cazador de animales dañinos que sabía que uno de ellos estaba allí, á su alcance... Como no respondía á Comtat, éste le creyó preocupado y cuando el príncipe se dirigía con su pesado paso al sitio del encuentro, en que le esperaba Remigio, dijo al marqués de Larens:

— Nuestro amigo está muy sombrío... No le creo, sin embargo, hombre de tener miedo...

El marqués sonrió con tristeza y respondió:

— El que tiene miedo soy yo, y no por él... ¡Duelo más tonto! Siento mucho haber ido anoche al círculo.

Las espadas, después de juntarse un instante en las manos de Comtat, se accebaban ahora á distancia, se tocaban y se cruzaban. Remigio, más ágil, acosaba á su adversario, que casi no se movía y con la mirada fija, como en espera, paraba con ligeros movimientos de muñeca y esperaba la oca-

sión de dar el golpe. Así transeurrieron los dos primeros minutos hasta el descanso obligatorio... Durante este descanso, Cristián no apartaba los ojos de Remigio, que afectaba hablar con sus amigos y les enseñaba la marca de su espada. Después se volvió y se encontró con Cristián que le estaba mirando. Entonces comprendió por primera vez la amenaza próxima, actual, de aquella mirada, y que aquel hombre quería matarle. Y en el breve espacio que le concedía aún el destino, vió la posibilidad de morir. Se le representó toda su vida en una rápida aparición y la encontró inútil, vacía, corta y repleta de contrariedades. Le pareció que estaba solo y abandonado por todos en medio de la hostilidad de las cosas...

« ¡Bah! pensó; no he tenido suerte y sigo no temiéndola... ¡Adelante á pesar de todo!... »

Las espadas se juntaron de nuevo... Remigio estaba nervioso y atacó violentamente. Un quite de Cristián le desunió. La respuesta le tocó ligeramente encima de la tetilla izquierda y al retroceder por efecto de ese pinchazo, Cristián se tiró á fondo y le atravesó el pulmón... Remigio vió que el edificio de hierro y ladrillo se levantaba del suelo é iba hacia él para aplastarle... Se aproximaron otras formas, unos brazos, unas caras, una roseta encarnada en la solapa de una levita... El suelo se hundió suavemente debajo de él como un escotillón que se desliza.

Un sabor salado le envenenó la boca y le anegó interiormente... Dió un gemido.

Y toda la obscuridad que le penetraba desde fuera se unió con la marea salada que le subía por dentro, y le sumergieron.

La berlina del cirujano se llevaba á Cristián hacia París á través del Bosque alegre y lleno de sol. Los dos hombres iban callados, el doctor nervioso y Cristián muy tranquilo. El desenlace del duelo no le había asombrado ni turbado; le esperaba. Y ahora se sentía descansado, primero porque el elemento brutal de su naturaleza había encontrado un desahogo, y después porque, por primera vez en su vida, se sentía dueño absoluto de Magdalena. Cuando la berlina llegó á los Campos Eliseos, el doctor se aventuró á decir:

— Ya sabe usted que se va á presentar la cosa como un accidente de asalto; pero el juez de instrucción le llamará á usted hoy mismo, acaso, y sería mejor que se presentase usted espontáneamente al fiscal del Supremo.

Cristián respondió sencillamente:

— Hoy no tengo tiempo.

Se bajó de la berlina, tomó un coche de punto y se hizo llevar á la calle de Offemont.

La condesa había vuelto á su casa media hora antes, después de haber esperado en vano á Remigio en una cita para la que éste olvidó el dar con-

traorden. En seguida había enviado á la doncella á casa del joven para pedir noticias, y cuando Cristián llegó, la doncella no había vuelto. Magdalena le recibió sin disgusto pensando saber algo por él.

— ¿De dónde viene usted, querido amigo? ¿De la *garden-party* de los Saint-Clair?

Pero él la había cogido en sus brazos diciendo «no» con la cabeza y la miraba con unos ojos tan graves y tan apasionados, que Magdalena se quedó asombrada, dejó de hablar y se sintió como envuelta por el calor de un destino nuevo. Sin tratar de desprenderse, balbuceó:

— ¿Qué tiene usted, Cristián?

El príncipe respondió:

— Es usted mía.

Magdalena no comprendió ni pudo comprender por qué decía aquello ni por qué la miraba como si no la hubiese visto nunca. Era para él la presa conquistada en la pelea y que el reposo de la victoria le permitía contemplar á su gusto. Magdalena no leyó rencor en aquella larga y paciente mirada. Al contrario, la deseaba más apasionadamente que nunca, y él, que siempre obedecía á todos los caprichos de su amada, le impuso esta vez, sin un ruego, la fuerza de su deseo. La condesa comprendió entonces lo que Cristián pretendía y, preocupada por el temor acerca de Remigio, protestó:

— ¡No, no, Cristián!... Sea usted razonable... No quiero... Estoy cansada...

Pero él no la oía y no obedecía á sus reproches ni á la rebelión de su cuerpo, que luchaba ya para escaparse. Se la llevó, como en otro tiempo Oto el Tuerto se llevaba á su guarida á las mujeres desesperadas y las poseía sin que sus lágrimas, sus mordiscos y sus arañazos disminuyesen ó aumentasen su goce, como el placer de un cazador no se disminuye ni se aumenta por la agonía del ciervo. Vencida, trémula y resignada, Magdalena estaba sufriendo su derrota, cuando un grito de la doncella, que subía la escalera, le devolvió la fuerza necesaria para levantarse bajo su vencedor.

— ¡Señora! ¡Señora!

Entró como un relámpago y, sin notar siquiera el desorden de los amantes, balbuceó sin aliento:

— ¡Señora! ¡Señora! ¡El señorito Remigio!...

Y designó á Cristián con mano temblorosa.

— ¡Ha sido él! ¡Él!... en duelo... Ahora mismo...

Magdalena comprendió, dió un grito de demencia y de furor y clavó las uñas en la cara y en las ropas del príncipe.

— ¡Ah! ¡Tú le has matado!...

Cristián miró á la doncella y le mostró la puerta con una expresión tan terrible, que la mujer huyó espantada dando traspies y tropezando en el dintel. Sujetó á Magdalena, á quien abandonaban las fuerzas, y la levantó en alto. Con los ojos agrandados por el terror y por el odio, la condesa exclamaba:

— ¡Asesino!... ¡Asesino!...

Pero él, sin excusas ni explicaciones, la cogió en sus brazos como antes de llegar la doncella, y continuó estrechándola indiferente á sus protestas y á su resistencia. Y aquella mujer tuvo que sufrirle de este modo á pesar de sus gritos, que los criados, inmóvilizados por el terror, no querían oír.

Para corregir el destino de los que en otro tiempo eran llamados « los grandes » se estableció un acuerdo espontáneo entre los representantes humanos de estas dos potencias ideales: la Justicia y la Religión. Gracias á la influencia del duque de Lasserade, no se formó causa eriminal y se admitió la explicación del incidente de asalto. El herido, que fué llevado á casa de su tío, vivió todavía veinte horas en completa postración y esto permitió llamar á un sacerdote y que las exequias fuesen religiosas. Se verificaron cuatro días después del duelo en Nuestra Señora de Passy, parroquia de los Lasserade.

El mismo tiempo de alegre claridad que hizo el día de la fiesta del lago seguía iluminando el barrio provincial en que se eleva la pequeña y disforme iglesia de Nuestras Señora de Gracia. En las calles de alrededor estacionaban como un rosario innumerables coches detrás las carrozas fúnebres revestidas de crespón, y esa nube de desocupados que sale en París de todas partes en cuanto hay el

menor espectáculo que contemplar, rodeaba los coches de una abigarrada infantería. Las exequias estaban anunciadas para las once y á las diez estaba ya llena la iglesia. Allí estaba toda la alta aristocracia francesa, la que no se molesta más que por los muertos de su parentela, y también se veían representadas otras clases brillantes de París, artistas, gente de bolsa, hombres de círculo y personas de placer. La « cuadrilla de Magda » estaba completa, excepto la de Guivre y Cristián, cuyas relaciones, según se decía, eran más sólidas que nunca después de aquel drama.

Allí estaban todos los monótonos figurantes de la vida, entre los cuales Remigio había cesado de desempeñar su papel. Y, sin embargo, si el joven hubiera podido ver, á través de las tablas de su ataúd, la asamblea convocada para sus funerales, la impresión de soledad que sintió en el momento de su muerte hubiera sido más profunda y más clara. Pero no la veía, pobre cadáver mutilado, traspasado y exangüe, segado en plena juventud y sin haber conocido de la vida más que lo que hay en ella menos digno. Entre la multitud de ociosos había, sin embargo, uno más consciente, Jerónimo Pefaut. Oficiaba un obispo en medio de admirable pompa. Desgarradoras músicas descendían de la tribuna y las lámparas de alcohol, enverdecidas con sal, repartían una claridad lívida sobre las negras colgaduras. Jerónimo meditaba.

« He aquí, pensaba, una asamblea reunida para la más grave de las circunstancias, la muerte de uno de los suyos. Se celebran sus exequias según un rito venerable que todos queremos sinceramente conservar y estamos decididos á reclamar para nosotros mismos. Pero ¿cuántos de nosotros se cuidan del sentido simbólico de esta ceremonia?... ¿Quién comprende estas hermosas oraciones litúrgicas que hablan de la resurrección y del reposo eterno en el seno de Dios?... ¿Quién cree realmente en su significación profunda ni en su eficacia?... El que rígido é inerte empieza á descomponerse en la caja de roble, no se ocupaba en vida de tales cosas. La mayor parte de las personas que hoy le acompañan no se diferencian mucho de él... ¿Cuántos se interesan por el problema de su destino? ¿Cuántos tienen una creencia, cualquiera que sea? Siempre que he tratado de preguntar á los más serios de entre ellos, los he encontrado vacilantes, inciertos, rehusando por sistema toda discusión ó resuellos, cuando más, al sistema de Pascal, las genuflexiones, el agua bendita, etc. »

Cerca de él, al otro lado del paso central de la nave, veía á Rosa y á Margarita de Avigre inclinadas, en la misma actitud encantadora, cruzando los blancos dedos de los guantes... También ellas eran de las que no querían discutir más que hasta cierto punto y se esquivaban diciendo : « Déjenos usted en paz, Jerónimo, porque no ha de lograr hacernos

paganas como usted... » ¡Pagano! Podía ser... pero pagano estoico, que no gozaba de nada y vivía como un sabio tolerante, sobrio y laborioso. Los no paganos, ¿eran los Campardón, los Apistol, los Ars y toda aquella multitud, ya cansada de su recogimiento de aparato, que cuchicheaba como en un salón y perseguía al resplandor de las antorchas funerarias su eterna tarea de negocios ó de aventuras? ¡Ah! sociedad pagana, ¿por qué te adornas hipócritamente con una vestidura cristiana que te convierte en una mascarada de almas?

« No; voy muy lejos, rectificó en seguida... Es justo proclamar que no todos los que me rodean son indiferentes ó incrédulos y sólo realizan aquí ademanes dictados por las conveniencias. Mi madre y otras personas de su generación modelaban realmente su vida con arreglo á su fe, y hoy las hay igualmente sinceras. Pero ¿quién se atreverá á afirmar que no son una excepción cada día más rara? Entre los que creen por temperamento ó por educación, ¿qué pocos son los que dirigen su vida por su creencia y son verdaderos cristianos en acción! La mayor parte sienten simpatías por una tradición, y nada más... »

— *Dies iræ, dies illa*, entonó en el coro una admirable voz femenina de contralto. Y aquella misma voz había cantado, doce horas antes, las voluptuosidades de *Carmen* en la Ópera cómica; símbolo de la extraña anarquía que mezcla en París

el amor y el aparato religioso. Jerónimo escuchaba aquella magnífica prosa y se penetraba de ella. Creencia en la Sibila, creencia en la resurrección de los cuerpos, creencia en el juicio supremo de las almas por el Creador ¿quién os aceptaba en toda aquella multitud? Nadie escuchaba siquiera su sonora paráfrasis entre la preocupación femenina de los trajes y la preocupación masculina de las intrigas. Y había muchos, ciertamente, que olvidaban si la ceremonia á que asistían era una boda ó un entierro.

En el momento en que Jerónimo pensaba esto, sus ojos se fijaron en dos mujeres arrodilladas en un rincón, á la sombra de un confesonario. Estaban vestidas de luto y cubiertas con unos velos tan espesos, que hubiera sido imposible el conocerlas aun á la luz del día. Aquéllas, al menos, no hablaban, no reían, no tomaban la iglesia como un lugar de reunión ni asistían al entierro como á un espectáculo. Una de ellas, la más baja, lloraba sin duda, porque de vez en cuando su cabeza se estremecía entre sus manos. La otra no se movía, pero su actitud denotaba un gran fervor.

Aquellas dos mujeres, de las cuales una lloraba y la otra rezaba, fueron para Pefaut un tema de meditación más atrayente que la ceremonia misma con sus clamores de órgano y sus nubes de incienso.

« ¿Quiénes serán? » se preguntaba. curioso por

el misterio de sus almas detrás de sus actitudes. « ¿Qué harán aquí, donde evidentemente no conocen á nadie y nadie las conoce?... No son mujeres del gran mundo, aunque sus vestidos no estén muy mal cortados. Deben de ser unas artesanas del lujo de Paris, modistas ó sombrereras. No son ricas, pero tampoco miserables. Una de ellas tiene mucha pena; la otra no está aquí más que por simpatía ó por piedad. Dos hermanas, probablemente... » La menos alta y más conmovida de las dos ya no lloraba. La otra la había hecho sentarse y estaba meditando, con las manos entre las rodillas. Jerónimo observó que aquellas manos, enguantadas de negro, eran pequeñas y finas.

Mientras el silencio del ofertorio se cernía sobre la iglesia, Pefaut se puso á imaginar la novela de aquellas dos vidas.

« Son dos hermanas... La menor ha perdido su marido, ó un hijo, no hace mucho tiempo, pues el velo indica un luto todavía reciente. Esta es su parroquia y el funeral del ser querido se ha verificado aquí. Esta mañana há venido á rezar con su hermana y la pompa fúnebre del joven Lasserrade la ha sorprendido en sus lágrimas y avivado su pena. Debe de ser su marido, y no su hijo, el que ha muerto, porque una madre no tendría semejante emoción más que á la vista de un ataúd blanco. »

Las campanillas indicaron el momento de alzar que interrumpió un instante la música y las con-

versaciones. La multitud adoptó una actitud ficticia de adoración y de respeto, y, cuando las frentes se levantaron, una admirable contralto de la Ópera, Rosa Galtié, cantó el *Pie Jesu* y arrancó á aquel auditorio artista y estragado un murmullo de admiración, como en el teatro. Las dos hermanas enlutadas seguían de rodillas y la belleza de aquel canto no pareció excitar su sensibilidad.

« El marido de esta muchacha parisiense, pensó Jerónimo, ha conocido un gozo probablemente ignorado de la mayor parte de los que están aquí. No ha estado solo en la vida, y, después de muerto, su recuerdo permanece en un corazón fiel... Nosotros estamos siempre reunidos, pero la soledad nos acecha en nuestras reuniones y hasta en nuestras fiestas y no nos abandona ni en la muerte... Yo, por ejemplo, desde que perdí mi madre no he conocido ni un corazón amigo ni ser alguno á quien haya amado. No ha habido en el mundo más que un alma con la cual sentía yo cierta fraternidad... Y ha desaparecido. »

Por mucho que trataba de impedirlo, el recuerdo de Marta no le abandonaba. Desde que recibió la carta de Martina al día siguiente de la desaparición, no había vuelto á tener noticias. Triste y descontento, se encerró al principio en su laboratorio para distraerse por medio del trabajo, pero hasta allí le perseguía la pena. Como le hubiera parecido ridículo confesarse ciertos sentimientos,

Jerónimo se preguntaba : « ¿Será que me siento responsable de su situación actual? ¿Hubiera confesado á no ser por mí?... » Poco á poco había vuelto á frecuentar la sociedad que antes rodeaba á Marta, con la esperanza de oír hablar de ella ó de sorprender algún indicio. Y su irritación era grande al darse cuenta de aquel absoluto y definitivo olvido.

El oficiante estaba recitando las oraciones de la absolución alrededor del catafaleo cubierto de flores... Después, el cuerpo fué levantado y los concurrentes desfilaron hacia la sacristía, lo que fué para ellos un buen momento de respiro, pues empezaban á encontrar larga la ceremonia. Con satisfacción de colegiales que salen al recreo, la de Ars se acercó á Apistrol. El obeso Campardón se encontró con Rosa Galtié, que había bajado del coro para recoger la admiración de aquel público escogido y que mientras daba la mano y sonreía á los que se iban acercando á incensarla, barría con la mirada á aquella multitud, en la que quería que todo el mundo la viese, pensase en ella, la envidiase y la admirase un instante.

Saraccioli puso la mano en el hombro de Pefaut.

— Ha sido una hermosa ceremonia, dijo, y muy parisiense.

— La verdad es, respondió Jerónimo, que da gana de ser el protagonista.

— ¿Sabe usted el secreto? preguntó el italiano.

— No sé nunca ningún secreto.

— No lo dice usted, al menos. Este es un verdadero secreto. Remigio no ha muerto por accidente, sino en duelo, ó más bien, asesinado por el príncipe de Erminge, porque le sorprendió en compañía de la de Guivre.

— ¡Qué novela! dijo la de Ars, que tomó parte en la conversación sin que nadie la llamase. No cuente usted semejantes tonterías, Saraccióli. Remigio estaba con la de Lievens, todo el mundo lo sabía.

Un remolino de gente separó á los interlocutores. Jerónimo, naturalmente, conocía el famoso secreto, murmurado de unos á otros en el recogimiento de la iglesia. Una atmósfera de intriga amorosa, un reflejo de alcoba envolvía de ese modo á la gente mientras la marcha fúnebre de Griegh derramaba su armonía desde lo alto del coro... Entre tanto, los invitados pasaban por la sacristía, donde el maestro de ceremonias había alineado á las personas de la familia. Primero se estrechaba la mano á los dos hermanos del muerto, Juan Lasserrade, vestido de teniente de dragones, y Huberto, de capitán de artillería. Después al duque de Lasserrade, un anciano guapo y elegante, de aspecto imponente á pesar de su estatura mediana, y muy conmovido, pues Remigio era su sobrino predilecto. Venía después un hombre de

unos treinta y cinco años, calvo y engreído, un pariente de provincia á quien nadie conocía. Al estrecharles las manos, todos ponían la cara compungida, y diez pasos más allá volvían todos á la conversación y á la sonrisa de antes.

Jerónimo se paró un rato en la puerta de la iglesia y cambió allí varios saludos indiferentes mientras escuchaba algunas frases sueltas de los que iban saliendo. Campardón dijo al subir en un coche de punto con el señor Comtal:

— Es lástima que este chico haya reventado. Era tan canalla con las mujeres, que nos vengaba un poco.

« He aquí, pensó Jerónimo, la oración fúnebre más lapidaria de ese miserable niño... »

Y pensando en el problema del destino humano, se marchó á pie y al azar por una de las calles más desiertas del barrio de Passy. Cada vez que la muerte hería á alguien á su lado, sentía la horrible ansiedad de ese más allá tan incierto, y todas las razones científicas que se daba de ordinario para creer en la caducidad de la persona humana le parecían entonces miserables. « Antes de que la espada de Cristián perforase aquel pulmón, había allí una fuerza consciente de sí misma, es decir, tan distinta de las otras fuerzas, que, para ella, el transformarse en otra fuerza no consciente equivaldría á abolirse. ¿Podría, pues, desaparecer una fuerza? ¿Resultaría desmentido el principio de la

conservación de la energía?... » Y, ciertamente, él mismo notaba la debilidad de su lógica al llegar á ese punto del razonamiento. Pero; no flojeaba también cuando imaginaba el pensamiento humano convertido en calor, en movimiento y en vibraciones inconscientes?...

Meditando así, seguía Jerónimo las revueltas de la calle, cuando al levantar los ojos vió á unos treinta metros delante de él á las dos devotas de la iglesia de Nuestra Señora de Gracia. Se habían levantado un poco el velo y hubiera sido posible verlas aproximándose á ellas, pero Jerónimo se contentó con ir detrás, aunque sentía una curiosidad de la que él mismo se burlaba. Al poco tiempo las dos mujeres se metieron por una callejuela transversal y allí la más alta oyó pasos detrás de ellas, se volvió y Jerónimo creyó notar que hablaba en seguida con su compañera y que ambas acertaban el paso.

Sin distinguir sus facciones, Pefaut vió entonces claramente el perfil de sus siluetas.

« ¡ No es posible! » murmuró.

Se detuvo y ellas también, como si le esperasen.

Por fin se decidió, y cuando no estuvo más que á pocos pasos de ellas, la más baja se echó atrás el velo y acogió á Jerónimo diciéndole con amable sonrisa :

— Sí, somos nosotras, y me alegro mucho de ver á usted.

Pefaut cogió la mano que se le ofrecía. Una intensa turbación le detenía las palabras en la garganta, mientras devoraba con los ojos aquella cara tan vista en otro tiempo y conservada en su corazón. La encontraba muy cambiada; tan linda como antes, pero tan distinta... Menos seductora y más interesante; un poco aviejada sin que se le hubiesen alterado las facciones y sólo por la expresión de gravedad y de sufrimiento que había reemplazado al aspecto infantil de otro tiempo... Los ojos de Marta estaban enrojecidos todavía por las lágrimas que había vertido en la iglesia.

— Me alegro mucho de ver á usted, dijo de nuevo.

Y añadió con cierta inquietud :

— ¿ Nos había usted conocido?

— No... Había reparado en ustedes, pero era imposible conocerlas con sus velos.

— Ya ve usted, Marta, como decía yo bien, dijo Martina.

También ella se había levantado el velo y ocupada en tranquilizar á Marta, no notó la sorpresa de Jerónimo al oír que llamaba á la princesa « Marta » á secas.

— Con todo, siguió diciendo Martina, no permanecemos aquí. La calle es solitaria y nuestro encuentro está ya excitando la curiosidad.

En efecto, los vecinos de las casas más próximas los estaban mirando.

— Sí... vamos, dijo Marta.

Jerónimo echó á andar al lado de la princesa.

— ¿Qué ha sido de usted desde hace ocho meses? preguntó.

La cara y los ojos de la joven se iluminaron con un poco de su alegría de otro tiempo.

— Nada que pueda interesar á la sociedad en que he vivido y en que usted sigue viviendo. Vivo con Martina á dos pasos de aquí. Acompáñenos usted si no teme comprometerse visitando á dos modistas de Auteuil.

— Sí, eso es, insistió Martina... Se lo ruego á usted, caballero. Su visita hará bien á Marta, á la que han emocionado la ceremonia de hace un momento y el suceso que la ha ocasionado.

Echaron á andar por aquella callejuela sinuosa como un camino de aldea. Marta iba entre Jerónimo y Martina. Los dos primos no se hablaban. Se había abierto entre ellos en ocho meses un abismo de hechos desconocidos y hacían falta demasiadas preguntas y respuestas para echar un puente sobre él. Los tres estaban, sin embargo, muy contentos de verse y sabían que su contento era compartido por los otros. Jerónimo estaba conmovido al ver á Marta á su lado, y no á Marta princesa y formando parte del gran mundo, sino á Marta nueva y libre. De repente pensó: «¿Y su hijo?...» y no se atrevió todavía á preguntar. ¿Habría muerto el niño?... ¿Cómo vivía Marta?... ¿Con quién?...

«Puesto que me invita á ir á su casa, es que su vida es pura, al menos en este momento. ¡Querida Marta!»

Martina enseñó de lejos una casa de planta baja y un piso, precedida por un jardinito lleno de geranios y de begonias.

— Aquella es nuestra casa, dijo.

Cuando se aproximaban á la verja, salió á su encuentro un muchacho, que se quedó un poco cortado á la vista de aquel extraño.

— Ven, Pedro, ven; no tengas miedo, hijo mío, dijo Martina.

El niño cobró confianza y después de besar las manos de Martina, saludó sin excesiva timidez á Pefaut.

— Es mi hijo, dijo Martina con tal alegría en los ojos que parecía casi guapa.

Dando la mano al muchacho, entró delante de Marta y Jerónimo, que atravesaron el jardinillo y entraron en la casa. En el piso bajo vió Pefaut el taller de sombrereras, vacío entonces.

— Nuestras dos obreritas han ido á almorzar, dijo Martina.

El piso alto tenía tres piezas, en una de las cuales había dos camas y una cuna; en una especie de alcoba contigua estaba la camita de Pedro. El mueblaje era de una extremada sencillez y no valía en junto veinticinco luises; pero en todas partes se descubrían, sin embargo, los gustos de los habitan-

les, superiores á su actual fortuna, por la extrema limpieza y ciertas aspiraciones de elegancia. Marta enseñó á Jerónimo una minúscula sala de baño y el saloncito de prueba para las parroquianas. Allí le rogó que se sentase y esperase un momento.

— Voy á dar un beso á mi hija, dijo sonriendo. Cuando desapareció Marta, Martina respondió á la muda pregunta de los ojos de Jerónimo:

— Sí, la niña nació y se parece extraordinariamente á su padre, el vizconde de Lasserrade. Es soberbia.

— ¿La cría Marta aquí?

— Seguramente. La princesa la amamanta, respondió Martina, recordando su modo de hablar de otro tiempo por la presencia de aquel testigo.

Marta volvió, ya sin sombrero ni velo, y Jerónimo observó que estaba rejuvenecida por su rubia cabellera y que conservaba su elegancia. Traía en los brazos un rorro rubio, que á Pefaut le pareció igual á todos los rorros rubios, pero que era evidentemente sano y agradable.

— Mi hija, Jerónimo, ¿Verdad que es preciosa?

Jerónimo se extasió con las palabras de cajón y los afectados ademanes de un viejo solterón que admira y acaricia á un niño. En realidad, tenía el corazón oprimido sin saber por qué. Pero pensando que aquella maternidad y el hecho de criar ella misma á su hija eran pruebas de la pureza de Marta, su ánimo se serenó.

— Pero, dijo de pronto Martina, ¿el señor de Pefaut ha almorzado?

— Sí, dijo el conde. Cuando tengo que ir á una ceremonia cualquiera, boda ó entierro, no salgo nunca sin el lastre de un buen bistec, como un inglés. ¿Y ustedes?

— Nosotras vamos á tomar aquí, delante de usted, nuestro te del medio día. ¿Tomará usted una taza con nosotras?

Jerónimo aceptó. Una niñera extraordinariamente joven y pequeña se llevó la niña y Martina salió con ella para preparar el te.

— ¿Sigue al servicio de usted? preguntó Pefaut cuando salió.

— ¡Á mi servicio! Yo no tengo ya servicio, querido primo, dijo Marta riéndose. Martina es una amiga que vale más que yo y á la que debo el no haberme ido á fondo en mi naufragio de hace ocho meses... Es mi amiga, mi socia, mi hermana... No sé cómo expresarlo...

Mientras ella hablaba, Jerónimo la estaba mirando y tomaba poco á poco posesión de aquella imagen bajo su forma actual. Los hermosos cabellos de oro pálido servían de marco á una cara poco envejecida, de mejillas algo más sonrosadas que en otro tiempo y, sin embargo, menos juveniles. « Está más encantadora que entonces », pensó Pefaut. Y, con todo, como se echa de menos la primavera, sentía no ver la extraña mujer niña que

fué la princesa de Erminge en el tiempo de su fortuna.

— Ha tenido usted un gran valor, le dijo.

— ¿Valor? No... Al principio me dejé llevar por Martina como un pobre animal maltratado al que recoge un transeunte. No había en mí más sentimiento que el terror... Mi marido me había arrojado de su casa con tal violencia...

— ¿Pero la echó á usted realmente?

— ¿No lo sabía usted?

— Nadie ha sabido nada de cierto. Se ha comprendido que había separación y la versión oficial es que está usted cuidándose una afección nerviosa en Alemania.

— ¿Han dicho eso?... Mejor; así se evita todo comentario. Quiera Dios que digan ahora que he muerto, porque, en efecto, la princesa de Erminge ya no existe... Oiga usted lo que pasó realmente. Después de la confesión que usted me aconsejó, por lo que le doy las gracias, fui arrojada por el príncipe, sí, arrojada á la escalera... De allí me recogió Martina para llevarme primero á Saint-Cloud, donde se estaba educando ese niño que usted ha visto.

— ¡Y no ha querido usted mi ayuda!... murmuró Jerónimo. ¡Hasta me ha prohibido usted servirla!

— Le aseguro á usted que su nombre fué el único que vino á mi pensamiento cuando volví á pensar

después de la tormenta. Pero, no me guarde usted rencor (le cogió una mano y se la estrechó un instante): piense que era yo una enferma con los nervios al descubierto y que el temor de que me encontrase mi marido llegaba á ser en mí una monomanía. No dudé un instante de la solicitud de usted, pero temí que otros siguiesen la misma pista ó que usted mismo me llevase á Cristián... ¿Qué sé yo? Locuras, es verdad, pero que me hacían delirar de espanto. Martina tomó la iniciativa de escribir á usted para calmarme. Poco á poco, el tiempo fué apaciguando mis angustias. Mi hija nació y desde aquel día desapareció en mí toda excitación nerviosa... Ya no pensé más que en ella...

« ¿No pensé más que en ella! » Ese grito maternal hizo daño á Pefaut en el corazón. « Antes, ha temido mi presencia; después, me ha olvidado. »

Marta continuó con fisonomía seria y ojos húmedos:

— He querido ir á la iglesia esta mañana. Sé bien que nunca fui para él más que una muñeca que le divertía. Para mí misma el recuerdo de mi debilidad es un enigma. ¿Cómo he podido?... ¿Cómo he podido?... Sin embargo, he sido su mujer más que lo fui de mi marido y él me ha dado toda mi vida presente: mi hija. ¿Ha muerto realmente de un accidente de asalto?

— No, parece que ha sido muerto en duelo por el príncipe de Erminge.

— ¿Á causa de Magdalena?

— Sí.

— ¡ Oh ! ¡ Qué horrible fin !

Marta se puso la mano sobre los ojos como para refugiarse en el asilo de su conciencia. En este momento entró Martina con la bandeja del te y esa distracción alivió á Jerónimo y á Marta.

Pedro venía con su madre y traía con gran precaución una gran cafetera de cobre llena de agua caliente. Mientras las dos mujeres servían el te en un velador, Jerónimo llamó al niño y se puso á hablar con él.

— ¿ Quieres charlar conmigo, buen mozo ?

— Sí, señor.

— ¿ Estudias mucho, amigo Pedro ?

— Sí, señor.

— ¿ Vas á clase ?

— No, señor. Iba en Saint-Cloud ; pero aquí es mamá quien me enseña.

— ¿ Y qué es lo que aprendes ?

— Todo... Todo lo que se aprende en los institutos, hasta el latín. Mamá lo sabe todo.

— No le haga usted caso, protestó Martina... El latín, sobre todo, lo aprendo al mismo tiempo que él.

— Además, voy al taller de cerrajería de al lado, añadió el niño, y eso me divierte mucho.

— Martina es la prudencia misma, interrumpió Marta. Da á su hijo la instrucción de un hombre

superior, pero le pone al mismo tiempo en la mano una herramienta de obrero.

— Señor de Pefaut... dijo Martina presentando al conde una taza, para interrumpir aquel elogio. Pedro, ofrece emparedados...

Martina estaba enteramente á sus anchas en aquel papel de ama de casa, sin afectación y sin coquetería. Pefaut pensó en mil mujeres del gran mundo menos finas que aquella institutriz convertida en modista después de haber sido camarera.

— También yo, dijo Marta, estoy completando un poco mi instrucción, gracias á Pedro y á su madre. Me habían dejado en tal ignorancia...

— Ahí vienen Luisa y Julieta, dijo Pedro mirando por la ventana.

— Son las obreras que vuelven, explicó Martina... Va usted á dispensarme ; tengo que bajar á darles trabajo. Ven conmigo, Pedro.

Marta y su primo se quedaron otra vez solos. El sol daba de plano en la ventana, y viendo Marta que molestaba á Pefaut, se levantó y cerró la persiana. La pieza quedó alumbrada por una suave luz. El ruido precipitado de una máquina de coser indicaba que el taller había empezado á funcionar. Aquella callejuela frondosa de Auteuil no enviaba más que rumores de aldea : la lima del cerrajero, juegos de niños, gorjeos de pájaros...

Marta se sentó enfrente de Pefaut, y éste, por

decir algo ajeno á sus preocupaciones secretas, preguntó :

— ¿ Vive usted ahora de su trabajo ?

— No se burle usted de mí, respondió Marta. Conoce usted demasiado la vida para creer, como yo en tiempos, que una mujer del gran mundo puede ganarse la vida de un día á otro. Lo he intentado lealmente en cuanto mi salud me lo ha permitido. He tratado de ayudar á Martina, que había reunido en seguida unas cuantas parroquianas en el barrio ; pero he tenido que convencerme de que no sé, de que *no puedo* trabajar. Podré, acaso, algún día, pero no se sustrae una tan pronto de un pasado de ociosidad. Piense usted que no he hecho nada, nada, durante veinte años y que siempre he oído que el trabajo humillaba á las personas de mi clase... A usted mismo, Jerónimo, no le perdonan que trabaje y le llaman original... Y el trabajo, renegado durante tanto tiempo, parece que se venga de mí. Me pongo á él con ardor ; tengo al principio algunas buenas ideas y cierta habilidad... Pero muy pronto mi pensamiento se aparta de lo que estoy haciendo y mis dedos se ponen torpes... Me pongo nerviosa, me irrito, echo á perder lo que tengo entre manos y siempre acabo por una crisis de llanto... Además, desde que nació mi niña apenas tengo tiempo. ¿ Qué hubiera sido de mí sin mi admirable Martina y sin la tía La-prade que me dejó un poco de dinero ?

— Si, me había usted hablado de una renta de dos mil francos. ¿ Ha podido usted cobrarla ?

— No me he atrevido á enviar á Martina al banco hasta muy recientemente, cuando la necesidad me obligó. Ha cobrado sin dificultad, pero yo quisiera desembarazarme de ese título, que es al portador, pero cuyo recibo está hecho á nombre de la princesa de Erminge.

— Yo le venderé, si usted quiere. Por lo demás, puede usted estar tranquila, porque nadie la busca.

Se calló un momento y dijo :

— ¿ Me permite usted hablarla con toda franqueza ?

— Por supuesto.

— Comprendo que la crisis por que ha pasado usted le haya hecho desear el misterio y el olvido, y nada más. La maternidad, en seguida, ha excluído todos los cuidados. Pero no puede usted vivir siempre en casa de una modista de Auteuil, primero porque esto no conviene ni á su nacimiento ni á su educación, y después porque esta solución inverosímil puede ser peligrosa, pues el menor azar puede descubrirla.

— La última razón es justa, respondió Marta, y ella me obligará, en efecto, á cambiar de retiro... De otro modo, crea usted que me bastaría mi vida presente. Cuando recuerdo á la princesa de Erminge y á la gente que la rodeaba, todo mi ser se subleva y quisiera huir más y más lejos. Yo he

prohibido á Martina que me llame « princesa » y que me trate como si fuera inferior. Cuanto más diferente de la de antes sea mi vida, más tranquila estaré. Por esto, en cuanto tengamos los medios y el viaje no pueda hacer daño á mi hija, dejaremos París y la Francia.

— ¿Y á dónde irá usted? preguntó Jerónimo con el corazón oprimido.

— Creo que á algún país alemán, porque Martina conoce el idioma.

— ¿Y va usted á estarse allí toda su vida?

— No lo sé. Mi marido habló un instante de separación seguida de divorcio. Si él adoptase esa solución, inútil es decir que yo no me opondría.

— Pero ¿y la niña? no pudo menos de decir Jerónimo.

Y sintió en seguida haberlo dicho, porque la cara de Marta se descompuso.

— Sí... Tiene usted razón. Este es mi remordimiento y mi castigo. Cuando me escapé, me parecía que la criatura que llevaba en mí era mía y que, en todo caso, no tenía nada que ver con mi marido. Después he sabido que la ley no lo entiendo así y he tenido que declarar la niña como hija de padres desconocidos. La enteraré, sin duda, y le diré la verdad en cuanto pueda comprenderme, pero este perjuicio irreparable causado á mi hija es mi vergüenza y mi castigo. ¿Qué razón tenía usted, Jerónimo! Todo se paga en el orden

de las responsabilidades morales. He infringido una ley y la ley toma su desquite.

Jerónimo murmuró enternecido:

— ¡Querida Marta!... ¡Cuánto quisiera ver á usted dichosa!

Marta movió la cabeza.

— No me quejo, querido primo. He sido hace un año tan desgraciada, he pasado noches tan atroces, que desde que vivo casi en seguridad experimento la sensación de la convalecencia. Cuando se ha soñado con la muerte como medio de libertarse, es muy dulce el aceptar simplemente la vida.

— Eso es quietud, dijo Jerónimo, pero no felicidad.

— Seguramente, ese sentimiento de quietud, de navegación terminada, es el que ahora me anima más poderosamente. Pero la amistad de Martina y la presencia de mi hija son dichas positivas. Ellos dos y Pedro son suficientes para que yo no sienta la espantosa soledad de otro tiempo. Cada elemento de este grupo humano es esencial para la vida de los otros, y esto constituye una dulzura más penetrante que la quietud de que usted habla.

— Lo comprendo, dijo Jerónimo. Y pensó con angustia: « ¡Yo estoy solo! » Después añadió en voz alta:

— ¿Y no hay más que eso?

— Lo demás es un poco difícil de decir, respondió Marta con deliciosa sonrisa de rubor. ¡En fin!...

Usted conoce todas las turbaciones de mi alma y me dió un consejo que le agradeceré siempre, pues me valió el franco rompimiento gracias al cual he podido empezar de nuevo mi vida... Pues bien, en mi nueva existencia, me hace feliz pensar que sin haber sido heroica, seguramente, he conseguido ser un poco mejor que antes.

— Es decir, repuso Pefaut, que ha descubierto usted una ley moral y goza usted viviendo sometida á ella.

— Me han educado sin hacerme entender que hubiese más que conveniencias ni que se debiesen limitar los apetitos por algo más que por la posibilidad de satisfacerlos... Así viví, si no dichosa, indiferente, hasta que cometí un acto gravemente reprehensible y sufrí la angustia de las consecuencias.

Se calló, como recordando antiguas imágenes, y Jerónimo se quedó contemplando aquella cara serena y todavía encantadora, aunque algo marchita, como una flor sorprendida por los ardores del sol.

— Entonces, prosiguió Marta con las manos juntas entre las rodillas, sucedieron las cosas como usted las previó tan justamente cuando fui á pedirle consejo. Comencé por sufrir en la obscuridad, como una fiera herida y con un sentimiento de sordo rencor contra mi sufrimiento. Necesité mucho tiempo y muchas pruebas para admitir que aquel sufrimiento estaba destinado á pagar algo y que si

no hubiera yo cometido cierto acto, no hubiera sufrido... Cuando observé esto, no puedo decir que tenía aún el sentido del bien y del mal. Pensaba: « He hecho una tontería » y trataba de eludir sus efectos. Pero al examinar las escapatorias posibles eché de ver que todas me hacían daño y que todas me hacían pagar un rescate. Traté, por ejemplo, de aproximarme á mi marido, y la humillación fué tan cruel que ella me reveló mi propia dignidad. Después me han modificado dos grandes causas: el pensamiento de que Cristián podía matarme y la sensación de que vivía en mí un ser que era « yo misma » y que, sin embargo, tenía derechos sobre mí. Pensando en mi hijo me sentí por primera vez culpable, pues si Cristián lo era para mí, el hijo que iba á nacer estaba inocente de todo y todo podía reclamármelo.

Jerónimo escuchaba conmovido por la gracia y la seriedad con que la joven se contaba á sí misma.

— Esa luz de responsabilidad me inundó, continuó diciendo Marta, al mismo tiempo que el pensamiento de la muerte posible me saneaba el corazón. Cuando le consulté á usted, lo que yo buscaba era el medio del rescate; usted me le dió al aconsejarme decir la verdad á toda costa.

— ¿Cómo me atreví á dar á usted ese consejo? murmuró Jerónimo.

Ambos se callaron un rato. El ruido de la máquina había cesado y oíase en su lugar una voz fresca y

afinada que, con pausas y trémolos un poco cómicos, cantaba una romanza celebrando « los senderos henchidos de embriaguez » y « el primer ramo de lilas »... Por la ventana penetraba un fuerte y delicioso olor de claveles y rosas caldeadas por el estío. Jerónimo se puso triste contemplando la adorable cara marchita de Marta y pensó que ya no podría considerarla desaparecida de su existencia, como la creía ayer aún.

Escuchó vagamente un instante la canción de las obreras, y después preguntó:

— ¿Sigue Martina siendo piadosa?

— Sí, más que nunca.

— ¿No ha logrado convertir á usted?

— Es tan perfecta, que me ha hecho amable su religión. La acompaño casi siempre á la iglesia y me gusta estar allí, sola con ella, en las horas en que no hay gente. Por otra parte, todavía no sé rezar.

— Ya sabrá usted; el contagio religioso es irresistible.

— Puede ser...

Se produjo otro rato de silencio. Un ligero viento jugaba con la persiana. Jerónimo miraba á Marta y se daba cuenta de que era el único ser en el mundo por quien él experimentaba una profunda ternura. En este momento se abrió la puerta y entró la niñera con la niña, que venía muy despierta, un poco nerviosa y haciendo oír vagidos muy próximos á convertirse en gritos.

— Es la hora de comer de mi hija, dijo Marta.

— Me voy, respondió Jerónimo.

Y se levantó.

— No me molesta usted en modo alguno, primo, repuso Marta. Permitame usted tan sólo que vaya á ponerme un traje más cómodo para una no-driza.

— No, tengo que marcharme.

— Pues voy á acompañarle á usted hasta la puerta del jardín. La niña esperará un minuto.

Martina, que estaba en el taller, los vió pasar y con el delantal recogido para sostener una porción de plumas y tules, corrió á despedir al señor Pefaut.

— ¿Volverá usted á vernos? Marta se alegrará mucho. Y si hay algún peligro, ¿nos advertirá usted?

— De eso, puede usted estar segura.

Se estrecharon las manos, sin violencia alguna por el recuerdo de otros tiempos. Marta, que estaba ya en el jardín, cogió una rosa y se la ofreció á Jerónimo.

— Tome usted, dijo; llévese un recuerdo de nuestra casa.

La joven vió que la mano de su primo temblaba de tal modo, que no acertaba á ponerse la flor en el ojal de la levita. Jerónimo no trataba ya de ocultar su turbación; y ambos se comprendieron entonces mejor que si hubieran tratado de explicarse con palabras siempre indóciles.

Al llegar á la verja, Pefaut se decidió á decir :

— Sabe usted que mi deseo sería no serle á usted inútil. Cuando se decida á salir de París creo que podré servirla. No me rehuse usted ese gusto.

— Le prometo á usted apelar á su experiencia y á su amistad, respondió Marta.

Su cara sonreía, pero aquella sonrisa no prometía más de lo que expresaban sus palabras.

Jerónimo lo vió, pero, á pesar de todo, se estaba formando en él una tenaz esperanza contra la cual no trataba ya de combatir.

— ¿ Me permitirá usted volver á esta casa antes de que emprenda usted su viaje ?

Al preguntar esto, comprendió que la respuesta iba á tocarle en las fibras más secretas.

— Vuelva usted... si quiere, dijo Marta.

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

